

NOVELA



LA REBELION
DE LOS
SEMAFOROS

JUAN LUIS GALLARDO

JUAN LUIS GALLARDO

PQ

7798.17

A47

R4

LA REBELION DE LOS SEMAFOROS

(novela)

BAESA

© Buenos Aires Edita S.A., Buenos Aires, 1977.

Diseño portada:
Guillermo D'Aiello

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© Buenos Aires Edita S.A. - Buenos Aires, 1977

Córdoba 1249 - (1055) Buenos Aires

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1977,
en D. K. L. Hueco Offset, Ponsomby 966/70, Capital Federal.

A Luis F. Gallardo, mi padre.

NOTA PREVIA

Con este libro quiero cerrar una trilogía. Un terceto que se completa con "Frida" (1972) y "Los Ombuses de Falucho" (1974). Existen fuertes analogías entre las tres novelas —supuesto sean novelas y no parábolas— si bien procuro aquí apuntar la diferencia que distingue ésta de sus antecesoras. Las crisis desmesuradas que aparecían en "Frida" y "Los Ombuses ..." hallaban remedio en el patriotismo y, de intento, no busqué para ellas causas cuya profundidad las pusiera fuera del alcance de tan noble medicina. En "La Rebelión de los Semáforos" reaparece una crisis total, alegórica y caricaturesca, pero a su respecto corrí el riesgo de señalar motivos y soluciones que, por hondos o elevadas, antes toqué apenas de refilón. Ignoro si he logrado los propósitos, quizá demasiado ambiciosos, que me impulsaron a meterme en tales dificultades. Solo puedo afirmar que, otra vez, me empeñé por respetar el legítimo derecho del lector a no aburrirse. Advierto finalmente que con el presente volumen abandono estos temas, pues insistir sobre el particular resultaría por demás reiterativo. De modo que, si vuelvo a las andadas literarias, he de transitar otros cauces. Al menos eso pienso ahora. Pero vaya uno a saber.

EL AUTOR

PERSONAJES DE ESTA NOVELA

Prudencio Alcaraz, EL CABO DE SALADILLO, suboficial retirado de la policía provincial.

Doctor Olañeta, EL EXTRAVAGANTE PICAPLEITOS, abogado que afirma la existencia de La Gran Conjura.

Ulogio Roncoroni, EL PROLIFICO PULSEADOR DE BOEDO, hercúleo ex campeón en lanzamiento de la bala.

Mario, EL POETA, hijo de Roncoroni.

Escribano Mooney, EL LIBERAL INTACHABLE, pulcro descendiente de irlandeses.

Marcial, capitán del Ejército.

EL CUCA, cucarachero, conocedor profundo de túneles y cloacas porteñas.

CACHO, LA RUBIA y EL INFELIZ, trío rebelde.

Espartaco Mangiaterra Dupont, América Torres, El Inglés de la Isla, Comandante Coco, Manasés Arbola-ve, Esculapio Cositorto, Hamed Nasif: conjunto de perseguidos.

La acción transcurre en las calles, los edificios, las azoteas y los desagües de Buenos Aires.

I

LA REBELION DE LOS SEMAFOROS

En Buenos Aires no existen más que tres puntos cardinales. Conforme a un tácito acuerdo, el oeste ha sido suprimido de su geografía, lo cual permitió ensanchar los dominios del norte hasta cubrir el sector vacante. Así, respecto a quien venga por el bajo, desde Belgrano hacia el centro, se afirma que llega del norte aunque la brújula señale otra cosa. Sin embargo, este rumbo renace una vez traspuestos los lindes de la capital y nadie vacila al ubicar en el oeste localidades suburbanas tales como Haedo, Morón o Ciudadela. En fin, si hemos de acatar los usos porteños digamos que ese día, arribando a Retiro desde el norte, se veía que el sol había superado holgadamente la altura de la Torre de los Ingleses en su trepada cotidiana. Y que ya volcaba oleadas tórridas desde los primeros peldaños de su ascenso por el cielo limpio de nubes. Era un lunes a las nueve y pico de la mañana.

Era lunes y el verano se había adelantado, avivando rescoldos de baldosas en cada azotea y emplazando ventosas de alquitrán en cada esquina. Para peor ese lunes sucedía a un fin de semana precedido por cierto feriado, detalle éste que acentuaba los efectos depresivos de cualquier día lunes. Luego sería analizada la incidencia de todos estos factores sobre los acontecimientos que sobrevinieron y, según fuera el peculiar enfoque del observador, resultó diferente el grado de importancia que se les asignó. De cualquier modo, ya quedan apuntados tales detalles: comenzaba la semana

después de un largo paréntesis y hacía mucho calor desde temprano.

La caravana de automóviles se mueve lentamente por Leandro Alem. El grueso viene del norte, según lo prescripto por la Rosa de los Vientos que, mutilada, preside Buenos Aires. El sol, brillando una cuarta por encima de la Torre de los Ingleses, atraviesa los parabrisas y tiende una frazada sobre las rodillas de quienes viajan en el asiento delantero de cada coche. Los neumáticos dejan insinuado su dibujo en el asfalto que empieza a ablandarse. Se pegan las camisas contra el respaldo de los asientos. Quema el volante y, mirando lejos, parece como si el calor enturbiara el aire, borroneando el perfil de las carrocerías en un espejismo líquido. Cada tanto, un destello vivísimo rebota contra cromos o cristales y lastima los ojos. Cuadras antes del cruce con Maipú el tránsito se vuelve más lento. Allí, una batería de semáforos regula el paso. Ante la luz amarilla, los automovilistas sometidos a su imperio reaccionan de opuesto modo: unos frenan, respetuosos de la inminente señal colorada; otros pican para que ésta los sorprenda en mitad de la bocacalle que, así, podrán salvar en virtud del hecho consumado. Pero, de todas maneras, los guiños isócronos causan inmediato efecto sobre el curso de aquel río de vehículos. Luz amarilla: vacila la vanguardia del torrente. Luz roja: mientras quienes se sobrepusieron al temor del peligro amarillo ganan la ribera opuesta, los demás sujetan sus montas junto al istmo reservado para la travesía de peatones. Pasan éstos, conscientes de sus inmunidades y mirando por sobre el hombro, con un dejo sobrador, a los conductores que tascan el freno. Sube el tráfico por Maipú y una rínglera de colectivos dobla por el bajo, dejando tras su acelerada una nube de humo azul. Tiembla algún crédulo ante la presencia del dudoso fantasma de la contaminación ambiental. Vuelve la luz amarilla: los últimos peatones, despojados ya de todo salvoconducto, han arriado su desafío implícito y procuran ganar buen puerto a toda costa. Los paragolpes invaden

apenas la zona prohibida y hay ruedas que pisan las franjas blancas. Luz verde: piedra libre. Gracias a impecable gambeta se pone a salvo un viandante rezagado. Braman los motores pero, antes que el frente de la columna alcance San Martín, una señal amarilla aparece en los semáforos allí instalados para interrumpir su avance. Por San Martín bajan autos, bajan colectivos, bajan taxímetros. Hacia el centro suben oficinistas que llegaron a Retiro en tren. Suben marineros que vienen del puerto. Sube un norteamericano, salido del hotel próximo, ansioso por proveerse de quincallería regional en las tienduchas de la recova. Flecha verde, giro a la izquierda, hacia los mástiles y las chimeneas que pueblan las dársenas. Flecha verde y luz roja.

Luz amarilla.

Luz verde.

Luz roja.

Flecha verde.

Flecha roja.

Luz amarilla.

Luz verde.

Movimientos de sístole y diástole que marcan el pulso de las calles. Hace calor. Y es lunes. Para peor, lunes siguiente a un largo descanso. Luces verdes, amarillas, coloradas. En la Torre de los Ingleses el reloj canta las menos cuarto. Diez menos cuarto. Hace calor. Y es lunes.

Nunca se pudo establecer cómo empezó todo. Resultó imposible determinar quién fue el primero. Alguien acusó a un *Torino* blanco. Otros hablaron de un *Chevy* azul. El canillita que vendía diarios, allí donde Juncal muere en el bajo, juró que se trataba de un *Fiat coupé*, gris acero. Y, para un peón municipal que se aprestaba a churrasquear, la cosa estuvo entre una *Rural Falcon* y un *504 preparado*. Testimonios más contradictorios, imposible. Pero siempre es igual. Se trate de un crimen, un choque o una trompeadura callejera, nunca dos testigos estarán de acuerdo... salvo que sean falsos, claro. Pero, como en este caso

los testigos eran genuinamente auténticos, fracasaron todos los esfuerzos destinados a reconstruir el modo cómo ocurrieron los hechos. De cualquier manera, tanto da.

Alguno hizo punta. O varios. Los demás siguieron. Sucedió después de las diez menos cuarto y seguramente antes de las diez. Bastó que alguien se rebelara ante la luz roja para que el ejemplo cundiera. Lo extraño fue la rapidez con que se difundió la rebelión. La rapidez y la ferocidad. No bien los primeros conductores ignoraron la prohibición de paso, un movimiento de liberación colectiva se extendió por la caravana que avanzaba desde el norte. Hasta cambió de inmediato la expresión de quienes empuñaban los volantes, que apretaron las mandíbulas y empezaron a meter los cambios como quien tira puñaladas. Aparecieron venas hinchadas en los cogotes y rictus en los ceños fruncidos. La columna se transformó en un expreso gigantesco, lanzado a fondo por el bajo. Empezaron a sonar bocinas. Y enseguida fue un clamor incesante el que envolvió la comitiva vertiginosa. Cornetas de mil registros diferentes mezclaban su aullido con el ulular de algunas sirenas, mientras —incongruente— un claxon musical esparcía las notas del *arroz con leche me quiero casar*. Pronto se produjeron topetazos y el fragor de las chapas abolladas se sumó al de los cristales hechos trizas. La aparición de vidrios rotos trajo aparejada otra complicación, pues el estallido de varios neumáticos aportó nuevas notas para el sobresalto. En mala hora se detuvieron los coches cuyas cubiertas habían explotado: embesitados por sus seguidores fueron violentamente desplazados de un lado a otro, multiplicando los choques y sembrando con más fragmentos el pavimento recalentado. Pero el aluvión mecánico proseguía su marcha a toda costa, hollando cristales y chatarra.

Sin embargo, no todas habrían de ser victorias para la columna del norte. Ante su paso vibrante sublevaron los espíritus de quienes guiaban por Maipú y las ansias de liberación aposentáronse también en sus pechos. Momento hubo en que un choque múltiple sembró el desconcierto en la columna del norte, pues

una docena de vehículos quedaron transformados en informe montón de metales que, a poco, era pasto de las llamas. Las huestes de Maipú aprovecharon el instante propicio y se lanzaron al cruce con denuedo. Chirriaron frenos y gomas. Golpearon los guardabarras, oficiando de escudos y corazas. Un audaz motociclista, la ropa en girones, revuelto el pelo, torcido el manubrio de su máquina, fue el primero en atravesar la corriente, desembocando triunfante a los pies de Leandro N. Alem, que pareció dedicarle el arrebatado corte de manga con que el bronce lo memora. Ronco grito surgió de las escuadras de Maipú. Tras el motociclista, fracturado un brazo y hundidas las puertas de su *Volkswagen*, otro osado perforó el torrente. Luego otro y otro. Pero el precio de estos éxitos resultó alto. Múltiples despojos sembraban el trayecto y, entre ellos, los hombres del norte ganaron posiciones en violenta contraofensiva. Ardían hogueras por doquier, la explosión de los tanques de nafta y los neumáticos semejabán descargas de mortero y manchas de aceite tiñeron el pavimento en vastos sectores.

Tremenda es la confusión e ingentes las bajas. Pero nadie se fija en eso. Más fuerte que el temor, superior al cálculo y las previsiones, un abrasador sentimiento de liberación crepita en los corazones. La sublevación frente a los semáforos se extiende contra toda restricción, ordenamiento o reglamentación. A poco de desacatar el mando de las luces, los conductores desconocieron carriles y manos de circulación. Así el tráfico vino a convertirse en un nudo endemoniado y avanzar una yarda en cualquier sentido fue tarea de titanes. La rebelión, como reguero de pólvora, alcanzó intersecciones próximas y el nudo descomunal se ciñó sobre las esquinas de Alem con San Martín, con Callao, con Pueyrredón. Y no se redujo a ellas: la contraseña libertaria corrió fulmínea y escenas análogas se registraron casi simultáneamente en la avenida Nueve de Julio y Corrientes, en Sarmiento y Rodríguez Peña, en Paseo Colón y Pedro de Mendoza, en Montes de Oca y Caseros, en Cabildo y Juramento, en avenida La

Plata y San Juan... Nudos formidables, galletas inconcebibles, paralizaron la ciudad. El tráfico desbordado superó las calzadas. Hileras de vehículos intentaban circular por las veredas, hasta quedar inmobilizadas por otras que lo hacían en sentido contrario. Manadas de automóviles corrían por las plazas, procurando infructuosamente vulnerar el anillo de hierro que el embotellamiento aprieta en torno a ellas. Jaurías mecánicas se internaban por las galerías comerciales, en busca de una salida siempre obstruida. En la zona de Retiro, teatro de las primeras acciones, un desprendimiento de la columna del norte invadió las playas de maniobras del ferrocarril, internándose por los portones que se abren sobre el bajo. De inmediato un verdadero hormiguero automotor se extendió sobre la maraña de rieles, arrasó los cables que mueven las señales, tumbó vagones, pisoteó andenes, derrumbó estibas, abatió tinglados y galpones; diversos conductores perecieron al paso del rápido a Mendoza; pero también este intento resultó vano, ya que siempre algún convoy clausuraba la retirada por las vías y, en cuanto se llegaba a un paso a nivel, los tentáculos de La Gran Galleta desalentaban todo intento de fuga.

Inútil aclarar que, en medio del caos, pasaba totalmente inadvertida la presencia eventual de un patrullero o de algún impotente Zorro Gris.

Al caer la noche, la situación era indescriptible. Una parálisis total agarrotaba la circulación porteña. La energía claudicaba en los acumuladores y, a influjo de sus últimas reservas, declinaba la luz de los faros y el sonido de las bocinas adquiría tonos de estertor. El resplandor de los coches incendiados ponía un toque siniestro y, dada la oscuridad creciente, era difícil saber si los charcos formados en las cunetas eran de sangre o de aceite lubricante.

No obstante, y pese a todo, un indefinido aire de liberación discurría sobre el caos con notas de euforia.

II

UN CIELO EN EL SOTANO

—Herbácea arborescente del Africa ecuatorial... Nueve letras... la tercera es una eme... —musitó el Jefe de Policía—. ¿Remolacha? —preguntóse dubitativo, para seguir murmurando—. Remolacha, remolacha... No me suena. Aunque calzar, calza. Y bueno, pruebo. No, no puede ser: la catorce vertical es astro rey, de tres letras. Sol seguro. Y la segunda de sol nunca puede ser una *a*. Tres letras con una *a* en el medio no es astro rey sino cloruro de sodio. Entonces remolacha no da. Achicoria. Tampoco, achicoria tampoco. Nueve letras... Zanahoria. ¿Zanahoria? Pero la tercera es una ene. Tendría que ser una eme. Y esa eme ¿estará bien? Claro, progenitora: madre. Y la *a* que engancha con yunque pequeño de los plateros. Todo en orden. Así que herbácea arborescente del Africa ecuatorial... Remolacha descartado...

Interrumpió el Jefe su tarea. Llamaban a la puerta del despacho.

—Pase.

—Permiso.

—¿Qué sucede?

—Una congestión de tránsito, Jefe.

—¿Y para eso me interrumpes?

—Es que es una congestión jefe.

—Ya me lo dijo.

—Una congestión jefe, una congestión padre, una galleta bárbara.

—Todos los días hay unas galletas de la gran siete.

—Pero usted no sabe: media ciudad está parada. Asómese a la ventana y se va a dar cuenta.

Herbácea arborescente del... El Jefe dejó de lado sus problemas y se dirigió a la ventana. Comprobó que, en efecto, la calle estaba atestada de vehículos inmóviles.

—¿Y me dice que este embotellamiento sigue mucho más allá?

—Media ciudad parada, por lo menos.

—¿Media ciudad?

—Media ciudad hasta hace un rato. Ahora puede ser peor, Jefe.

—¿Dónde empezó el nudo?

—No se sabe. Hay galletas por todos lados.

—Y bueno, es asunto de la policía de tránsito. Problema municipal.

—No, Jefe, ahora es problema nuestro. Los zorros... digo, el Cuerpo de Tránsito depende de nosotros.

—Es cierto. De acuerdo. ¿Y qué informan los patrulleros?

—Los patrulleros están en medio del nudo. No pueden moverse.

—Está bien. Pero tienen radio. ¿Qué informan?

—Y... no informan mucho. Dicen que el lío es grande. Y parecen medio locos.

—¿Medio locos?

—Qué sé yo. Están raros los muchachos.

—¿Raros?

—Raros. Dicen cosas.

—Explíquese.

—Vea, Jefe, ¿por qué no toma contacto con alguno de ellos? Será mejor.

—¿Le parece?

—Y... digo yo.

—Vamos.

La remolacha había sido efectivamente desplazada de la mente del Jefe. Precedido por su subordinado abandonó el despacho y se dirigió a la central que recibía los llamados de toda la flota de patrulleros. Por el camino le asaltó una duda.

—Tremenda galleta frente a mi ventana y yo no oí nada. Raro que esos autos no tocan bocina.

—Tocar tocaban... pero usted estaría enfrascado en sus problemas...

Atraviesan varios pasillos. Suenan tacazos al paso del Jefe. Los pisos brillan, húmedos, y un fuerte olor a desinfectante satura el ambiente. Cerca de las puertas, prolijos letreros indican las divisiones del mecanismo policial. Asomados tras las balustradas que dan al patio, los penachos de varias palmeras ponen un toque tropical.

Llegan a la central, presidida por un enorme plano de la ciudad, donde muchas lucecitas indican la posición de cada patrullero.

—¡Atención! —grita alguien.

—Proseguir —dice el Jefe rápidamente. Hay una expresión de desconcierto en las caras de los presentes. Expresión que se acentúa en los operadores que, con los auriculares puestos, mantienen comunicación permanente con la dotación de los patrulleros.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta el Jefe al advertir el aire de los circunstantes.

—Y... hay una congestión de tránsito fenomenal, Jefe.

—Sí, ya sé. Fenomenal... ¿Cómo de fenomenal?

—La ciudad está paralizada.

—¿Toda la ciudad?

—Toda.

—Le dije, Jefe —terció el primer interlocutor—. Le dije que se ponía cada vez peor.

—¡A la marosca! —musitó el Jefe. Volvió a dirigirse al responsable de la central.

—¿Y los patrulleros?

—Inmovilizados.

—¿Pero qué dicen?

—No interpreto, Jefe.

—¿Cómo no interpreta? ¡Le pregunto qué dicen!

—A usted sí lo interpreto, Jefe. No los interpreto a ellos, a los patrulleros.

—¿Por qué?

—Parecen medio revirados. Locos de la cabeza. Es como si el despiole se les hubiera contagiado.

—Comuníqueme con ellos.

—¿Está seguro que quiere comunicarse, Jefe?

—¡Claro que estoy seguro! Llame a cualquiera.

—Está bien. A ver, vos, González, comunicalo al Jefe con alguno de los muchachos.

El Jefe ocupó el lugar de González.

—Habla el Jefe —gritó por el micrófono.

—¿No me digas, ricura? —se oyó desde el receptor.

—¿¿¡¡Qué!!?? —bramó la autoridad máxima de la repartición. —Es el Jefe que habla, ¡imbécil!

—Comprendido, muñeca, comprendido. Aquí habla Cristóbal Colón. ¿Qué se te frunce?

El Jefe estaba pálido. Le temblaban las manos.

—Identifíquese. Queda usted arrestado.

—Ya me identifiqué, corazón. Soy Cristóbal Colón. O, si te gusta más, soy Cleopatra. ¿Arrestado? ¡Mirá como tiemblo!

Las insolencias surgían por varios micrófonos simultáneos, inundando la central. Pero como, a su vez, la red intercomunicaba toda la flota de patrulleros entre sí, alguno de sus tripulantes se sintió autorizado a participar en el conato de alzamiento, aportando su cuota de malicia.

—¿Lobo estás? —soltó un altoparlante.

—Me estoy poniendo la bombachita —respondió otro ingenioso, con voz de falsete.

Aquí, los efectos disolventes del desacato comenzaron a propagarse entre el propio personal presente en la central. Fueron primero sonrisas reprimidas que, a poco, devinieron en buches que amordazaban cargadas. Uno de tales buches, particularmente imperioso, se exteriorizó de pronto en bochornoso sonido equívoco. O inequívoco. Cayeron entonces todas las barreras. Un reventón de hilaridad conmovió la central y las ondas del éter lo transmitieron hasta los receptores de cada patrullero, tonificando a los subordinados, cuyas ocurrencias rebotaron hacia la central por inversa vía. En ese momento, un agente no identificado conectó la red que comunicaba a los patrulleros con el sistema de altavoces instalado en el Departamento de Policía, de modo que a todo lo largo y lo ancho del edificio se escucharon las inci-

dencias que tenían lugar en la central y la participación que en ellas cabía a la flota de patrulleros. También, mezclados en aquel pandemonium, se oían los rugidos del Jefe que, paulatinamente, se transformaron en balbuceos.

—Juguemos en el bosque mientras el Jefe no está —prosiguió la voz de falsete.

—A la lata, al latero, el Jefe está cabrero! —acotó alguien, manteniéndose en la veta de los cantos infantiles.

—¡Se me ha perdido un zapallo, se me ha perdido un zapallo, se me ha perdido un zapallo en el fondo del jardín!

Cuando los sediciosos incursionaron por el fértil campo que ofrecía la adaptación de estribillos futboleros, todo resto de candor fue abandonado y la proccidad sentó plaza en las inspiradas cuartetos.

—El Jefecito lleva la batuta...

—Si, sí, señores / soy un suertudo / porque me manda un oficial medio...

Después se llegó al insulto liso y llano, despojado de cualquier connotación poética. Y junto al insulto afloraron los agravios personales ocultos, los secretos resentimientos disimulados hasta allí por la disciplina. Amparados en el anonimato, los resentidos daban rienda suelta a sus inquinas, que eran recogidas por los receptores de la central y, desde ella, reexpedidos al sistema de altavoces que atronaba en el Departamento, invadiendo hasta sus últimos rincones. Pero ya el Jefe había dejado de ser único destinatario de las invectivas. Desatados los íntimos rencores, todo aquel que ostentara un grado se vio expuesto a la vindicta de la tropa. Alguno se dio por aludido y respondió al apóstrofe con el apóstrofe; otros, los más, se hicieron los desentendidos e, ignorando las referencias que les atañían, optaban por endosar el vejamen al superior. La inversión de la ley del embudo concentraba bochorno en los estratos más altos y el peso del oprobio recaía finalmente sobre el Jefe de Policía. En cuanto a éste, visto el cariz de los acontecimientos, pasó del enojo al miedo. Y el miedo iba adquiriendo en su espíritu características de pánico. En efecto, el pobre

hombre distaba de ser un héroe, pese al temple que, en rigor, requiere su cargo. Suerte de burócrata policial, había ganado posiciones en virtud de su competencia administrativa, comenzando a ganar fama en los primeros tramos de su carrera gracias a la prolijidad con que labraba sumarios. Nadie recordaba haberlo visto a la cabeza de su gente, cuando alguna misión peligrosa entrañaba posibles tiroteos. Eso sí, como titular de una comisaría, transitó los derroteros de la coima y el peculado, cuidándose sin embargo de apañar a varios políticos (sin distinción de banderías) cuyo posterior encumbramiento trajo aparejado el suyo. En una palabra, que las trapisondas y la falta de coraje personal de este servidor del orden lo inhibían ahora para ponerse a la altura que las circunstancias requerían. El Jefe estaba aterrado.

—Bueno, muchachos, no es para ponerse así —gritó por el micrófono—. Déjense de macanas y terminen la farra. Vean que me comprometen.

La algazara subió de tono. Cayó el último vestigio de autoridad que aún podía rodear la jefatura. De la broma insolente se pasó a la alusión envenenada; luego al insulto grosero; ahora había odio en las amenazas. Los vientos de liberación desencadenados por la violación de un semáforo corrían huracanados, barriendo el Departamento de Policía. Un delirio de indisciplina acometía a la población y, de manera particular, las fuerzas de seguridad participaban ya de tal delirio. Todo cuanto sonara a jerarquía, orden o disciplina, cedía ante el empuje del torrente liberador. Miró el Jefe en torno suyo. Caras hoscas y puños crispados lo rodeaban. Alguno, desde atrás, le hizo volar la gorra de un cachetazo. No se agachó a recogerla. Cuando giró para iniciar la retirada, intentaron retenerlo. Entonces la retirada se transformó en fuga. Corría el Jefe por los pasillos del Departamento, perseguido por un grupo de uniformados, hostil y vociferante. Otros grupos se habían formado en los patios y alborotaban en el rellano de las escaleras. Varios oficiales perdieron sus insignias a manos de los más exaltados; algunos se despojaron voluntariamente de ellas, por prudencia o cobardía. Los pisos, impecables

hasta un rato antes, aparecían sucios y, tirados por todas partes, veíanse aquellos cartelitos que indicaban las distintas oficinas. Finalmente, a la gran disparada, alcanzó el Jefe su despacho y, entrando, trancó la puerta.

Fuera del despacho, la agitación crecía. Nueve coperas, demoradas en el Departamento, quedaron libres, al igual que seis guerrilleros sometidos a ciertas comprobaciones que tenían lugar en el Gabinete Scopométrico y cuya fuerte custodia plegóse a la revuelta. Confraternizaban las coperas con los desmandados y, aprovechando la bolada, dos de los guerrilleros improvisaron arengas inflamadas. Gorras y cascos fueron arrojados al aire y no faltó quien, tomados por asalto los boliches vecinos, trajo cajones de bebida, pasando las botellas de mano en mano. Todo era destrozo y confusión en el edificio cuando, altas las botellas, desgarradas las casacas, del brazo con los guerrilleros y las coperas, los sublevados se dirigieron hacia la salida de la calle Moreno para, entre estribillos y denuestos, ir abandonando el lugar.

Sonó el teléfono en el despacho del Jefe. Este acercó el aparato y, para ello, debió correr un montón de expedientes. Abajo apareció una revista.

—Herbácea arborescente del Africa Ecuatorial —recordó el Jefe automáticamente—. ¡Bah!

Seguía sonando el teléfono.

—¡Hola! atendió el Jefe.

—¡Hola! ¿Quién habla ahí?

—Aquí Jefatura de Policía.

—Deme con el Jefe.

—¿De parte de quién?

—Ministerio del Interior.

—Habla el Jefe.

—Soy el Ministro.

—Caramba, señor Ministro. ¿Y su Secretario?

—¡Qué se yo! Andará con la Secretaria suya. Pero

basta de hacerme preguntas. El que pregunta soy yo: ¿qué está pasando?

—¿En qué sentido, señor Ministro? —demostró el Jefe una respuesta, pues no se atrevía a comunicar los acontecimientos ocurridos en el Departamento y por los cuales resultaba directo responsable.

—¡Mire que preguntar en qué sentido! Toda la zona de Casa de Gobierno está metida en un bollo de tránsito como nunca se ha visto y usted me pregunta a qué me refiero! ¡Esto es un loquero! Hay autos hasta en las fuentes de Plaza de Mayo. Subieron a la explanada de Rivadavia, siete están en el pedestal del monumento a Belgrano y cuatro trepados a la estatua de Colón. ¡Y usted no sabe de qué hablo cuando le pregunto qué pasa! ¡Coches en el atrio de la Catedral, en la recova del Cabildo, adentro del Banco Ganadero, en las escalinatas del Nación, caídos en las bocas del subterráneo! ¿¿¿Qué pasa, Jefe, qué pasa!??

Sintió el Jefe un ligero alivio, pues el problema del tránsito le tocaba un poco menos de cerca que la rebelión policial. Dijo:

—¡Ah sí, señor Ministro! Hay dificultades con el tránsito. Tal vez el fin de semana largo... exceso de vehículos.

—¡Exceso de vehículos... pero habráse visto la explicación! ¡A ver, véngase para acá en seguida!

—Comprendido, señor Ministro.

Estuvo tentado el Jefe de desobedecer la orden. Total, una desobediencia más en medio del caos quizá pasara inadvertida. Pero, falto del apoyo que el número había prestado a los rebeldes del Departamento, no se atrevió a insubordinarse él. Aguzó el oído para verificar si podría abandonar su despacho sin riesgo. Un gran silencio campeaba en el edificio. Solo un concierto de lejanas bocinas subía desde la calle. Entreabrió el Jefe la puerta. Los pasillos estaban desiertos. Buscó la gorra y recordó su pérdida antes de salir disparando. En cabeza nomás, se fue.

—Herbácea arborescente del Africa ecuatorial —recordó inconcientemente el funcionario, al tiempo que ganaba la calle.

A pie, cruzando una ciudad convulsionada; llegó el Jefe a Casa de Gobierno. Iba en mangas de camisa pues temió que los emblemas del uniforme le valieran nuevas agresiones. Sorteó un cúmulo de vehículos que obstruían la entrada por Balcarce para penetrar en la sede del Ejecutivo. Le sorprendió la ausencia de vigilancia: podía prever no hubiera guardia policial pero no supuso que tampoco estuvieran los habituales granaderos. Afortunadamente el detalle no había sido advertido por los automovilistas que, eufóricos, depredaban las inmediaciones sin ocurrírseles invadir el rosado recinto. Un silencio análogo al que se aposentara sobre el Departamento de Policía campeaba allí. De vez en cuando sonaban timbres que nadie contestaba. Voces metálicas surgían de algunos intercomunicadores, urgiendo respuestas que no llegaban. Por el suelo se veían biblioratos, hojas de agenda, borradores de decretos. Se dirigió el Jefe al sector ocupado por el despacho del Ministro del Interior, atravesando salones vacíos y revueltos. Alcanzó la desierta Secretaría Privada. Golpeó suavemente en la puerta ministerial.

—¡Adelante! —gritaron del otro lado.

El Ministro, de espaldas, miraba por la ventana. Se dio vuelta.

—¡Usted por fin! ¿Le parece que todo esto es el resultado de un fin de semana largo? —ironizó haciendo un gesto que abarcaba el panorama exterior.

—Y no sé... digo yo —evadió el Jefe para iniciar una defensa fundada en el contra-ataque. —Pero aquí adentro también parece haber problemas...

—¿Cómo problemas?

—Parece... como no hay nadie.

—¡Ah sí! La Secretaría Privada está vacía. Los muchachos habrán ido a tomar el té.

—O éste es un vivo que se hace el burro o todavía no se enteró qué clase de lío tiene en su misma casa

—pensó el Jefe. Pero no dijo nada. Prosiguió el Ministro:

—De nuevo usted desviando la conversación, Comisario General. Vamos al grano. ¿Ya tiene alguna idea sobre el origen de este embotellamiento? ¿Qué medidas ha tomado? ¿Cómo lo va a solucionar?

—Aguardo sus instrucciones al respecto, señor Ministro —dijo el Jefe cuadrándose. Habilísima respuesta, por cierto, que inmovilizó al titular de la cartera política.

—Maldito tramposo —se dijo el Ministro—. Me devolvió la pelota de taquito. ¿Y ahora...?

Pero también llegó para el Ministro la idea salvadora. Afortunado maniobrero había logrado acceder al cargo luego de una carrera pródiga en gambetas y cambios de frente, iniciada años atrás en un comité de la Avenida Triunvirato. Durante ese ascenso, plagado de componendas, se arregló para no tomar nunca una decisión de la cual no pudiera desdecirse luego, salvo que la responsabilidad consiguiente resultara transferible a un superior. De ese modo, las pocas veces en que se vio precisado a resolver algo de manera tajante, se arregló para dejar en claro que lo hacía conforme a órdenes superiores: en una palabra, usaba el mismo procedimiento que el Jefe de Policía había aplicado a su respecto. Pero, entonces, recordó el Ministro que tenía un superior a quien recurrir y dijo:

—Consultaré con el señor Presidente de la República. Espéreme aquí.

Salió el Ministro y volvió al rato. Nunca se sabrá si consultó o no al Presidente de la Nación, dado que jamás pudo aclararse si el mismo estaba en la casa o, vitoreando algún tipo de liberación, andaba a la sazón metiendo barullo por las calles.

—El Excelentísimo señor Presidente me ha ordenado poner el asunto en sus manos, señor Comisario General —anunció con prosopopeya el Ministro, pensando para sus adentros: —¡Arreglátelas ahora!

—Me embromó el muy ladino —reflexionó el Jefe, para agregar en voz alta: —Me haré cargo, señor Ministro. Es un honor tanta confianza.

—Sus méritos lo hacen acreedor a ella —lisonjeó el Ministro con una sonrisa oblicua—. Puede retirarse.

—Voy a retirarme. Buenas tardes, señor Ministro.

—Buenas tardes, señor Comisario General.

Orestes Raspagnetta, Comisario General y Jefe de Policía, no sabía para donde agarrar. Solitario en su enorme despacho dejaba vagar la vista por los adornos del cielorraso. Al bajarla y tropezar con una publicación abandonada sobre el escritorio, una frase cruzó por su mente vacía: herbácea arborescente del Africa Ecuatorial...

—Remolacha, zanahoria --divagó Raspagnetta—.

Zanahoria... aquí el único zanahoria soy yo... En misión especial para el Presidente de la República, ¡bah! ¡Flor de rana el Ministro! Pero, vamos a ver... lo que él me hizo a mí yo puedo hacerlo con otro... ¿Quedaré alguien en el Departamento? Por ahí, por ahí, quien sabe... Vamos a ver.

Inició el Jefe la inspección del edificio abandonado. Empezó por las azoteas, atravesadas por racimos de cables: allá arriba, la pantalla receptora de microondas se empinaba, inútil, convertida en percha para una bandada de golondrinas. Sendos nidos de ametralladora, vacíos, apuntaban sus armas a todos los rumbos. Bajó Orestes piso tras piso, sin hallar a nadie, salvo algunas ratas que escaparon de cierto archivo. Había botellas de vino y cerveza por doquier. En el sector "prontuarios" los anaqueles estaban por el piso y tirados los legajos sin orden ni concierto: desde ellos, infinidad de caras observaban, inmóviles, al Jefe. Cuatro por cuatro, fondo blanco, frente y perfil. Huérfano de esperanzas llegó Raspagnetta a la Planta Baja. Iba a regresar al despacho pero decidió completar su inspección y recorrer los sótanos. Terminaba de revisar el primer subsuelo cuando creyó oír un rumor que provenía del ángulo nordeste. Aguzó el oído y, ya claramente, percibió una voz monocorde. Dirigióse hacia la zona en cuestión y advirtió asombrado que la voz canturreaba una melodía. Una melodía que evocaba pasados tiempos.

Cielito y cielo nublado
por la muerte de Dorrego,
enlútense las provincias
lloren cantando este cielo.

Sin embargo, nadie se veía en las proximidades. El corredor por donde avanzaba Orestes Raspagnetta, antes de topar con los cimientos que corresponden al frente de Moreno, giraba a la derecha. La voz seguía entonando:

Cielito, cielo de acasos,
que en este mundo suceden,
pues vemos cosas tan raras
que esperarse no se pueden.

Alcanzaba al Jefe la curva donde el corredor giraba a la derecha. Cambió la melodía en ese momento. Cambió en todo sentido:

Palomita blanca,
Vidalitá,
Que cruzas el valle,
Vé a decirle a todos,
Vidalitá,
Que ha muerto Lavalle.

Dobló el Jefe hacia la derecha. A los pocos metros terminaba el pasillo contra un muro donde, allá arriba, una ventanita enrejada se abría al nivel de la vereda exterior. En aquella cortada subterránea, que no se extendería más de cinco metros, había hecho morada un hombre. Un hombre que interrumpió su canturreo pero, sin levantar los ojos, siguió llenando el mate que estaba cebando. Iluminóse entonces la memoria del Jefe y, dándole una palmada en la frente, exclamó:
—¡Prudencio Alcaraz!

III

EL CABO DE SALADILLO

Nombrar a Prudencio Alcaraz, en el Departamento de Policía, era nombrar un personaje mítico. Casi tan mítico como aquel tocayo suyo, Prudencio Navarro, el cuarteador de Barracas.

Alcaraz nació en Saladillo, provincia de Buenos Aires. Corría por sus venas sangre policial pues alguno de su apellido desempeñó tal tipo de funciones en tiempos de la Independencia. Quizá obedeciendo a ese impulso ancestral, Prudencio sentó plaza de agente una vez que alcanzó edad para ello y las singulares cualidades que le adornaban llamaron la atención de los superiores. También su nombre resultó premonitorio. En efecto, además del coraje —indomable y sin estridencias— que lo asistía, además de una astucia cachacienta, además de una tenacidad a prueba de contrariedades, era la prudencia, seguramente, aquella virtud que en forma más perceptible signaba el carácter de Prudencio Alcaraz.

Infinitas fueron las acciones y pesquisas que pusieron de relieve las dotes del predestinado agente: él integraba la partida que puso a buen recaudo al tristemente célebre Catalino Domínguez; también se contaba entre los que dieron fin a sus andanzas luego que fugara de Sierra Chica; malevos, cuatreros y asesinos de la provincia entera concluyeron sus malos pasos cuando Prudencio se les cruzó en el camino; cayó en sus redes “El Sátiro de la Carcajada” y, años después, el de las Lomas de San Isidro; contribuyó a demostrar la inocencia de Pedro Vecchio cuando “el caso Penje-

rek" y colaboró con la Policía Federal para descubrir al descuartizador Burgos. Incluso, cuando la fuerza a la cual pertenecía actuó conjuntamente con el Ejército en la lucha antisubversiva, parece que fue Alcaraz quien consiguió la información que permitió desbaratar el ataque al Batallón de Arsenales de Monte Chingolo.

Era característico el modo como procedía Alcaraz. En medio del vértigo de los acontecimientos, cuando la acción atrapa con su fiebre a los protagonistas, Prudencio parecía ajeno a los hechos, casi amodorrado y, mientras posible fuera, tomaba mate tras mate con aire ausente.

—El mate asienta el entendimiento —era uno de sus proverbiales asertos.

—No me apuren si quieren sacarme bueno —repetía también.

Pero, a la aparente somnolencia externa, correspondía una prodigiosa velocidad mental y una capacidad de observación insuperable. Tanto es así que, cuando llegaba el momento de actuar, Alcaraz podía darse el lujo de hacerlo lentamente, ya que sus deducciones lo colocaban con antelación suficiente en situación óptima respecto al oponente. Y, por otro lado, estaba su mentada prudencia. Jamás arriesgaba una jugada temeraria, salvo resultara absolutamente imprescindible: prefería que las cosas maduraran. También era prudente en sus juicios y, cuando afirmaba algo, no sólo se podía estar seguro que la afirmación era cierta sino que, según su modalidad, lo dicho apenas reflejaba parte de cuanto sabía Prudencio, quien se reservaba el resto para su colete. Por eso mismo no se le escuchaban condenas ni apóstrofes descalificatorios. Sobre el particular, decía:

—Vea, señor, ningún crimen se comete porque sí. Todos tienen su razón de ser. Para descubrir un crimen hay que ponerse en el lugar del criminal, pensar como él, sentir igual que él. Y, cuando uno le da la importancia que él le dio a los motivos que lo llevaron al crimen, termina por darse cuenta que ese crimen lo pudo cometer uno mismo. No hay gente mala, no vaya a creer: lo que hay es gente loca. Gente con la

cabeza loca, con el corazón loco, pienso yo. Decía el finado mi abuelo: yo no sé si soy ladrón porque nunca tuve necesidad de robar. Y tenía razón el finado mi abuelo.

Tan particular manera de pensar lo llevaba a ser afable con los delincuentes que caían en sus manos quienes, al final del acoso, casi siempre se le entregaban mansamente, como si vieran en Prudencio un desdoblamiento de su conciencia, una especie de otro yo inflexible pero comprensivo.

—El que comprende perdona, por mucho que cumpla su obligación de castigar —reflexionaba Alcaraz.

Sería por eso que casi nunca andaba armado. Manejaba el Winchester, la daga y el revólver con destreza suma, pero, por lo general, prefería valerse de una fustita rabona que constituía todo su arsenal.

Pese a tan notables condiciones, no fue la de Prudencio una carrera brillante, formalmente hablando. Comprensivo pero insobornable, bondadoso pero recto hasta el escrúpulo, se constituyó muchas veces en obstáculo irritante para influyentes personajes cuya participación en asuntos turbios fue puesta en evidencia por el policía, siguiendo los hilos de alguna pesquisa. Gracias a ello, no pasó nunca de Cabo Primero. Sin embargo, famoso dentro del ámbito policial, su concurso era requerido para dilucidar casos complicados, girando en préstamo de una jurisdicción a otra. Sólo llegó a comandar interinamente el Destacamento de un pueblito mínimo, en la provincia de Buenos Aires, que obedecía al caprichoso nombre de General Falucho¹. La jubilación le llegó cuando prestaba servicios en la Comisaría de Guaminí.

Mezcla de filósofo y Sherlock Holmes, curiosa combinación de pensador y de sabueso, al llegar la jubilación Prudencio sintió que su vida perdía sentido. Por otra parte, la repartición no podía permitirse prescindir de sus servicios. De manera que alguien, interpretando libremente los reglamentos, se arregló para que el jubilado ocupara un lugar discreto dentro del mis-

¹ Ver "Los ombuses de Falucho", del mismo autor y en esta misma colección.

mo Departamento de Policía y, mientras cobraba sus haberes de retirado, asesoraba sin cargo a los funcionarios en actividad cuando algún problema aparecía como insoluble. Pero, como suele ocurrir, las nuevas generaciones fueron olvidando a Prudencio, que cada vez era menos consultado mientras los años transcurrían lentos en su refugio del primer subsuelo. Sólo el mate distraía los ocios del jubilado. El mate que tomaba mientras, entre dientes, canturreaba viejas tonadas del sur, transmitidas hasta él por tradición oral.

Así, mateando y canturreando en voz baja, Orestes Raspagnetta encontró a Prudencio Alcaraz —cuya existencia no ignoraba— en los sótanos desiertos del Departamento de Policía.

—¡Prudencio Alcaraz! —había exclamado el Jefe, golpeándose la frente.

—Servidor —respondió Prudencio, imperturbable. —¿Gusta? —ofreció luego, alargando un mate a Raspagneta.

—Gracias, no tomo. ¡Pero mire que han pasado años sin verlo!

—Catorce, señor. Desde el caso de la galleta envenenada.

—Fíjese lo que son las casualidades. Ahora también vengo a verlo por el caso de una galleta envenenada.

—¿Usted me buscaba, señor?

—Así es —mintió Orestes.

—Siéntese, señor —invitó Alcaraz señalando un banquito.

No eran muchas las comodidades que podía ofrecer el viejo. Las últimas luces de la tarde pintaban de violeta la ventanita que iluminaba su campamento subterráneo. Una lona de carpa y un cuero vacuno —rosillo para más datos— oficiaban de techo y piso, respectivamente, del habitáculo que albergaba el catre donde dormía Prudencio, con un poncho por toda cobija. Fuera del toldo, una mesa de pino y, encima, un calentador a querosén, una olla, una sartén limpia y algunos platos enlozados. Además, dos sillas peti-

sas, un banquito y una calavera de vaca que servía de asiento al jubilado. Junto a él, una pava de hierro como ya no se ven. Pocos objetos escapan al inventario y, todos juntos, constituían el ajuar frugal de aquel veterano servidor del orden.

Declinó el Jefe la invitación, deseando terminar rápido con lo que se había propuesto: no veía el momento de transferir el peso de la responsabilidad que el Ministro había puesto sobre sus hombros.

—Parado estoy bien —dijo, agregando—. Vamos a hablar de la galleta envenenada que le decía.

—Lo escucho señor.

—¿Sabe lo que está pasando afuera?

—Sí señor. — He aquí otra característica singular de Alcaraz. Pese a vivir recluso, aparentemente alejado del mundo y sus afanes; pese a su condición de anacoreta urbano, Prudencio siempre lo sabía todo. Misteriosos eran los conductos por los cuales llegaba la información a su conocimiento, enigmáticos los eslabones de su servicio de inteligencia, pero lo cierto es que ningún acontecimiento, importante o nimio, era ignorado por el ermitaño. Si a ello se agrega que casi no leía diarios, pues desconfiaba de la forma como ofrecen las noticias, resulta doblemente inexplicable tal acopio de datos. Sin embargo, el hecho es ese: lo sabía todo.

—¿Conoce el problema de la congestión de tránsito?
—inquirió sorprendido el Jefe.

—Sí, señor.

—¿Sabe que en la ciudad hay una galleta, un nudo, como no se ha visto nunca?

—Sí, señor.

—¿Y también sabe lo que ha pasado aquí, en el Departamento?

—Sí, señor.

—¿Qué me dice de esta insubordinación?

—Que es cosa mala.

—Malísima. Una insolencia que no tiene perdón.

—Malo es cuando la gente no obedece. Y peor es cuando no manda.

—¿Por qué dice eso?

—Es un decir nomás.

—Bueno, vamos al tema. Vengo a distinguirlo con un alto honor.

—Usted dirá, señor.

—Sí, un alto honor. El Excelentísimo señor Presidente de la Nación, por mi intermedio, le encomienda la misión de solucionar el problema de esta congestión de tránsito sin precedentes, investigar sus orígenes e informar al respecto. También, en mi propio nombre, le confía la distinción de remediar la insubordinación registrada en la fuerza policial, sugiriéndome las medidas del caso. Cuenta usted con todas las facultades necesarias para el cumplimiento de tan altas responsabilidades. Buenas tarde.

Sin darle tiempo a Prudencio para formular preguntas u objeciones que lo molestaban de antemano, Orestes Raspagnetta giró sobre sus talones y se perdió por los sótanos, rumbo a la Planta Baja. El sonido de sus pasos se fue apagando de a poco.

Prudencio Alcaraz, El Cabo de Saladillo, se alisó los bigotes blancos, cebó un mate más y quedóse pensativo mientras canturreaba:

Cielito, cielo de acasos
que en este mundo suceden...

Ya era de noche.

IV

LA CONVOCATORIA DE ALCARAZ

La noche siguiente al primer día de aquellos sucesos que alguien, con el correr del tiempo, denominaría *La Rebelión de los Semáforos*, resultó una noche caótica, por cierto. No podía ser de otro modo. Aislados de sus hogares, los automovilistas hicieron de la ciudad un campamento. Un campamento que, de algún modo, era un vivac en tierra ocupada. Y, en virtud de ello, los acampantes se sentían poseídos por el espíritu de un ejército invasor; claro que sin la disciplina que ha de caracterizar cualquier ejército. Totalmente consumidos, habían dejado de arder los coches incendiados. Pero otros fogones, encendidos con la estopa de los asientos de algún vehículo destruido, con andamios arrancados a las obras en construcción y con ramas de árboles, ardían en medio de la calzada, convocando en torno suyo los contingentes rebeldes. Canciones de protesta se elevaban junto al fuego. Con bidones, con guardabarros, con tanques de nafta, se improvisaron bombos y otros primarios instrumentos de percusión a cuyo influjo retorciánse rondas de danzarines, estremecidos por el compás de aquellos ritmos tribales que entusiasmaban a la juventud de la época.

El doctor Olañeta, que vivía allá donde el Pasaje Seaver desemboca en Alem, con entrada por la recova, observaba con disgusto profundo cuanto ocurría bajo

las ventanas de su escritorio. Cuanto ocurría y había ocurrido desde la mañana.

Olañeta era abogado, si bien ejercía la profesión esporádicamente cuando algún asunto —casi siempre incobrable— despertaba su interés. Y sólo despertaba su interés cuando se trataba de un caso perdido donde algún amigo o menesteroso libraba batalla contra representantes de ciertas fuerzas que, a criterio del letrado, participaban de lo que él llamaba La Gran Conjura. Ya volveremos sobre este punto. Los otros asuntos que interesaban al singular legista eran aquellos que, siempre según su opinión, comprometían los altos intereses del Estado, de quien era algo así como un defensor “ad honorem”, por lo común en disidencia con los Fiscales designados en sus pleitos, que coincidían al dictaminar que tales diferendos en nada afectaban a la Nación. Sobre el particular, infinitos eran los juicios perdidos por Olañeta que, a despecho de ello, una y otra vez salía a la liza para batirse por una Dulcinea que, como la del Toboso, hubiera preferido que su paladín dejara de fastidiar en nombre suyo.

Encarada su actividad con tan peculiar enfoque, no es raro que la familia de Olañeta desconociera toda prosperidad. Antes bien, corría la liebre sistemáticamente. Tal familia la constituían su mujer, discreta señora de antigua familia tronada que entre sus muchas devociones incluía el culto por su marido; dos varones —estudiante universitario uno, alumno secundario el otro— y tres mujeres conocidas como “Las Tres Marías”, pues el nombre compuestos de todas así empezaba y, aunque un segundo apelativo las distinguiera, en casa eran llamadas María Primera, María Segunda y María Tercera. En un momento dado, para simplificar, alguien pretendió decirles Maripri, Marise y Mariter, lo cual mereció la condena tonante de Olañeta. Apenas había superado éste los cincuenta años, era alto, calvo y tenía una nariz aguileña a cuyos costados brillaban dos ojos grises de extraño brillo; caminaba muy derecho y a grandes zancadas.

Pero ya es hora de ocuparse de La Gran Conjura, término acuñado por Olañeta para explicar el origen de casi todos los males que acosan al mundo. Sobre

el particular opinaba —mejor dicho, afirmaba enfáticamente— que un conjunto de fuerzas tenebrosas, perfectamente sincrónicas y coordinadas, dirigen la marcha de los acontecimientos hacia una catástrofe universal. Prácticamente inútil resulta enfrentar el poderío de tales agentes deletéreos, sin perjuicio de lo cual, con el espíritu fatalista de un kamiskase, el jurista acataba el deber que se había impuesto de combatirlos en todos los frentes con las armas a su alcance. Sin embargo, por muy discutibles que resultaran sus asertos, distaba Olañeta de ser un insensato. Antes bien, era hombre ilustrado, tenaz e inteligente, de modo que —pese a un genérico pesimismo— no entablaba sus combates desprovisto de elementos. Así, llegó a ser famoso el archivo donde Olañeta acopiaba datos sobre el enemigo desde muchos años atrás: allí, prolijamente fichadas y ordenadas, figuraban las referencias más exóticas que dar se puedan. Recortes de toda naturaleza con cuantas declaraciones, actitudes o gestos, hubieran producido todos aquellos personajes que desempeñaran algún papel en cualquier campo del quehacer humano. Estadistas, hombres de negocios, literatos, artistas, agitadores, filósofos, gremialistas, polígrafos, militares, editores, personalidades del cinematógrafo, la ciencia y el deporte, veían registradas equívocas facetas de su oficio e idiosincracia en los recortes del archivo de Olañeta. Pero no se reducía éste a un yacimiento de recortes; también contenía ingentes cantidades de libros, folletos, fotografías, cartas, copias de protocolos, periódicos, diarios de sesiones, comprobantes bancarios, actas y partidas.

Tan vasto reservorio ocupaba casi toda la casa del doctor y, en lo que hace a la documentación más selecta, se hallaba en el escritorio, distribuida en biblioratos que cubrían las paredes. Apenas si quedaba lugar en ellas para albergar algunos cuadros que representaban antepasados ilustres y para colgar los diplomas que acreditaban el carácter de miembro que investía Olañeta en ligas, asociaciones y hermandades afines a su pensamiento. Dos lanzas de caballería, cruzadas bajo cierto retrato autografiado, completaban la decoración del cuarto. Era desde la ventana de ese escritorio que el

doctor Olañeta miraba hacia Alem, siguiendo los sucesos que allí tenían lugar, cuando sonó el timbre de la puerta de calle. Le produjo sorpresa el llamado, pues ya había caído la noche y no esperaba visitas.

—Será alguno de esos energúmenos? —se preguntó, pensando en los automovilistas rebelados.

No se trataba de un energúmeno. Tras dos golpecitos en la puerta del gabinete, la mujer de Olañeta anunció, mientras introducía al recién llegado:

—Te busca un amigo.

Prudencio Alcaraz entró e hizo la venia. Estaba de uniforme (un uniforme arcaico de policía provincial) y, en la mano izquierda, traía una fustita rabona.

—Alcaraz, mi amigo! —gritó casi Olañeta, estrechando la mano del Cabo de Saladillo cuando éste la bajó, concluido el saludo militar.

—Buenas noches, doctor.

—Pero qué gusto! Siéntese Prudencio y tomemos algo... claro unos mates ha de querer usted.

—No se moleste.

—Faltaba más. A ver ¡Hortensia! —llamó el doctor. Apareció la mujer.

—Habrán unos mates para Alcaraz?

—Sí, ya puse el agua a calentar. Y vos qué tomás?

—Y... voy a acompañarlo a Prudencio. También tomaré mate que me cae bien.

Comentaban los hombres la situación de la ciudad cuando llegó el mate.

—Permítame, señora, yo cebo —se ofreció Alcaraz poniéndose de pie. Luego desarrolló concienzudamente su liturgia matera, finalizada la cual dio tres largas chupadas para asegurarse que los resultados obtenidos fueran satisfactorios. Mientras terminaba el ritual, Prudencio Alcaraz buscaba el mejor modo para entrar en tema. Había conocido a Olañeta años atrás, a raíz de una abstrusa batalla judicial entablada por el jurista en salvaguardia de cierta prerrogativa estatal, que entendía vulnerada por la acción supuestamente monopólica de un grupo de frigoríficos. Entre la prueba ofrecida por el litigante figuraba una serie de datos referidos a venta clandestina de ganado, que debieron verificar Comisarías y Destacamentos de la provincia

de Buenos Aires; cuando actuaba en eso la Comisaría de Guaminí trabaron relación Olañeta y Alcaraz. Resultó una relación singular que, con el paso del tiempo, echó hondas raíces: Olañeta veía en Prudencio algo así como la encarnación del viejo soldado de frontera y de las virtudes criollas puestas al servicio del orden; Alcaraz, por su parte, admiraba el desinterés y la rectitud de Olañeta, al tiempo que su erudicción y su cultura superior. Después de la jubilación del cabo, éste visitaba al jurista que, para retribuir, de vez en cuando era huésped del primer subsuelo ocupado por el sabueso. Sin embargo, pese al respeto que se profesaban, ambos personajes estaban contruidos de maderas substancialmente distintas: Alzaraz era pragmático y, sin saber que de eso se trataba, aplicaba el método inductivo, afirmándose siempre en los hechos particulares antes de intentar una generalización; Olañeta, en cambio, prescindía con frecuencia de la realidad y la experiencia para, partiendo de leyes generales forjadas por su intelecto, dar por ciertos acontecimientos que en modo alguno le constaba hubieran ocurrido. No obstante, conscientes ambos de sus características, las sabían complementarias. Especialmente era Alcaraz quien recurría al doctor pues, más humilde y cauto, aprovechaba los conocimientos de éste en mucha mayor medida que su amigo los suyos. No puede extrañar, entonces, que al asumir la responsabilidad que Raspagnetta le tirara encima, El Cabo de Saladillo procurara la opinión de Olañeta.

—Vea, doctor —empezó diciendo Prudencio—. A la vejez me han encomendado la misión más brava de mi vida. Según dicen, es un encargo del señor Presidente de la Nación, pero no estoy seguro. De cualquier manera, el asunto es difícil y por demás importante. Sírvase. —Se interrumpió para alcanzar un mate.

—De qué se trata, mi amigo?

Relató Alcaraz, punto por punto, las incidencias del motín policial, su entrevista con Orestes Raspagnetta y los detalles del embotellamiento.

—Usted qué piensa hacer? —inquirió el jurista.

—He pensado algunas cosas. Pero también quiero que piense usted, doctor. Entre esta noche y mañana

tengo que ver unas personas. Vamos a trabajar varios en el caso, si le parece.

—Además de darle mi opinión ¿en que otra cosa le puedo ser útil?

—Si no tiene inconveniente, nos podemos encontrar mañana a las once en esta dirección —preguntó Prudencio, pasándole un papelito—. Allí hemos de acordar el plan de campaña, doctor.

—No es mucha demora? Mire que esto puede desembocar en cualquier cosa. Hoy ya ha habido muertos frente a mi ventana. Y ahí están, tirados, mientras la gente anda como loca, librada a su capricho, llevándose por delante las reglas establecidas. Yo le aseguro, desde ya, que todo esto no sucede por casualidad y hay alguno que sabe muy bien a donde va.

—No me apure si quiere sacarme bueno —dijo Alcaraz, agregando—. Necesito esas horas, doctor. Y ya me estoy marchando, si no lo toma a mal.

—Lo acompaño hasta la puerta.

—Presente mis respetos a su familia, doctor. Buenas noches.

—Hasta mañana, mi amigo.

No bien salió Prudencio, Olañeta dirigióse a su archivo y retiró dos fichas: en una se leía "caos", en la otra "desorden". Fundado en las referencias allí contenidas, retiró varios biblioratos de la estantería. Dio la medianoche y, sumido en un mar de papeles, seguía trabajando El Extravagante Picapleitos.

Nadie conocía el nombre del cucarachero. Sólo era notorio su oficio, su curioso oficio. Es, por cierto, una extraña profesión la de cucarachero. Quienes la practican rara vez figuran en guía telefónica ni uno encuentra negocios en cuyas puertas se anuncie que estén dedicados a esa actividad. Sin embargo, los cucaracheros existen y todo el mundo conoce alguno a quien recurrir cuando las circunstancias lo exigen. Ciertos contactos sigilosos relacionan esta logia con la que agrupa a los porteros. Obtenido el concurso de un cucarachero, aquel que haya requerido sus servicios podrá observar el desempeño de su cometido. Mejor di-

cho, podrá observar parte de ese desempeño pues, por lo general, el exterminador pedirá desarrollar en soledad el resto del ceremonial correspondiente a su ciencia hermética. Pero, no obstante la reserva que rodea determinados tramos de dicha ciencia, es lícito al profano conocer su faz pública y, entonces, asistirá a la aplicación de polvos y elixires —cuyos recipientes carecen de todo rótulo— en lugares previamente determinados por alguna secreta carta astral. Rincones orientados hacia rumbos precisos, zócalos establecidos de antemano, hendiduras aparentemente intrascendentes, pequeñas grietas abiertas hacia lo desconocido, resultan destinatarios del contenido de potes y frasquitos. Inútil será que el neófito pretenda deslizar alguna observación.

—Mire, usted sabrá lo que hace, pero las cucarachas salen de allí —dirá el imprudente, indicando cierta rendija no tomada debidamente en cuenta.

Recibirá entonces una mirada reprobatoria, cargada de veladas alusiones. En todo caso, si el oficiante se aviene a una respuesta dirá:

—Fíjese.

O, más explícito.

—Salir, saldrán por ahí. Pero eso no quiere decir nada.

Y, analizando a fondo la habitación objeto de su acción aniquiladora, seguirá el cucarachero persiguiendo pistas invisibles y procurando establecer los puntos zodiacales de su astrología subterránea.

Profesión tan prodigiosa, que incluye, además, intuir la inabordable psicología del esquivo adversario, trae aparejados conocimientos marginales extraordinarios. En efecto, nadie ignora que el territorio que pueblan las cucarachas es un reino vasto y tenebroso, caracterizado por descensos hacia sótanos y entresuelos o ascensos hasta desvanes y buhardillas, cruzado por obstruidas cañerías y húmedos desagües, asentado más allá de la oculta raíz de los cimientos y coronado por cabriadas y mojinetes; por lo tanto, aquel que dedique su vida a batir tal territorio, poseerá la clave de un mundo clausurado al común de los mortales. Y, por

ello, el cucarachero será piloto y guía de una geografía secreta, alojada en las profundidades y en las alturas de la gran ciudad. Tal el caso del personaje que nos ocupa.

Nadie sabía su nombre, según se dijo. Por eso, bastaba citar la disciplina que ejercía para referirse a nuestro profesional. El Cucarachero le decían, escuetamente. Claro que, aún tratándose de oficio tan digno de reverencia, el afán de simplificar característico de los tiempos llevó a que el vocablo fuera acortado por el uso y así, en forma breve y hasta irreverente, el cucarachero era conocido como El Cuca en los círculos que frecuentaba. Alcaraz y El Cuca trabaron relación cuando éste fue requerido para poner coto a una invasión de insectos que asoló el Departamento de Policía. A partir de entonces, múltiples fueron las misiones que el hombre cumplió para Prudencio, quien supo sacar buen partido de sus profundos conocimientos en materia de túneles, pasadizos, galerías, boquetes, cloacas, bocas de tormenta, azoteas, altillos y cornisas. Espía insospechado, mensajero clandestino, agente sigiloso, muchas veces El Cuca transitó los recovecos porteños realizando delicadas misiones para El Cabo de Saladillo. En otras oportunidades cumplió funciones de baqueano y, precedido por él, Alcaraz recorrió largas distancias por insospechadas vías, pudiendo aparecer de súbito allí donde sus adversarios jamás pudieron esperarlo.

Ya era medianoche cuando Prudencio se presentó ante El Cuca y, luego de requerir su colaboración, lo citó para el día siguiente a las once de la mañana.

A Eulogio Roncoroni no lo llamaban sino Ulogio. Aprendió el oficio de ebanista en un colegio salesiano del barrio de Almagro, donde vieran la luz Ulogio y el glorioso San Lorenzo epónimo. Aunque el noble ejercicio del serrucho y la trincheta no constituya el rasgo saliente en la descripción de Roncoroni pues, si algo lo distinguía de manera notoria, era su fuerza física. Un auténtico Hércules; un tremendo conjunto de músculos distribuidos en dos metros de estatura; un ciclo-

pe pacífico por lo general, capaz de desconyuntar el cogote de un toro y remiso a aplastar un jején... salvo que las circunstancias tornaran preciso hacerse valer, en cuyo caso las cosas cambiaban.

Campeón rioplatense del lanzamiento de la bala, invencible en cuantas pulseadas tuvieron por teatro los cafés próximos a San Juan y Avenida La Plata, derrotó a Tibor Gordon en memorable desafío que conmovió a Boedo. Cuando los años impusieron su retiro, fue preparador físico y entrenador de infinitas escuadras atléticas que representaron a los colegios salesianos en mil justas deportivas. A raíz de tales actividades de entrenador, solía lucir en el buzo una enorme letra "E" que, según un despistado, tendía a recordar la correcta grafía de su nombre.

—Así se acuerdan que se llama Eulogio y nó Ulogio —afirmó el despistado¹.

Casado con una gallega cabal, famosa en muchas cuadras por sus habilidades culinarias, era Ulogio padre de catorce hijos, entre los que cabe mencionar a Mario, el mayor, mozo que a la buena planta del padre unía la condición poco frecuente de ser poeta inspirado.

Un partido de fútbol, efectuado en la desaparecida Penitenciaría de la calle Las Heras entre cierto equipo de presos y otro dirigido por Ulogio, sirvió para que se conocieran con Alcaraz. La fuerza del gigante resultó ayuda preciosa para Prudencio, en ocasión de graves lances que no hacen al presente relato. Transcurrían altas horas de la madrugada cuando ambos hombres se entrevistaron bajo un parral de Almagro que filtraba la luz de las estrellas.

—Mañana a las once, ya sabe —reiteró Alcaraz—. Y no se me olvide de llevarlo a Mario.

—Descuide —respondió Ulogio, El Prolífico Pulseador de Boedo.

Una tenue palidez lavaba el cielo, allá para el lado del río.

¹ Ver "Apiladas" de Borocotó, en colección "El Gráfico", con referencia a Eulogio Fernández.

Ya había salido el sol cuando Prudencio completó su periplo al llegar a la Escribanía de Gerónimo P. Mooney, ubicada donde la calle 25 de Mayo abandona su aspecto módicamente pecaminoso para adquirir perfiles bancarios. El Escribano Mooney era laborioso y metódico, de modo que cada día, pasara lo que pasara, estaba en su escritorio a las siete horas, ni más ni menos. Descendía don Gerónimo de inmigrantes irlandeses arribados durante el siglo XVIII y enriquecidos en las duras faenas de campo, cuando el peligro del indio aún se hacía presente en la zona del Salto Argentino. Allí conoció Alcaraz a Mooney, en ocasión de unas puñaladas intercambiadas entre dos peones de la estancia paterna. Pertenecía el Escribano a una especie peculiar, que podría denominarse la de los Liberales Intachables. Devoto de la Constitución del 53 y del Código Civil, admirador de la política y la pinta de Carlos Pellegrini, repetía de memoria discursos de Belisario Roldán, cuyas salidas citaba con frecuencia; enemigo de todo tipo de colectivismo, atribuía virtudes mágicas a la iniciativa privada y al Patrón Oro.

Las relaciones entre Mooney y Olañeta eran por demás pintorescas. Alternativamente amigos y enemigos, se retiraban el saludo periódicamente para, sin darse por enterados del último incidente que los separara —aparentemente para siempre jamás— volverse a palmear afectuosamente cuando algún episodio de orden general hacía coincidir sus puntos de vista, tantas veces antagónicos. Prudencio Alcaraz los había presentado, aunque múltiples vínculos sociales relacionaban las familias de ambos y era él quien solía reconciliarlos siempre que la tormenta ideológica los distanciaba con rayos y centellas verbales. Cuando Prudencio deseaba hacerse una precisa composición de lugar, reunía a Mooney y Olañeta, arreglándoselas para deslizar el tema cuyo debate quería provocar y así sacar sus propias conclusiones.

Quedó Mooney comprometido para concurrir al cónclave de las once y se despidió Alcaraz.

El centro presentaba un aspecto indescriptible al comenzar el segundo día de La Rebelión de los Semáforos.

V

EL CACHO, LA RUBIA Y EL INFELIZ

Aquel segundo día no sólo el centro presentaba un aspecto indescriptible. Y, quizá, el aspecto fuera lo de menos. No es grata, por cierto, la facha de un dormitorio antes que la ventilación, barrido y tendido de camas hayan puesto en fuga los vapores nocturnos. Labor ésta comprendida entre aquellas muchas que incluye la alta profesión de ama de casa, minimizada en los formularios oficiales por la escueta mención: *sus quehaceres*. Pues bien, al despuntar esa segunda mañana, las calles y plazas de Buenos Aires eran un inmenso dormitorio después de una mala noche; inmenso dormitorio sin ama de casa que lo pusiera en quicio.

Buena parte de los automovilistas aprisionados por el descomunal embotellamiento procuró dormir dentro de su propio vehículo, una vez que el cansancio fue poniendo coto a la euforia liberacionista que había campeado durante el día. Muchos quedaron fuera de combate antes de medianoche, a influjo de licores obtenidos por vía de requisa en los almacenes próximos. Otros, partícipes de las improvisadas murgas y de los coros protestatarios, prolongaron su desvelo hasta la madrugada. Pero, en esos momentos en que las tinieblas parecen apretarse como una resistencia final ante las vanguardias del alba, ya nadie o casi nadie quedaba en pie. La mayoría, como se dijo, ocupó asientos de automóviles, cajas de camiones, camillas de ambulancias. Otros optaron por los clásicos bancos de plaza,

quicios, zaguanes, canteros floridos y pedestales de monumentos, para descabezar un sueño.

Claro que no fue aquel un sueño tranquilo. A río revuelto... Pescadores en este caso resultaron los rateeros que, con sigilo y habilidad dignos del mayor encomio, aliviaron los bolsillos de incautos durmientes. Alguno fue sorprendido con las manos en la masa y, a consecuencia de ello, hubo trifulcas y sonaron varios disparos.

Cuando la aurora encendía metales por el naciente, alumbró un feo espectáculo. Las riadas de automóviles seguían quietas, cuajando las calles, veredas y paseos. Y el transcurso de las horas había ido consolidando en torno a los vehículos detenidos un contorno desagradable, tirando a asqueroso. Latas de conservas se apilaban por todas partes, botellas vacías, papeles grasientos, puchos, restos de comida. Hombres y mujeres despertaban, pesados los ojos, crecida la barba de aquéllos, corrida la pintura de éstas. Bocas ácidas, pelambres revueltas, ropas ajadas.

En Barrancas un ratero fue linchado; en Caballito otro fue ovacionado: caprichos de la multitud.

En Colegiales, un intento espontáneo por poner orden tuvo principio de éxito y el tráfico avanzó una cuadra. No más. Ante el ejercicio de alguna autoridad, arguyó alguien que aquello constituía una forma de opresión. Los vientos reinantes convirtieron en hoguera el chispazo de esa protesta y quienes habían procurado encauzar el batifondo resultaron víctimas de la ira pública.

En Retiro, según sabemos, las fuerzas del norte y las de Maipú llegaron a trabarse en lucha, el número de cuyas bajas jamás se conoció. Alguno o algunos lograron detener las acciones, luego de arengar a los combatientes y proclamar que se estaba ante una maniobra divisionista tendiente a consolidar el privilegio.

La primer olla popular se instaló en Villa Crespo.

Oscar (Cacho) Malatesta salió ese lunes de Boulogne, minutos antes de las nueve, rumbo al Banco donde desempeñaba una función jerárquica de menor cuan-

tía. Salió de malhumor pues la sucesión de tres feriados había significado un breve período de vacaciones a las cuales ya se estaba acostumbrando. Además hacía calor. Y, de yapa, dos pequeñas contingencias vinieron a aumentar el fastidio de Cacho, a saber: tenía sueño por trasnochar viendo un programa de televisión que reuniera en torno a una mesa redonda a cierto político que intentaba transformarse en portavoz de las reivindicaciones del proletariado expoliado; a un sociólogo que, en base a estadísticas de imposible verificación, demostraba que el crecimiento de la población mundial determinaría una escasez total de alimentos a corto plazo; a una artista de *café concert*, generosamente desvestida, que embestía contra todo aquello que, a su entender, significara una barrera opuesta a la liberación de la mujer; a un sacerdote que, para poner de manifiesto su ministerio, lucía un distintivo minúsculo prendido a su polera clara; a un poeta de avanzada, autor de versos tan impenetrables que merecieron el aplauso unánime de la crítica y, finalmente, integraba el grupo un padre de familia, elegido de entre el público, que no volvió a abrir la boca después de ser objeto de la befa general cuando, inocentemente, manifestó creer que cada hijo trae un pan abajo del brazo. Concluido el programa, Cacho se sintió contagiado por la amargura con que enfocaban la vida los protagonistas del debate e imbuido por el espíritu de sorda rebelión que destilaban. En cuanto al segundo factor irritante que lo aquejaba era la promoción, en el Banco, de un compañero que ingresara junto con él y que, así, venía a sacarle ventajas en la carrera administrativa. Por todo eso Cacho venía con rabia mientras manejaba por Lugones hacia el centro.

Fue entonces cuando, de reojo, vio la rubia que lo sobrepasaba. Llamativa la rubia. Aceleró Cacho, pues no era cuestión que lo pasaran como un poste. Faltaba más. Por otra parte, al marchar los coches a la par, podía profundizar la observación de esa belleza. Maniobra que, según advirtió pronto, también realizaba el conductor de otro automóvil que rodaba más allá del de la blonda. No señor, no iba a permitir que ese infeliz impresionara a la dama más que él. Próximos

los tres al semáforo de Udaondo practicó Cacho un rebaje perfecto, que llenó el aire con el ronquido del motor, poniendo en evidencia que el mismo había sido *tocado* en un taller *tuerca*. Miró la rubia de soslayo, acusando el impacto. Cacho se hizo el displicente, y, como quien no quiere la cosa, sacó el brazo por la ventanilla de modo que se destacara el Rolex adquirido con tanto esfuerzo y que la dama pareció valorar debidamente. Del otro lado, el infeliz prendió un cigarrillo, utilizando un encendedor caro.

—Imitación, seguro —despreció Cacho el encendedor.

Cuando la luz les dio paso, Malatesta picó a fondo, dispuesto a lucir las bondades de su árbol de levas. Primera, segunda... Pero la rubia y el infeliz le habían sacado media cuadra de ventaja. Tremenda decepción para Cacho. Frustración que subió de tono cuando, al llegar a las luces instaladas en el último cruce de Lugones, la señal roja le cortó el paso mientras sus contendores se alejaban hacia el monumento a Urquiza. Ya no les daría alcance.

Eran muchas cosas golpeando sobre el humor de Cacho. El recuerdo del programa de televisión y las muletillas liberatorias allí escuchadas le dieron vías para intelectualizar su disgusto.

—A la final soy un oprimido —se dijo Malatesta. —Un oprimido y un reprimido. Cómo voy a realizarme con esta cafetera que ya tiene dos años de uso: casi cincuenta mil kilómetros, achanchada! Y con jefes que no se fijan en uno cuando llega el momento de los ascensos. Pero esperen nomás. Algún día aquí se va a armar una...

Circunvalaba la estatua de Alvear cuando advirtió que algo raro sucedía. Pequeños congestionamientos de tránsito, algún coche a contramano.

—Una grande se va a armar aquí —completó su pensamiento Cacho, esta vez en voz alta. Y metió el acelerador a fondo. Un hombre de cierta edad vacilaba en medio del tránsito, al comando de un autito pasado de moda.

—Mandate a guardar, viejo inútil! —aulló Malatesta, pegando un topetazo al autito que salió despedido.

—Para qué manejarán algunos si ya no tienen reflejos!

Cuando los semáforos de Callao se pusieron colorados, ya nada detenía la carrera de Cacho. Pasó como un rayo por la bocacalle, sembrando a la vez pánico y entusiasmo entre los circunstantes, que lo insultaron y vivaron simultáneamente. Cerca de Retiro la confusión era grande. Cacho conducía presa de una borrachera peculiar y, mientras maniobraba agresivamente, sentía subir desde sus entresijos algo así como una marea caliente donde sobrenadaban remotas frustraciones y olvidados fracasos que clamaban por revancha. Revancha que, de algún modo, Cacho entendía tomarse cada vez que violaba una luz roja, cada vez que invadía zigzagueando la contramano, cada vez que abollaba un automóvil flamante, cada vez que, a los gritos, maldecía la parentela de un conductor.

Alcanzó a superar el cruce de Alem con Maipú donde, a la sazón, se apilaban autos chocados y ardían charcos de nafta. Llegaba a la intersección con San Martín cuando vio el coche del infeliz, inmóvil en la galleta que allí se había formado. Presa de la mayor excitación pegó un alarido y enfiló la trompa de su automóvil hacia donde estaba el del rival.

—Si no puedo seguir, vamos a morir matando! —gritó Cacho e incrustó el paragolpes delantero en el baúl del otro vehículo, que estaba vacío.

Terminó allí la loca carrera de Cacho. Pero no se cerraron las fuentes de aquella marea interna que en tal carrera encontrara cauce. Su rebeldía súbita, su ebriedad libertaria, recién comenzaban a bullir y el hervor, lejos de amenguar al chocar contra el coche del infeliz, iba en aumento.

Abandonó Cacho los restos de su máquina y, sin saber bien por qué, levantó un adoquín desprendido y empezó a romper los vidrios de otras, presas en el embotellamiento. Luego trepó a un semáforo e hizo trizas sus cristales. Consideró que este era un acto simbólico y trascendente, como si hubiera ultimado un abandonado enemigo. Desprovistos de sus lentes de color, los focos del semáforo veíanse idénticos entre sí, proyectando análogos guiños de luz blanca.

—Se acabaron las prohibiciones! —proclamó Cacho, encaramado al semáforo—. Todos iguales. Luz blanca para todos. Basta de limitaciones! Basta de restricciones! Paso a los oprimidos! Viva la liberación del Hombre!

Un rugido de aprobación saludó sus palabras finales que, casualmente, eran las mismas escuchadas en el programa de televisión que lo llevara a trasnochar esa madrugada.

Desde lo alto del semáforo Cacho descubrió a la rubia que, flanqueada por el infeliz, aplaudió entusiasta. En homenaje suyo y perdida toda inhibición, agregó el orador:

—Y viva la Liberación de la Mujer!

La rubia vociferó su adhesión. También el infeliz.

Mónica Kramer Arizmendi advirtió de inmediato cuando el hombre del Fiat reparó en ella y, acelerando, evitó que lo sobrepasara. Le hizo gracia la compadrada pueril de éste al realizar un rebaje estruendoso, apuntado obviamente a llamar su atención, y la estudiada displicencia con que exhibió el reloj al detenerse a ambos.

—Este quiere hacer cáscara y no sabe que el Rolex ya está quemado —reflexionó Mónica.

Después atisbó al conductor del coche ubicado a su izquierda, justipreciando el Ferrari que montaba y el encendedor que acababa de usar.

—Mucha guita —fue su dictamen—. Y una pinta de infeliz que mata.

Volvió Mónica de pasar el fin de semana en el barco de un industrial y era consciente del armónico contraste de su piel tostada con el rubio-blanco del pelo lacio.

Junto con el Ferrari dejaron atrás al Fiat y, al embarcar Libertador, lo habían perdido de vista.

Mónica estaba harta de reconvenciones. Le parecía oír a su abuela —tan germana ella— y a su tío Arizmendi —tan vasco él— recriminarle en todos los tonos su modo de vivir. Sus padres, reiteradamente divorcia-

dos, también aventuraban algunas críticas, si bien con escasa convicción.

—Qué hinchas! —se quejaba Mónica.

Molestos, bien molestos, sus parientes. Y algo más que molestos ya que una vez, sin decir agua va, Arizmendi, Martín Arizmendi, el tío Martín, le pegó un cachetazo tan bien puesto que Mónica optó por interrumpir sus salidas durante un mes.

Resultó curioso que, al internarse en la maraña de tráfico y desobedecer la primer luz roja, Mónica sintiera que pisoteaba la autoridad del tío Martín. Al meterse de contramano por Alem fue como si mandara a pasear a la abuela Berta. Eufórica y desenfrenada prosiguió acumulando infracciones por el bajo.

El coche de la rubia quedó definitivamente atrapado antes de alcanzar San Martín.

—¡Qué divertido! —pensó, al observar el caos que la circundaba.

Fue entonces cuando se le acercó el del Ferrari, con su mejor expresión de infeliz. Una expresión que desmentían los ojos penetrantes y fríos, en los cuales brillaban determinaciones implacables.

—¿Vio qué barullo? —preguntó el hombre a modo de arrime.

—Me gusta el barullo —respondió Mónica, aceptando que la carrera sostenida había creado una relación entre ellos. Vistos los ojos de su interlocutor, Mónica ajustó el juicio inicial:

—Una pinta de infeliz que mata, pero no es un infeliz. Este es un peligro público.

En esos momentos Cacho trepaba al semáforo y le rompía los vidrios con ferocidad. La rubia reconoció al picador frustrado y advirtió que de alguna manera éste se había transformado: cierta fuerza imprevista le asistía mientras arengaba a la concurrencia allá en lo alto.

—¡Y viva la Liberación de la Mujer! —concluyó el orador.

Mónica vociferó su adhesión y sintió que así apóstrofaba a la abuela Berta —tan germana ella— y al tío Martín —tan vasco él— dando curso a un cúmulo de resentimientos que, sin que lo advirtiera del todo, se

habían depositado en algún rincón de su alma. Por extraña asociación de ideas llegó la rubia a creer que el adoquín con que Cacho destrozaba las lentes del semáforo caía, una y otra vez, sobre los ridículos anteojos que, cuando leía, jineteaban la nariz de Arizmendi y que éste tenía colocados cuando le cruzara la cara de un bife.

La esplendorosa quinta de Armando Ricci estaba en Punta Chica y desde ella se dirigía esa mañana al centro para iniciar sus actividades semanales. Tales actividades eran de índole financiera y especulativa, teniendo por epicentro las oficinas de la Corporación Hipotecaria Industrial Rentística Organizativa Limitada Argentina (C.H.I.R.O.L.A.), firma de la cual Ricci era socio mayoritario y que tenía su asiento en la calle Reconquista, casi esquina Sarmiento.

La habilidad especulativa de Ricci le permitió navegar las revueltas aguas de las últimas crisis nacionales de modo tal que sus redes obtuvieron pescas formidables. En pocos años la fortuna de Armando importó cifras astronómicas. Alcanzado cierto monto, pensó cumplir el propósito de moderar la audacia de sus jugadas crematísticas, disponer del tiempo necesario para constituir una familia y forjarse una cultura básica. Pero no pudo. O no quiso. Llegado el momento no supo sustraerse al vértigo de los negocios que constituían la razón de su vida. Físicamente mal dotado, la especulación era para él un deporte: único deporte que estaba en condiciones de practicar y cuya fascinación lo subyugaba irremisiblemente. De modo que, en su caso, capturar dinero era una actividad que nada tenía que ver con las satisfacciones que la riqueza trae aparejadas. Los pesos habían adquirido, en su caso, características de fin y no de medio, cobrando autonomía con respecto a los bienes cuya obtención permiten.

Venía aburrido esa mañana, cuando un refucilo platinado solicitó su atención desde un coche vecino. Atractiva sin duda era la rubia que circulaba por Lugones. Para sacudir el tedio se le puso a la par y, detenidos ambos en un cruce la estudió con el rabo

del ojo mientras prendía un cigarrillo. Confió en que la dama reparara en la Ferrari que manejaba y en su encendedor de modelo exclusivo, pues sabía que en la cara tenía un poderoso enemigo. Cara de zonzo, regordeta, con facciones ambiguas.

Ricci odiaba su cara. Y su figura cónica, de hombros estrechos y traste abultado. Ninguno de "los goces que da el dinero" —añorados por el tango— le faltaba al financista. Poderoso, no sólo en la acepción familiar del término sino en sentido estricto, o sea *dueño de poder*, estaba en condiciones de conmover el mercado desde la mesa de cambios de C.H.I.R.O.L.A. y de influir decisivamente sobre funcionarios y legisladores en pos de determinadas medidas oficiales. Sin embargo Armando era un hombre amargado y ácido. Amargura y acidez que en buena medida derivaban de su cara. Y ello pese a que el rostro, pese a que la expresión de estupidez que lo animaba, habíale permitido concretar operaciones brillantes, iniciadas por medio de tan temible carnada.

Por eso cuando, trezado con la rubia en veloz carrera, observó las anomalías que presentaba el tráfico del bajo y empezó a hilvanar infracciones, sintió Ricci en su subconsciente que, al romper el ordenado concierto de las cosas, estaba atacando la armonía del universo. Atacando esa armonía ausente de su cara y ese ordenado concierto del cual carecían sus rasgos. Algo así como una venganza tangencial.

Después, cuando el hombre trepado al semáforo gritó: *basta de limitaciones*, pensó en el Banco Central; cuando dijo: *basta de restricciones*, pensó en la Dirección General Impositiva; cuando proclamó: *paso a los oprimidos*, pensó en la faja que reducía su barriga; cuando enfatizó: *viva la liberación del hombre*, pensó en verse libre de su cara de opa.

Presos por el embotellamiento, esa noche no volvieron a sus casas ni Cacho, ni El Infeliz, ni La Rubia. Tampoco los dos primeros llegaron al Banco ni a las oficinas de C.H.I.R.O.L.A. pues la embriaguez liberacionista les impedía contemplar siquiera la possibili-

dad de trabajar. Al pie mismo del semáforo se juntaron los tres, cuando La Rubia felicitó a Cacho por su arenga. Felicitación calurosa, por cierto, que turbó profundamente al orador.

De allí en más anduvieron juntos. Sorda rivalidad separaba a los hombres, que la mujer fomentaba mediante atenciones alternativas. Así cometieron diversos desmanes, dejándose llevar por aquel espíritu destructor que alentaba en la multitud vagabunda. Cuando mermaba el fastidio que impulsaba al trío, topaban con algún agitador que con palabra inflamada azuzaba el disgusto implícito en la muchedumbre como para canalizarlo y otorgarle sentido.

Un barbudo, en Paraguay y Suipacha, dijo:

—Camaradas, hermanos. La de hoy es una jornada de gloria para la raza humana. Desde que París asistiera a la epopeya de *los días de mayo*, nada se ha visto parecido a esta fresca explosión de rebeldía que aquí contemplamos. Todas las formas de opresión caerán ante el grito de Liberación que estremece la ciudad. No más explotación. No más autoridad. No más cadenas para este pueblo sublevado. Hasta hoy se han servido de nosotros. No serviremos más. No serviremos a nadie ni a nada. Orgullosos e invencibles, los hombres y mujeres que hoy hemos dicho *basta* no nos detendremos hasta el final. ¿Y cuál es ese final? No lo sabemos. Todas las conquistas se abren ante nosotros. Todas las posibilidades nos aguardan. Pero siempre que no claudiquemos en esta empresa maravillosa, nacida del acaso y que no debe detenerse. Es la nuestra una revolución permanente, dirigida contra todo. Alimentemos la rebeldía con más rebeldía; el rencor con más rencor; la desobediencia con más desobediencia. El presente cierra el paso al futuro. Hagamos pedazos el presente para conquistar el futuro. La destrucción de un orden caduco es purificación. Destruir para purificar. Para alcanzar el mañana son necesarios mujeres y hombres capaces de desobedecer hasta sus últimas consecuencias; capaces de liberarse hasta de la más pequeña atadura; capaces de destruir sin vacilar cuanto encuentren a su paso...

Era un lenguaje que embriagaba a la concurrencia. El barbudo parecía un profeta alucinado y subyugante.

En Reconquista y Tres Sargentos vociferaba un borracho:

—¡A chupar que se acaba el mundo!

Una estudiante de Sociología afirmaba, en Tucumán y Esmeralda:

—Chicas, mujeres que me escuchan: algo me dice que ha llegado nuestra hora. Sojuzgadas por el machismo hemos vivido pisoteadas, despreciadas, confinadas por la prepotencia del hombre. Criar hijos y limpiar cacerolas, ése ha sido el papel reservado para nosotras. Esclavitud, dependencia, sumisión. Pero algo en mis entrañas grita que hoy termina nuestra larga lucha. Nos negamos a criar hijos. Nos negamos a tener hijos. Nos negamos a ser propiedad de un hombre. Nos negamos a recibir la limosna de la galantería y exigimos el derecho a un trato igualitario. ¡¡Muera la pequeña diferencia!!!

Una bizca aplaudió entusiasta. Una yiranta veterana miró a la estudiante con sorna.

Era pelirrojo el melenudo que, en Cerrito y Juncal, bramaba:

—¡Exijamos lo imposible!

Por todos esos lugares anduvieron Cacho, La Rubia y El Infeliz.

El terceto, en su recorrida de protesta, topó dos veces con patrulleros de la policía. Estaban detenidos y, cuando dieron con el primero, advirtieron el cerco hostil que los rebeldes habían tendido en su torno, amenazando a los ocupantes, arrancando partes del vehículo, redoblando compases carnavalescos a puñetazos sobre el techo. En eso andaban cuando uno de los circunstantes copó la banca y, a grito pelado, dijo algo así como que los vigilantes también pertenecían a la clase oprimida y que habrían de aliarse a los combatientes de la liberación. La gente aprobó lo dicho, salieron del coche los policías y, tirando lejos sus

cnaquetillas, se sumaron a una ronda que entonaba agrios estribillos. Fue entonces cuando, por la radio del patrullero, se oyó la voz de alguien que afirmaba ser el Jefe. Uno de los agentes tomó el micrófono y respondió:

—¿No me digas, ricura?

Al segundo rodado policial lo vieron más tarde y estaba abandonado.

Entrada la noche, se acentuaron las expresiones del duelo que Cacho y El Infeliz sostenían a propósito de La Rubia. Esta graduaba las acciones alentando y diluyendo esperanzas en los contendientes. Finalmente, ya tarde, la dama se fue con otro. Cacho y El Infeliz durmieron en sus coches; La Rubia no se sabe.

VI

CITA JUNTO A LOS PESEBRES

Con rigurosa puntualidad acudieron a la cita Los Convocados de Alcaraz. Cuando daban las once, uno tras otro, habían ido llegando hasta el edificio de la calle Posadas donde los esperaba El Cabo de Saladillo.

No había sido empresa fácil para los concurrentes moverse en la ciudad convulsionada. A pie llegaron todos: desde Boedo, Ulogio y su hijo Mario. El Cuca desde San Telmo. Gerónimo P. Mooney, Escribano Público, vino desde 25 de Mayo y Cangallo. Olañeta vivía cerca. Prudencio Alcaraz arribó con cierta anticipación.

Algunos incidentes jalonaron la travesía de los Convocados. Mooney increpó duramente a un adolescente de masculinidad ambigua, al cual sorprendió robando cigarrillos en un quiosco.

—Jovencito —le dijo— debe usted saber que la Constitución Nacional ampara la propiedad privada y que su acción está penada por las leyes. ¡No sé dónde vamos a parar si seguimos así, mequetrefe! —Aquí se embaló el notario y, dejando de lado el tono forense de su reprimenda, incursionó en una terminología arcaica, donde se mezclaban palabras camperas con voces británicas asociadas a su infancia.

—Usted es un very sotreta —ápostrofó al equívoco mozo—. ¡Very sotreta and big sabandija! Deje esos atados ande los sacó y dispere, please! ¡Dispere antes que la parta la hed, canejo!

Ante la llamarada celeste que ardió en los ojos de don Gerónimo y visto el tono escarlata adquirido por su rostro, restituyó el ladrón los cigarrillos y salió como alma que lleva el diablo.

Con Ulogio no se metió nadie, como es lógico.

Olañeta dispersó a bastonazos (usaba bastón) una barrita que celebró su paso al grito de: ¡pelado!

Tampoco El Cuca sufrió tropiezos pues viajó por lugares vedados al tránsito del simple viandante, apareciendo por una alcantarilla situada en Posadas y Montevideo.

No puede decirse que el lugar donde se reunieron los siete Convocados ofreciera un aspecto vulgar y silvestre. Accedíase a él desde la calle Posadas por un portón que comunicaba con lo que parecía una playa de estacionamiento cubierta, pasada la cual y descendiendo por una corta rampa se llegaba a un amplio recinto. Vale la pena detenerse en la descripción del sitio. El techo, muy alto, está sostenido por cabriadas de hierro e iluminado por claraboyas, turbias de polvo a la sazón, apareciendo el conjunto signado por cierto aire de terminal ferroviaria: terminal ferroviaria de la época en que los ingleses levantaban formidables terminales ferroviarias. El piso de adoquines, sabiamente dispuestos en abanicos numerosos. Circunda el perímetro una sucesión de *boxes* construidos en madera, que superpuestas capas de pintura han vuelto incorruptible. Adosadas al frente de cada panel divisorio aparecen graciosas cabecitas de caballo fundidas en metal, de las cuales cuelga una argolla; al fondo de los *boxes*, la reja convexa de un pesebre huérfano de forraje. Se huele humedad y abandono en el lugar que, sin embargo, evoca aquella pujanza, ingenua y optimista, que caracterizara los esplendores del Centenario.

—Acá, hace una punta de años, remataban animales —comentó Ulogio, mirando en torno.

—Así es —corroboró Alcaraz—. Pero la firma se mudó y piensa construir aquí una galería comercial. Aunque la cosa está en veremos pues falta plata. Son conocidos y me facilitan el local sin hacer preguntas. . .

Don Antonio me llamó una vuelta por un asunto de cuatrерismo...

—Usted conoce a todo el mundo, Prudencio. Siempre que hace falta saca un amigo de la manga —dijo Olañeta.

—No vaya a creer —respondió el aludido, escueto.

Después de la mudanza habían quedado en el lugar diversos elementos, más o menos inservibles. Quien echó mano a un cajón, quien a una silla renga, quien a un balde herrumbrado, quien a una barrica en desuso. Acomodados en asientos tan variados, los siete formaron rueda junto a los *boxes*. En el vidrio opaco de una claraboya las patas de un gato imprimieron cuatro puntos oscuros que delataron su paso fugaz.

—Con permiso —se excusó El Cabo de Saladillo y, abriendo cierto envoltorio que portaba, extrajo mate, termo y un paquete de yerba. Despaciosamente volcó yerba en el mate hasta el nivel debido; reemplazó el tapón del termo por otro, provisto de dos cañitos; mojó la yerba y esperó; luego insertó la bombilla en la yerba, ya compacta y —recién entonces— llenó la calabaza con agua caliente. Sorbió despacio, hasta que la circulación al través de la bombilla resultó satisfactoria, éxito éste que se hizo patente en el corto y enérgico sonido que coronó la operación. Nadie habló mientras Alcaraz maniobraba.

—Sabrán ustedes que el mate asienta el entendimiento —ilustró Prudencio a modo de disculpa por su silencio, repitiendo un axioma que todos los presentes le habían oído mil veces.

Después el policía se palpó los bolsillos en procura de cigarrillos, que, de antemano, sabía no poseer. Muy poco fumaba Alcaraz, de modo que no gastaba en tabaco. Sólo en contadas ocasiones, graves por lo general, incitaba al convite mediante el gesto de hurgarse los bolsillos infructuosamente.

—Sírvase —ofreció El Cuca, alargando un atado de negros.

—Gracias.

El Cabo se colocó un cigarrillo en los labios y esperó. Mario le alcanzó fósforos.

Alcaraz dio una larga pitada, llenó el mate y se quedó pensativo. Pensativo, abstraído. Tanto que, inconscientemente, comenzó a tararear por lo bajo una vidalita de quién sabe cuándo. Al oír su propia voz volvió Prudencio a la realidad y, tras una segunda pitada dijo:

—Perdón, señores, me fui. Pero ya es hora de explicarles los motivos de esta reunión que han honrado con su presencia. Antes que nada, muchas gracias y disculpen la molestia.

—No hay nada que disculpar —respondió Mooney, El Liberal Intachable—. Aunque no he de negarle que me tiene usted intrigado.

—Cierto —respaldó Olañeta a Mooney—. Lo escuchamos, Prudencio.

—Caballeros —arrancó Alcaraz que, ocasionalmente, trataba a los demás de caballeros en vez de decirles señores como era su costumbre, si bien aquel término lo usaba solamente en plural y en oportunidades más vale solemnes—. Alguno de ustedes conoce en parte la situación, otros no saben todavía casi nada y ninguno está enterado del caso en todas sus partes —prosiguió—. Quiero plantear el asunto con claridad y desde el principio. Después escucharé la opinión de ustedes —cebió otro mate y lo pasó al Cuca, que estaba sentado inmediatamente a su derecha y que lo recibió sin romper el mutismo que guardaba. Retomó Prudencio la palabra: —El señor Jefe de Policía ha encomendado a este servidor una misión especial, en nombre del señor Presidente de la República. Eso al menos me dijo el señor Jefe y no es atribución de quien les habla poner en duda los dichos del superior. De manera que se trata de un compromiso y de un honor grandes. La misión que me han confiado es brava por demás y consiste en averiguar las causas del bruto embotellamiento de tráfico que principió ayer y proponer los remedios para arreglar la situación. También en el día de ayer se registró una sublevación de la totalidad de los efectivos policiales de la capital. Este hecho puede estar ligado al anterior o nó y es parte de mi misión establecer sus motivos y buscar remedio al motín.

Aquí El Cabo de Saladillo explicó cumplidamente las circunstancias del alzamiento, agregando:

—Desde anoche las cosas se agravaron y todos ustedes han visto el avance de los acontecimientos en los distintos puntos de la ciudad por donde anduvieren. Y el problema ya no se reduce a la Capital Federal. En distintas partes del país se han presentado situaciones parecidas. Córdoba está paralizada, hay disturbios en Mendoza, en Rosario la gente se ha desmandado. Para peor, al pasar el tiempo, las cosas empeoran en vez de mejorar y esto se parece cada vez menos a un incidente de tránsito. Como palpité el rumbo del asunto, me permití molestarlos, caballeros, pues el caso es más serio que una misión especial encomendada al Cabo Primero Alcaraz. Los problemas de Alcaraz debe resolverlos Alcaraz, mientras pueda. Pero este es un problema de todos. Me explico señores?

Prudencio se explicaba.

—El desorden ha aparecido por todas partes —siguió El Cabo—. Por eso hemos de ordenarnos nosotros para hacerle frente. Quisiera escuchar la opinión de ustedes sobre la causa de este zafarrancho y, si se les ocurre, cómo arreglarlo.

—Antes que nada —se adelantó vivamente Olañeta— es necesario obtener el concurso de las Fuerzas Armadas. Qué papel han jugado hasta ahora en los acontecimientos? Y, fuere cual fuere la solución, contará sin duda con la participación de las Fuerzas Armadas, última reserva ante el avance del caos y la disolución.

Nadie objetó la enfática propuesta de El Extravagante Picapleitos, salvo Gerónimo P. Mooney que precisó:

—Conforme. Pero el accionar de las Fuerzas Armadas no debe interferir en el juego normal de las instituciones que rigen la República.

—No diga macanas, mi amigo —se exaltó Olañeta—. Cuando peligrá la subsistencia misma de la Nación no pretenderá poner trabas a su defensa por respetar una tira de papel como es la Constitución.

Reapareció la llamarada azul en las pupilas de Mooney. Cuando iba a contestar intervino Alcaraz.

—Discutan el punto si quieren, señores, pero, mientras tanto, algo podemos adelantar. Aquí se ha propuesto requerir el apoyo de las Fuerzas Armadas o, al menos, saber en qué están los militares. Pienso que Mario podría correrse hasta los regimientos de Palermo y averiguar qué pasa. Sigán ustedes cambiando ideas mientras tanto, pero no se acaloren, señores.

—En casa hay una bicicleta. Está cerca y Mario podrá ir más rápido —ofreció Olañeta—. Pedísela a cualquiera de las chicas —concluyó, dirigiéndose al interesado.

—Con mucho gusto —aceptó Mario y salió.

—Disculpe el tono, Mooney —suavizó el abogado—. Pero usted me conoce y sin darme cuenta en seguida estoy hablando más fuerte de lo necesario.

—No tiene importancia. Lo que me preocupa es su manera de pensar. Y si fuera solo usted, only you, quien pensara así... pero hay otros que están en lo mismo, chá amigo. —El conato de excitación había determinado que el escribano empezara a combinar las lenguas de la Rubia Albión y del Salto Argentino en sus dichos. Sin embargo, ya tranquilo, siguió:

—Yo sé que usted es un caballero. Por eso me aflige escucharlo decir algunas cosas. Nos peleamos y fíjese que deberíamos estar en lo mismo.

—No estoy tan seguro de eso. También yo sé que usted es un hombre de bien y que, frente a esta nueva barbarie que contempla el mundo, nos sentimos solidarios. Pertenece quizá a una raza condenada a desaparecer. A una misma raza. Pero, a la vez, temo que nuestros pensamientos resulten definitivamente inconciliables.

—¿Por qué?

—Porque yo creo que este caos que nos rodea, que esta barbarie que nos excluye —a usted y a mí— es hija legítima de su manera de pensar.

—Ah nó! Que le eche la culpa al comunismo, lo entiendo. Pero el comunismo está emparentado con el criterio totalitario que Ud. defiende y no tiene nada que ver con la libertad en que yo creo.

—Vea, Mooney, el liberalismo en que usted cree desemboca a la larga en el marxismo. Y yo soy totalitario a la fuerza. Totalitario porque busco en el Estado una herramienta robusta, capaz de poner en quicio las poderosísimas fuerzas que una libertad mal entendida deja operar a su antojo sobre la sociedad inerme. Soy una especie de totalitario provisorio. Si una acción justiciera del Estado reordenara armónicamente la sociedad moderna y me garantizara que no va a volver a desbordarse, sería yo el primero en sostener que el Estado debe reducir su ingerencia al mínimo y dejar en manos de la gente común el manejo de aquellos asuntos que le conciernen. Pero no vivimos en un mundo de ángeles y, por mucho tiempo, alcanzar esa situación idílica será una utopía.

—Por eso mismo le digo. Me reconoce que no vivimos en un mundo de ángeles y, para curar sus males, propone fortalecer al Estado. Pero quién es el Estado? El Estado es una abstracción, canejo! El Estado está manejado por hombres. Por esos mismos hombres que usted me dice que no son ángeles. Y entonces ¿cree usted que arregla las cosas poniendo en manos de hombres que no son ángeles todo el poder de un Estado fuerte?

—Muchas veces se me ha planteado esa objeción. Es sólida, no lo niego. Sin embargo, a usted le consta que el Estado no es la única organización, la única fuerza, capaz de ejercer influencia sobre la sociedad. Están los grupos económicos cuyo poderío puede llegar a ser incalculable; los medios de difusión masiva, aptos para conformar y domesticar la opinión pública; las camarillas intelectuales y artísticas que dictan leyes despóticas en materia cultural; las organizaciones políticas, propietarias del sistema establecido y que monopolizan la representación de la gente común. Todas esas son fuerzas tremendas, capaces de ejercer tiranías tan agobiantes como la del peor de los sátrapas. Con el agravante que están en condiciones de fijar sus propias pautas éticas o despojarse de todo principio. El Estado, en cambio, tiene la ventaja de que por su propia naturaleza ha de propender al bien de todos. En su esencia está apuntar a lo general y,

cuando extravía su cometido para beneficiar parcialidades, es contradictorio consigo mismo. Por eso, en tren de elegir dictaduras, prefiero la del Estado.

—Teorías, doctor, teorías. En los hechos, usted está cansado de ver como los hombres acceden al manejo del Estado y lo utilizan en beneficio propio o de sus compinches, para lo cual contarán con un medio tanto más fuerte en cuanto sean mayores las facultades estatales. Y nadie va a salir a decirles que eso no se puede hacer porque es contradictorio con la naturaleza del Estado. Igual que el inglés del cuento contestarán: *como mí puede?* Y hay otra cosa, si me permite. Supóngase que los que manejan un Estado totalitario no lo hagan en beneficio propio ni de sus compinches. Supóngase que no lo utilizan en favor de una parcialidad pero, en cambio, le fabricaran una “razón de estado” conforme a su propio criterio. Supóngase que no es gente venal ni movida por intereses mezquinos, pero se trate de desorbitados que crean estar en condiciones de interpretar cual es, en cada momento, el “interés nacional”. De interpretarlo a su modo. Y resulte que ese “interés nacional”, que esa “razón de estado”, sea una auténtica locura. Una auténtica locura apuntada a la generalidad de la población con lo cual, en ese aspecto, no sería contradictoria con la naturaleza del Estado de que usted hablaba. Supongamos el caso de una guerra en procura de lograr para el país nuevos territorios, grata al orgullo nacional pero injusta y apta sólo para sembrar muerte y miseria entre los concretos habitantes de la República. Y conste que yo creo que la guerra puede, a veces, resultar ineludible. Le estoy dando un ejemplo nomás. Un ejemplo sobre los peligros de alentar la existencia de un Estado omnipotente que, al fin de cuentas, pueda convertirse en una “bazooka” en manos de un mono loco. Qué me dice?

—Digo que usted está exagerando las cosas y que lo mismo puede suceder si otras fuerzas, diferentes al Estado, son las que manejan la sociedad sin sujeción a un poder superior. Con el agravante...

Siguió la discusión, por un rato en términos razonables. Pero llegó el momento en que Olañeta tornó a

levantar la voz y trató a Mooney de papanatas. Este calificó al jurista de very sotreta y big sabandija. El Cuca escuchaba en silencio y Ulogio dormía como un tronco.

—Señores —terció Prudencio, que andaba por la segunda cebadura.

Ante la tácita reconvención recapacitaron los oponentes dialécticos y cazaron velas.

Así las cosas se abrió la puerta y entró Mario, seguido por un oficial de uniforme. Lucía las estrellas plateadas de capitán y era un hombre joven, pulcro hasta la meticulosidad: afeitado a ras de piel, olía a jabón; brillantes como espejos las botas altas; perfecto el nudo de la corbata verdeoliva y lustrados los botones de la casaca. Llevaba el pelo al rape, según pudieron advertir los circunstantes cuando, al rato, se sacó la gorra.

—Este es Marcial —presentó Mario— Capitán del Ejército.

La mano derecha de Marcial subió hasta la visera y bajó en gesto veloz y enérgico. Sonaron los tacos de sus botas.

Del mismo modo respondió Alcaraz al saludo.

—Mucho gusto.

—Olañeta.

—Poncoroni, a sus órdenes.

—Buenas.

El Capitán y El Poeta se incorporaron al grupo. Relató Mario:

—Vacíos estaban los cuarteles. Vacíos y revueltos. Algo feo flotaba en las cuadras abandonadas, en los playones desiertos, en las garitas solitarias. La bandera no estaba en el mástil. Peor, en el mástil habían izado un calzón. Recorrí todo. Aquello era un caos. En la Sala de Guardia lo encontré al Capitán Marcial. Estaba de *cuarto vigilante* cuando se amotinó la tropa. Los otros oficiales dejaron hacer. El segundo jefe del regimiento concedió un franco a más no poder y todos se fueron. La noche antes, en vista de los disturbios, el jefe de regimiento había ordenado a Marcial no abandonar el puesto en ningún caso. Como el jefe no había dado contraorden, Marcial estaba en su

puesto. Le expliqué que ya no había nada que vigilar, que estaba solo. Le conté la misión que el Presidente había confiado al cabo primero Alcaraz. Le dije que de aquí podría salir una solución para las cosas que pasan. Pensó mucho y vino. De a caballo vino hasta acá cerca.

—Capitán, usted se hace cargo —dijo Alcaraz.

—Cómo que me hago cargo?

—Yo soy cabo primero: usted es mi superior jerárquico.

—Y usted tiene una misión del Presidente de la República, que es el jefe supremo de las Fuerzas Armadas. Pero, por lo que tengo entendido, esto no es cuestión de jerarquías y en la emergencia se ha de actuar en un pie de igualdad. Además, hay civiles que no nos deben obediencia. Tengan la amabilidad de hacerme un cuadro de situación.

Recapituló Olañeta lo conversado y, cuando hubo concluido, dijo Alcaraz:

—Bueno, señores, es hora de entrar en materia. El que tenga algo que decir sobre las causas de esta emergencia y sobre la manera de arreglarla, que lo diga. Para eso estamos aquí. Ya sé que no es fácil lo que estoy pidiendo.

Por un rato no habló nadie.

VII

EL SEGUNDO DIA

Mientras los Convocados de Alcaraz estaban reunidos junto a los pesebres del recinto de la calle Posadas, fuera de allí crecía el caos. Transcurría el segundo día desde el comienzo de la Rebelión de los Semáforos y la mañana se aproximaba a esa frontera solar que inaugura la tarde.

No había desaparecido aquel ambiente rancio, de dormitorio sin arreglar, que caracterizó el principio de la jornada. No desapareció del todo ese ambiente pero, en cambio, un aire más opresivo fue superponiéndose al mismo. Aire de patio de fonda, cuando las sobras se depositan en tachos malolientes al rayo del sol. A eso empezaba a parecerse la ciudad. El calor apretaba. Los restos de comida se amontonaban y, naturalmente, no había basurero que los recogiera. También naturalmente el calor abombaba los restos de comida. Bandadas de papeles pringosos revoloteaban a impulsos de la brisa tórrida. Y había moscas.

Sin embargo, estas manifestaciones molestas de la vuelta al salvajismo, a la vida tribal, no habían hecho mella en el espíritu soliviantado de la multitud. Por el contrario, cada paso que se avanzaba hacia la barbarie, cada barrera que caía ante el embate de la desobediencia, cada convención que se derogaba de hecho, encendía en la muchedumbre una mayor pasión abolicionista.

Ni una fisura habíase abierto en el cinturón que agarrotaba la ciudad. El nudo de tránsito, en vez de

aflojar sus lazadas, parecía solidificarse, adquirir características estables, mientras crecían los montones de basura entre los vehículos detenidos y, de unos a otros, se tendían sogas donde pendían medidores y corpiños, lavados precariamente en las fuentes policas (pronto ya nadie lavaría ni una prenda). La presencia infranqueable del nudo aisló Buenos Aires y así quedó interrumpido el suministro de alimentos que la abastece. Cesó en absoluto el colorido afluir de zapallos y berengenas, de lechugas y rabanitos que, constelados de rocío, llegan desde el entorno vegetal de la metrópoli. Chocó contra la muralla el torrente ganadero y quedó huérfano de mugidos el barrio de Matederos. La visita del vino fue, paradójicamente, rechazada a causa del embotellamiento y el alma liviana del alcohol fermentó a medio camino, lejos del viñedo natal y lejos de la copa propicia. Un amago de hambre sobrevoló los contingentes sublevados. El saqueo se hizo presente el primer día de rebelión pero, ahora, comenzó la disputa por el botín, proliferando tiendas y reyertas.

Otras nuevas facetas presentó el prisma del alzamiento. Así como los efectivos policiales se habían plegado a ella; así como los cuarteles militares quedaron vacíos, así también se propagó por los estratos más diversos de la sociedad. La huelga, espontánea, inconsulta y anárquica, se extendió por doquier. Aquellos obreros, oficinistas, alumnos, profesores, capataces, gerentes, que pudieron llegar a sus lugares de trabajo antes que el embotellamiento sitiara la ciudad, abandonaron pronto sus tareas y se sumaron a los piquetes febriles. De manera que, a esta altura de los acontecimientos, ya la electricidad no animaba los mecanismos que debía impulsar ni habría lámpara que esa noche rompieran las tinieblas. Detenidos los ascensores, hubo viejos e inválidos que quedaron presos en los pisos altos de muchos rascacielos. Inmóviles las bombas, faltó el agua.

Pero, como se dijo, crecían los estallidos de liberación y la euforia rebelde. También aumentó el ánimo invasor de la muchedumbre desarraigada. Aquella

sensación de acampar en terreno enemigo cobró mayor vigor.

Parece cosa demostrada que la existencia de un contorno conocido, familiar, amigable, contribuye a domesticar ciertos instintos que subyacen en los recovecos del alma. Es difícil que ceda a ciertos impulsos depredadores el buen vecino de un barrio, cuyo paso es saludado por escolares mañaneros y jubilados vespertinos; es poco probable que cometa graves desmanes el hombre que, gozoso, verifica la integridad de sus malvones al comenzar la jornada; no ha de considerarse peligroso aquel que recibe un beso al salir y otro al volver a casa; mal puede creerse en la perversidad destructiva del ciudadano que, cada primavera, contempla florecer los mismos *paraísos* y, cada otoño, ve caer las hojas de los mismos *plátanos*. Claro que esto es así mientras dicho vecino se mantenga afincado en su vecindad, recobrando su casa y su barrio todas las noches, para poseerlos en plenitud durante el paréntesis pacificador del feriado. Porque, arrancado de ese territorio entrañable, aquel honorable contribuyente será capaz de las mayores tropelías: aparecerá la capacidad devastadora de la horda en su rutina apacible y, trasplantado, el cultivador de malvones podrá devenir en imprevisto Atila.

Esto último es lo que había ocurrido a la mayoría de quienes ambulaban por Buenos Aires el segundo día de la Rebelión de los Semáforos. Separados de sus casas, lejos de sus barrios, despojados de su circunstancia geográfica y vital, ebrios de liberación excitados por la novedad y tocados por la varita equívoca de la aventura, discretos vecinos se transformaron en soldados de fortuna reunidos en banda irregular.

Tales soldados de fortuna habían pasado la noche, según sabemos, en sus respectivos automóviles, en plazas, calles, paseos y recovas. Al crecer la mañana abandonaron definitivamente sus vehículos y, por razones de comodidad o inercia, muchos de ellos optaron por trasladarse a los lugares donde, hasta el día anterior, desarrollaban sus tareas cotidianas. Desde luego que la intención de los rebeldes no era la de

trabajar sino la de instalarse bajo techo, huyendo de la intemperie. Igual que cuando se violó la primer luz colorada de un semáforo, nunca se supo quien dio principio a esta migración hacia los lugares de trabajo, cuyas consecuencias serían nefastas. Pareció un movimiento espontáneo pero, con el tiempo, alguien afirmaría que la iniciativa partió en forma concertada y simultánea desde varios lugares. Al menos pudo comprobarse que el barbudo que había dicho un discurso en Paraguay y Suipacha fue uno de quienes insistieron, con nuevas arengas, para que la gente se movilizara.

Hacia mediodía fuertes contingentes se aposentaron en oficinas, fábricas, bancos, talleres, compañías de seguros, escribanías, dependencias públicas...

Cacho Malatesta reconoció al barbudo que, sentado en la cabeza de Leandro N. Alem, dirigía la palabra a los circunstantes: lo había escuchado el día anterior, cuando fue estremecido por su tono de profeta alucinado.

A instancias del orador optó por mudar campamento. Dentro del saco, que ya era un guiñapo, metió las provisiones que en dura lucha sustrajera a un almacencito de la calle Juncal. Con el atado al hombro, despeinado y sin afeitar, se encaminó al Banco donde ejercía una subjefatura sectorial. Tomó por San Martín para arriba, hasta Bartolomé Mitre.

A Mónica Kramer Arizmendi la idea de aposentarse en su lugar de trabajo le pareció positivamente exótica. En tanto exótica le gustó pero cayó en la cuenta que lugar de trabajo, lo que se dice lugar de trabajo, no tenía ninguno. Es cierto que su padre, a poco del primer divorcio, se la llevó como segunda secretaria, pero aquello no caminó. En parte porque a Mónica sus tareas le parecieron un opio. En parte porque a su padre le resultó incómodo tenerla allí cuando resolvió casarse con la secretaria titular, a quien más tarde abandonaría para contraer terceras nupcias con

una psicóloga. Intentó luego Mónica —circunstancialmente corta de plata— ganarse la vida leyendo las manos y tirando las cartas de *tarot*, pues un vivo la convenció de que contaba ella con singular sensibilidad para tales menesteres: ese vivo fue el que se quedó con el producto de las ventas de los muebles con que la pitonisa armara el departamento donde ejerció brevemente su profesión esotérica. Después correteó mercería introducida de contrabando por una tía suya que viajaba con frecuencia. Y se aburrió. Finalmente recordó Mónica que su última actividad rentada y confesable la había desarrollado como vendedora de una *boutique* en la avenida Quintana, donde aguantó catorce días, no volviendo más por culpa de un feriado que se prolongó hasta abarcar varias semanas laborales.

La chica ya empezaba a sentirse incómoda viviendo en medio de la calle, de manera que la idea de ocupar los lugares de trabajo le pareció buena pues, al mismo tiempo, no estaba dispuesta a enfrentar la zurda del tío Martín ni los reproches de la abuela Berta. Por lo tanto, decidió constituirse en la *boutique* de la avenida Quintana y allá se fue.

Dado que era imposible volver a su quinta de Punta Chica, Armando Ricci ya había pensado en dejar tirado el Ferrari y constituirse en las oficinas de C.H.I.R.O.L.A. Por otra parte, seguramente tampoco hubiera vuelto a la quinta pues no quería desertar de la vorágine liberacionista que lo atraía poderosamente.

Cacho llegó al Banco entre los primeros. Estaba abierto de par en par pues, tanto los ordenanzas como el personal de vigilancia, encargados de abrir y cerrar las puertas, se habían mandado mudar el día anterior. Los Directores, por su parte, tampoco apreciaron, toda vez que eran meros testaferros y los tenía sin cuidado la suerte de la entidad que regen-

teaban nominalmente, sobre todo teniendo en cuenta que concurrir podía implicar cierto riesgo que no soñaban en correr al momento de estipular honorarios por figurar en el Directorio. De modo que el Banco, huérfano de un auténtico propietario que velara por él —triste suerte de las sociedades anónimas— era un buque al garete, abandonado por su oficialidad en plena tormenta...

Cacho llegó entre los primeros. Entre los primeros que volvían. Recordó en seguida su postergación en el ascenso a manos de un malquerido competidor, que ocupó la Jefatura de la Sección Valores al Cobro ambicionada por Cacho. Casi mecánicamente se dirigió al despacho que ocuparía el rival, para instalarse allí en vez suyo. Se respantigó en el sillón, puso los pies sobre el escritorio y, porque sí, barrió de un manotazo la pila de expedientes que estaba a su derecha, que formó un montón en el piso. Prendió un cigarrillo y, cuando iba a apagar el fósforo, movido por secreto impulso prefirió tirarlo sobre la pila de expedientes, que empezó a arder dulcemente. Miró Cacho la pequeña hoguera con satisfacción. Y también lo reconfortó ver el agujero que el fuego producía en la alfombra, agujero que crecía y crecía, rodeado por un gusanito incandescente. Pero el humo era molesto. Así se preguntó porqué, al fin de cuentas, debía quedarse en el pequeño despacho del Jefe de Valores al Cobro, cuando estaba a su disposición el del Subgerente. Y el del Gerente. Y el Salón de Directorio. Dejó la fogata ardiendo.

—Total —pensó— el edificio es de cemento: no se va a quemar mucho.

Y se encaminó al Sector Dirección.

La dueña de la *boutique* sí estaba, en cambio, en el local. Poco antes había regresado allí pues, unida a otros inquilinos del edificio y contagiados por el ambiente que campeaba en la ciudad, habíanse dirigido al segundo piso donde moraba el propietario para, luego de tirar abajo la puerta, destrozarse el mobiliario y dejar al viejo —de un viejo se trataba— en malas

condiciones. Cumplida tal misión, los locatarios se sintieron desahogados, liberados. En fin, escaso era el tiempo transcurrido desde que la dueña se reintegrara al negocio cuando, en la puerta, apareció Mónica muy aplomada, pese al desaliño que signaba su estilizada figura.

—Mónica! —sorprendióse la dueña, que hacía un par de años no veía a su fugaz subordinada. —Qué hacés por acá?

—Vengo a vivir —declaró la operaria.

—Cómo a vivir? Sos loca?

—Conviene que los expoliados se constituyan en la sede de los explotadores y allí se alberguen, amén de ocuparlas de hecho —repitió Mónica como loro, recordando casi textualmente las palabras que un orador improvisara ese mediodía.

—Cómo?

—Eso.

—Y a vos quién te explotó alguna vez? Si siempre te sobró la plata y dejaste el trabajo porque te dio la gana.

—Me estás injuriando. Vos sos patronal y lo único que te interesa es reventar al obrero, claro.

—Oíme, desgraciada, —estalló la dueña— de dónde sacás esos disparates? Yo te dí trabajo porque vos te aburrías; no cumplías horario; te ibas al café de la vuelta cada dos por tres; te llamaban tipos por teléfono todo el día; de la noche a la mañana me dejaste plantada, no apareciste más y ahora salís diciendo que la patronal te trataba mal. Pero... por favor!

—Y la indemnización por despido? Y el aporte jubilatorio?

—Pero si vos te fuiste... si nunca viniste a cobrar y, de yapa, te llevaste un vestido y no lo devolviste más... Mirá es para matarte.

—Ahora las amenazas. No me vas a intimidar. Conozco mis derechos.

—Derechos un cuerno! Te vas ya, antes que te agarre de las mechas!

Tuvo un descuido la dueña pues cuando se dio cuenta era Mónica quien la había agarrado de las mechas en fulmineo ataque. La trenzada resultó dura

y pareja. Afirmadas en las respectivas pelambres, las mujeres intercambiaban patadas y, cuando una mano soltaba el mechón que tenía asido era al solo efecto de intentar el arañazo. Intento que culminaba con éxito una y otra vez, dejando rojas huellas en las zonas afectadas.

Ante la batahola se arremolinó el gentío frente al negocio. Indecisa en sus preferencias, la multitud alentaba alternativamente a las protagonistas celebrando aquellas acciones más espectaculares.

—Ché rubia, dale a la buseca! —proponían unos.

—Mordele la oreja, mordele —sugerían otros.

—Metete gorda que la tenés.

A esta altura de la contienda advirtió Mónica que debía inclinar en su favor el apoyo popular. Y gritó:

—Chupasangre! Pagame el aguinaldo! Te abusás porque tenés plata!

El golpe psicológico tuvo efecto. La gente se puso de parte de Mónica y empezó a abuchear a la dueña. Y, en seguida, pasó del apoyo moral a las vías de hecho. Varios intervinieron y la patronal comenzó a perder terreno. En medio del barullo se hizo pedazos un mostrador, cayó la araña del techo, los vestidos volaron de sus perchas y, aprovechando la confusión, varios espontáneos se alzaron con prendas del boliche. Finalmente, tumefacta la cara, en girones la ropa, arañada y un ojo en 'compota, la dueña se dio a la fuga, prolijamente insultada por los presentes.

Quedó Mónica en posesión del campo y, luego de agradecer la colaboración recibida, instalóse en el local. La acompañaron tres de sus aliados ocasionales.

La *boutique* quedó a la miseria.

A Armando Ricci no le gustó ver las oficinas de C.H.I.R.O.L.A. ocupadas por el personal que, en esos momentos, consumía las reservas de café y galletitas almacenadas en la pequeña cocina del fondo, mientras comprobantes y planillas oficiaban de servilletas. La llegada del socio mayoritario fue saludada con un murmullo hostil, recepción injusta, por cierto, pues, independientemente del concepto que merezcan las

especulaciones financieras de Ricci, la abundancia de plata producida por éstas determinó que El Infeliz nunca fuera mezquino con su gente, a la cual retribuía de manera dispendiosa. Sin embargo, parecía como si el ambiente que imperaba a partir de La Rebelión de los Semáforos hubiera tornado intolerable la sola idea de una dependencia, fuera ésta económica, intelectual, familiar o espiritual. De modo que, pese a que los empleados de C.H.I.R.O.L.A. habían sido tratados siempre con liberalidad suma, contagiados por el medio habíanse sublevado contra quienes, de buenas a primeras, vinieron a considerar sus opresores. Pero Ricci carecía de aquellas facultades que, razonablemente, debía poseer un opresor bien dotado, o sea energía, valor personal y don de mando. En consecuencia, encogióse ante el alzamiento y trató de caer simpático a los insurgentes adoptando una actitud más vale rastrera.

—Buenas, chicos —dijo al entrar—. Pónganse cómodos que están en su casa.

Cedió la tensión y Armando continuó:

—Buen provecho. Sobra alguna galletita para mí?

Nadie contestó y siguió el avance. Palmeó al muchachito que, en ese instante, apagaba un pucho en el tapizado del sofá; después tomó una galletita del tarro abierto.

—Gracias, pibes —manifestó, agradeciendo le dejaran tomar lo suyo. —No se sirvieron whisky?

—Está en la caja fuerte y la caja está con llave.

—Haberlo dicho. Ya abro.

Ricci abrió la caja.

A influjos del alcohol diversos nudos se soltaron en los entresijos de cada cual. El cadete asedió a la cajera. Dos dactilógrafas le hacían ojitos al operador, pintón él y conciente de su pinta. Armando, desde el fondo de su fealdad, sintió subir una marea de odio hacia el operador. Este, por su parte, empezó a arrancar los cables de la mesa de cambios como si sacudiera cadenas que lo aprisionaran. Un empleado tomó el encendedor que El Infeliz había dejado sobre la mesa y, tranquilamente, se lo metió en el bolsillo, mientras el despojado fingía cierta sonrisa cómplice.

Una fraternidad equívoca campeó en el ámbito de C.H.I.R.O.L.A. La liberación de inhibiciones subía de grado y era difícil prever qué extremos alcanzaría.

El Salón de Directorio del Banco, habitualmente cerrado, estaba en penumbras y, al cruzar el umbral, uno sentía aromas de nobles maderas y cueros tratados sabiamente. Una mesa enorme, rodeada por sillones profundos, frente a los cuales había carpetas con el blasón comercial de la institución apenas sobredorado. Y, en torno, una serie de marcos ovals que albergaban el retrato de sucesivas dinastías directoriales, bajo la advocación todas ellas de un genearca finisecular de alto cuello y levita impecable, cuya mirada inmóvil oteaba un porvenir de progreso indefinido. A partir del año veinte decrecía la elegancia de los monarcas pecuniarios y también decrecía la calidad del pincel que los immortalizara, hasta desembocar en torpes monocopias elaboradas por procedimientos mecánicos a partir de fotografías. Sin embargo, pese a la decadencia pictórica que mostraba la galería de cuadros, el salón mantenía un aire suntuoso y discreto, digno del Estado Mayor donde se trazaba la estrategia y se dictaba la legislación para un imperio comercial. Cerca de la cabecera destinada al Presidente una campanilla de plata simbolizaba el poder.

En aquel *sancta sanctorum* fiduciario se introdujo Cacho Malatesta pleno de intenciones sacrílegas. Cerró la puerta tras sí, a fin de sentirse dueño absoluto del recinto. Tenue luminosidad filtraban las cortinas espesas. Cacho movió las llaves de luz pero los focos no se encendieron pues la electricidad había abandonado los cables que animan Buenos Aires. Se dirigió a las ventanas y corrió los cortinados. El solazo de media tarde entró a raudales, dibujando un cuadrilátero enceguedor en la alfombra verde-musgo. Ocupó el sitial del Presidente y empezó a apretar timbres, sin recordar que estaban mudos por falta de energía. Abrió la carpeta que tenía enfrente y halló un ejemplar del último balance en cuya tapa lucía la efigie del fundador del Banco. Movidó por repentino impul-

so sacó una lapicera y dibujó un par de anteojos, luego una barba en punta y, finalmente, coronó la faz del patriarca con una boina de vasco. Tal acción, por asociación de ideas, le inspiró otras. Empuñó un marcador y empezó a delinear bigotes en la cara de todos aquellos Presidentes pretéritos que aparecían afeitados en la hilera de retratos; a los que ya tenían bigotes les puso lentes; pero, cuando llegó a uno que tenía barba, bigote y anteojos, extrajo un cortaplumas y rasgó la tela del cuadro. Ello le produjo oscura satisfacción. Entonces, completando el trabajo iniciado con el marcador desgarró una a una las figuras de los difuntos Presidentes del Directorio. Colgajos de tela pendieron de los marcos ovaes.

Contradictorias sensaciones acosaban a Cacho. Por un lado, algo así como un afán iconoclasta le impelía a romper, a rasgar, a pisotear. Por otra parte, verse instalado en el lugar donde funcionaba la suprema autoridad del Banco le hacía considerarse como invisitando de algún modo tal jerarquía y deseaba ejercerla en plenitud. Cediendo a esta última inclinación volvió a oprimir los timbres y se indignó al comprobar que nadie respondía a sus llamadas. Abrió la puerta y convocó a gritos al cuerpo de secretarias del Directorio.

—A ver, ¡inútiles! —clamaba— estoy llamando. ¡Obedezcan a la Presidencia!

Nadie respondió. Siguió a los gritos.

En eso estaba cuando se oyó un rumor sordo que ascendía las escaleras.

—¡Estoy llamando, manga de vagas! —repetía.

Por la escalera apareció un compacto grupo de empleados. La idea de ocupar el Directorio no se le había ocurrido sólo a Cacho. Los invasores venían con canastas de víveres, colchones, botellas.

—¿A quién estás llamando? —preguntó uno de los recién llegados, auxiliar de la Sección Redescuentos.

—A ustedes los llamaba —mintió Malatesta.

—¿Para qué?

—Para que vinieran al Directorio que se está fenómeno.

—Ahí es donde vamos.

En el fondo de su alma Cacho calificó a los trepadores de la escalera como auténticos usurpadores. Y los aborreció intensamente.

Entró la turbamulta al salón del Directorio y allí se acomodó. Unos tiraron colchones sobre la gran mesa, otros se acostaron en la alfombra. Cedió una pequeña biblioteca bajo el peso de un gordo que se sentó sobre ella. Hubo disputas por las mejores plazas. Cacho se lanzó a recuperar el sillón de Presidencia, abandonado en mala hora: no tuvo éxito pues un morocho patilludo se había sentado en él y no aflojó ni un tranco de pollo ante la embestida de Malatesta.

En eso estaban las cosas cuando las primeras volutas de humo se filtraron en el lugar. Alguno arrugó la nariz y dijo:

—Hay olor a quemado.

Había olor a quemado.

Y había olor a quemado pues la fogatita encendida por Cacho rato antes fue tomando incremento y un incendio de proporciones se extendía por el primer piso. Aja vino el desbande. Se atropellaron los ocupantes en la disparada, pisoteando a su paso ancianos y mujeres. El humo invadía las escaleras y todos tosián.

Ganaron la calle.

Pero, luego de devorar un sector del primer piso, faltó de combustible el fuego se fue apagando. Quedaban brasas por varias partes cuando los ocupantes regresaron. Cacho fue de los primeros y subió como bala para recobrar el sillón de Presidencia. Sufrió ruda decepción cuando, en el benemérito asiento, halló instalado al negrito patilludo que lo miraba con aire cachador.

En las oficinas de C.H.I.R.O.L.A. la tensión crecía. Y a Ricci no le gustó ni medio cuando una dactilógrafa, entre chillidos excitados, tiró por la ventana una máquina de escribir donde, cada día, tecleaba facturas y liquidaciones desde hacía años. Ante el ejemplo, las demás máquinas volaron a la calle y después las calculadoras, los teléfonos, las agendas, las

lámparas. Aquello era un *happening* cuyo costo trataba de estimar El Infeliz mentalmente. Por fin no resistió más. Se deslizó subrepticamente hacia la puerta y salió corriendo. Corriendo hacia la Dirección General Impositiva, cuyas oficinas resolvió invadir, sumándose al personal de la repartición que había hecho otro tanto. Invadir, estropear, destruir, aniquilar a la D.G.I. constituía un secreto anhelo de Armando Ricci, pues había agravios pendientes de por medio.

La *boutique* de la cual se había apoderado Mónica Kramer Arizmendi contaba con música funcional alimentada por un tocadiscos a transistores. La Rubia puso el aparato a todo volumen y, al conjuro de la rítmica melodía, bailaba insinuándose alternativamente a sus tres compañeros del momento. Si deteriorado quedó el local a raíz de la riña, con motivo del baile enloquecido saltaban más astillas de los muebles rotos y aparecían nuevos desgarrones en la ropa que allí estaba para la venta.

La ocupación de los lugares de trabajo tuvo características disímiles a lo largo y a lo ancho de la ciudad. Pero, como un denominador común, la inversión de las jerarquías y la destrucción sistemática de las instalaciones fueron rasgos que, de un modo u otro, aparecieron en cada copamiento.

Directorios arrasados, utilaje arrojado por las ventanas, maquinaria fabril inutilizada, mercadería saqueada. Todo eso se vio durante aquella tarde. Varias columnas de humo señalaban los lugares donde la ocupación derivara en incendio. Como detalles de orden menor hubo alfombras escupidas, tinteros estrellados, pis en los floreros...

Y la excitación, lejos de amamar, seguía en alza.

VIII

LA GRAN CONJURA

por un rato nadie habló junto a los pesebres. La media tarde tamizaba su luminosidad a través de las claraboyas turbias. Mario, El Poeta, despertó discretamente a su padre, Ulogio Roncoroni, que roncaba haciendo honor al apellido.

—El que tenga algo que decir sobre las causas de esta emergencia y sobre la manera de arreglarla, que lo diga. Para eso estamos aquí. Ya sé que no es fácil lo que estoy pidiendo. —había dicho el Cabo de Saladillo.

Y nadie decía nada.

Afuera, el caos ganaba las oficinas, los talleres, los almacenes, las fábricas. Varias columnas de humo pintaban el cielo del verano.

—Esto es un lío —afirmó El Cuca, emitiendo un juicio que mal puede calificarse de aventurado.

—¿Y cuál es su opinión, doctor? —se interesó el policía, dirigiéndose directamente a Olañeta que, era evidente, algo se traía bajo el poncho.

Este esperaba la pregunta. Desde hacía rato repasaba el prelude con que abriría la exposición de su pensamiento en la materia. Pensamiento cuidadosamente elaborado sobre premisas que el jurista consideraba indubitables y que presentaría con aquel tono docente que empleaba en circunstancias graves. Carraspeó y se largó.

—Voy a dar mi opinión, señores, fundada en toda una vida de estudios en torno a temas que, de dis-

tintos modos, se vinculan con la situación a la cual asistimos. Incluso, para refrescar esos conocimientos, anoche he realizado algunas consultas en mi archivo particular que confío me ayuden a ofrecerles un panorama completo de esta emergencia y proponer las soluciones adecuadas al caso.

Se acomodaron los circunstantes pues, a juzgar por el arranque, la exposición de Olañeta no sería breve y el hombre se había puesto pedagógico. Mooney miró con desconfianza al Extravagante Picapleitos pero, en realidad, carecía de una idea clara sobre el punto, de modo que no se sentía por el momento en condiciones de refutar la teoría que aquel pudiera desarrollar; incluso, como respecto a tantos problemas que debatiera con el jurista, admitía que el mismo resultaba un conocedor erudito y que sus enfoques contaban con fuerte lógica, si bien discrepaban con los suyos propios por lo general. A Ulogio se le cerraban los ojos. La expresión del Cuca era impenetrable.

—Tal vez consideren ustedes que encaro el caso con excesivo dramatismo— siguió Olañeta— pero, en resumen y para otorgarle la dimensión debida, creo indispensable señalar que, a mi entender, asistimos al final de la Civilización Occidental.

La gravísima afirmación puso sobresalto en los presentes que, sin embargo, prefirieron no interrumpir al expositor.

—Nuestra civilización viene de lejos —retomó el abogado con su mejor entonación magistral—. Sin la cabeza del viejo Aristóteles ni siquiera sería posible entendernos en esta charla. Cuando hoy hablamos de armonías, atávicamente nos estamos refiriendo al exacto equilibrio del mármol reflejado en las aguas del Egeo. Si un vino alegre nos pone música en la sangre, intuimos que fluye de las cepas frecuentadas por el jocundo Dionisos. Esa Grecia que se desnuda en Atenas y se viste de hierro en Esparta acuñó un espíritu que liga en justas proporciones la lógica inflexible del silogismo y la libre intuición de la belleza. Se trata de ese espíritu que un día observó casi despectivamente la fuerza compacta, geométrica y flameante de un Imperio que habría de subyugarlo mien-

tras era a su vez subyugado. Roma domina Grecia y es dominada por ella. El espíritu liviano y preciso de los griegos informa el alma robusta de los labradores latinos para completarse con el arco, la carretera y el Derecho. Y se expande por el mundo conocido al amparo de las águilas que empuñan duros legionarios. Y sabe del triunfo en los bosques brumosos de Germania y en las llanuras enceguedoras de Libia. Olvidémonos de complicadas demostraciones. Miren en torno y comprobarán lo que digo: hallarán aún las huellas del espíritu de Grecia acrisolado por la vigorosa equidad romana. Las hallarán en mil detalles cotidianos que no advertimos a fuerza de aceptarlos casi como hechos de la naturaleza. Vean el arco que corona esa puerta: su fábrica no ha cambiado desde muchos siglos antes de Cristo. Vean los adoquines que conforman este suelo: del mismo modo se asentaban las lajas de aquellas vías por donde rodaban bigas y cuadrigas. Escuchen mi voz, reparen en el modo como cada uno de nosotros construimos una frase. Atiendan a la sonoridad de tantas palabras que nos representan conceptos, sentimientos, cosas: el latín, oportunamente helenizado, informa nuestra lengua. Mediten en cuales son los conceptos que tenemos presentes cuando nos referimos a lo justo, a lo bello, a lo abominable; son categorías acuñadas por remotas cabezas y conciencias afinadas para captar la voz del Creador al través de un Derecho Natural impreso en todas las almas, pero que sólo mentes clarísimas y conciencias rectas pudieron formular con aproximación estupenda. Y los principios físicos y matemáticos en que se asienta la técnica de nuestros días, establecidos por lejanos buscadores de precisiones...

—Está bien, doctor, está bien —interrumpió Mooney—. Lo que usted dice no lo discute nadie. Pero se va demasiado lejos. Nuestro problema es urgente y, si hemos de desandar el curso de los siglos para hallar una solución, pasaremos años hablando.

—Tiene razón —concedió Olañeta—. Mi cariño por estas cosas me lleva a detenerme en ellas quizá más de lo debido. Pero eso no quiere decir que no debamos remontarnos lejos para definir el caos que pre-

senciamos. Voy a abreviar. Sin embargo, me han de permitir seguir un rato en el pasado antes de encarar el presente.

—Métale, doctor —instó Prudencio.

—Pues bien. Hasta aquí he querido demostrar el papel fundamental que juegan Grecia y Roma en la Civilización Occidental. Pero la Civilización Occidental no en vano es llamada Civilización Cristiana. Así como el Mundo Helénico supervive informando al Mundo Romano, cuando éste cumple su ciclo y sus fronteras claudican al paso de los bárbaros, se sobrevive a su vez confiriendo cultura a aquellos hombres sanos y elementales. Estamos como ante un precioso licor, sometido a sucesivas destilaciones al través de los siglos. La destilación supone fuego, ebullición, vale decir condiciones extremas. En condiciones extremas Roma heredó a Grecia. Y son condiciones rigurosas las que rodean el final romano. Tan rigurosas fueron que un hombre refinado de entonces debió sentir hundirse el universo al que pertenecía y que le pertenecía, quedando aislado y extranjero en medio de una catástrofe irremediable. Sin embargo, después del hervor y la evaporación, en aquel proceso de destilado llegaría la etapa más pacífica de la condensación y el manso precipitado del sutil licor dentro del vino nuevo, activo, áspero, en plena fermentación, que bullía en las nobles vasijas europeas. Este licor, sublimado por la destilación, otorgaría parte de su sabor y de su estilo al agitado mosto que, al mismo tiempo, recibía un aporte aún más importante: un aporte que definiría su alma. Un aporte capaz de transformar el mundo y de abrir las puertas del otro mundo. Un aporte incluido en el legado romano pero que no integra el plexo greco-latino. Naturalmente estoy nombrando el Cristianismo.”

“Aunque en rigor no sea correcto, yo siempre distingo entre espíritu y alma. Otorgo al espíritu el campo de la cultura y al alma el campo de la religión. Adscribo al alma la ascética y al espíritu la estética. Dentro del planteo que estoy formulando, entonces atribuyo a nuestra Civilización un espíritu greco-latino y un alma cristiana.”

“Ahora bien, no obstante resultar paradójal, entiendo que el espíritu puede morir. Morir de alguna manera. No así el alma que es inmortal. Y pienso que asistimos a la agonía del espíritu de Occidente.”

“Recién distinguía entre espíritu y alma. Y no puede dudarse en cuanto a que el alma de Occidente es (o era) Cristiana. Pero estimo que no sólo el alma. También el espíritu occidental está conformado por el cristianismo, así como está conformado por Grecia y por Roma. Además de su aspecto propiamente religioso que apunta al alma y que constituye la esencia del Cristianismo, se presenta en éste una vertiente subordinada que pertenece al plano de la cultura. Y esta vertiente secundaria es la que puede morir junto con el espíritu occidental; es la que puede desaparecer unida al legado espiritual de Grecia y de Roma.”

“Les pido paciencia. Sé que me estoy alargando. Pero transitamos un terreno delicado que impide caminar de prisa y que hace al meollo de nuestro tema.”

—Siga, doctor —alentó Mario.

—Sigo. He calificado como subordinada la vertiente cultural del Cristianismo. Pero, quede claro, resulta subordinada con respecto al Cristianismo entendido como religión. Solamente en ese aspecto es secundaria. Solamente en ese. Fuera de tal subordinación, el espíritu no tiene otra. O sea que, siendo inferior al plano religioso, el plano cultural excede a los demás y es superior a ellos. De modo que, incluso en su faz cultural, el Cristianismo juega un papel de importancia formidable en la plasmación de la Civilización Occidental que, desde este ángulo, sí es lícito llamar Civilización Cristiana”.

“La religión que los bárbaros adoptan con el Bautismo se traduce en principios que, entrelazados con la equidad romana, atemperan los usos de la guerra, atenúan las prerrogativas del mando, suavizan los vínculos entre amos y servidores. La aceptación de valores sobrenaturales superiores transforma las relaciones entre los pueblos. La familia se consolida sobre bases nuevas y cambia la condición de la mujer. Nace un arte peculiar, extraordinario, que expresa profundas convicciones religiosas. La Fe borda filigra-

nas de piedra en las catedrales cuyas agujas sobrepujan a torreones y atalayas; la música transita las pautas del gregoriano para hacerse oración; los pinceles de un monje inauguran la perspectiva que otorga profundidad a sus tables y volumen al manto azul de sus *Madonnas*; en la sombra propicia de los claustros perduran las letras clásicas y se iluminan las iniciales de códices y antifonarios... He aquí, amigos, el incomparable aporte cultural del Cristianismo a la Civilización de Occidente. Civilización que no llamaremos Cristiana pero que contiene un sedimento cultural de siglos de Cristianismo. ¡Cómo no estremecerse, entonces, al sentir que se resquebrajan los cimientos mismos de esa Civilización a la cual pertenecemos entrañablemente! Temo, en definitiva, que estemos ante el ocaso del espíritu de Occidente, que es un espíritu Cristiano y Greco-latino."

—¿Y por qué piensa eso? —preguntó Mooney.

—Porque todo el orden occidental se está deshaciendo. Porque cada uno de los sillares en que se apoyaba ha sido objeto de ataques reiterados que, cuando no lograron destruirlos totalmente, llegaron a corroerlos hasta el punto de amenazar ruina. No me detendré a describir ese proceso aniquilador, comenzado siglos atrás. Me limitaré a señalar brevemente algunos aspectos del mismo. Por un lado, se va alentando la libertad del hombre hasta sublevarlo contra todo dogma. Caen, en consecuencia, las reglas morales de origen imperativo para ser substituídas por una moral inocua, subjetiva, considerada también liberatoria. Huérfana de certeza trascendente, la filosofía recorrerá todas las formas del escepticismo. Negado su carácter sacramental, el matrimonio indisoluble dejará sitio a la pareja ocasional y mudable, que tampoco traerá hijos al mundo por resistirse al mandato divino de crecer y multiplicarse. La mujer, despreciada su condición maternal, saldrá a la búsqueda de nuevos campos para intentar desarrollar en ellos su personalidad amputada y entablará contra el hombre una absurda guerra de supremacías; víctima de esa lucha caerá herida la olvidada galantería, prenda del antiguo caballero. Prenda tan estimada como el valor perso-

nal, menospreciado ahora bajo el rótulo de *machismo*. Calificativo éste cuyo carácter despectivo no puede sorprender cuando hasta la diferenciación entre los sexos se tilda de retrógrada. Objetadas las reglas de la armonía, el arte será entendido como una expresión del sentimiento desgajada de la belleza y quedará abierto a la fealdad del camino artístico. Así seguir. Ni dogmas religiosos, ni preceptos morales, ni certeza filosófica, ni matrimonio indisoluble, ni hijos, ni galantería, ni coraje, ni virilidad, ni femeneidad, ni acatamiento a la belleza. ¿Qué queda del orden occidental? Apenas el orden. Y ahora asistimos al ataque contra el orden mismo, que es el último asalto a nuestra Civilización. A la cáscara de nuestra Civilización. Se está contra toda forma de orden. Se busca el caos. Amigo Alcaraz, tiene usted así explicado el origen de los sucesos que conmueven la ciudad.”

—¿Hasta aquí estamos de acuerdo? —preguntó El Cabo de Saladillo, dirigiéndose a los circunstantes.

—Y... vaya a saber —dudó El Cuca, amigo de oscuridades.

—Coincido con usted en líneas generales —dijo Mooney—. Acepto la posible existencia de un proceso destructor del orden establecido.

—Me alegro que así sea —agradeció Olañeta.

Mario aparecía abstraído, escuchando secretas armonías.

—Bueno, muy bien —resumió Prudencio—. Parece que avanzamos. Pero falta lo más importante. El suyo, doctor, es un planteo muy general. Ahora debe usted concretarlo, señalar los agentes del caos, proponer una tarea para llevar a cabo.

—A eso voy —siguió Olañeta—. Como podrán ustedes suponer, la acción disolvente que he descripto no es obra de la casualidad ni opera en forma espontánea y discontinua. Detrás de esa acción existe una Gran Conjura.

—¡Ay, ay! —se lamentó Mooney.

—Nada de ay, ay —saltó Olañeta, cuya mirada había adquirido un brillo singular al encarar el tema que constituía su fuerte—. Nada de ay, ay! No venga a quejarse ahora, Mooney, cuando llego al corolario de mi

planteo. Si admitió los antecedentes debe aceptar las conclusiones.

—No es así. Puedo coincidir con su planteo genérico y disentir con el modo como lo conecta usted con la realidad actual. Puedo disentir y temo que voy a disentir, pero siga nomás que lo escuchamos.

—Seguiré si no me interrumpe.

—Mientras sea posible no lo voy a interrumpir.

—Posible o no, aguante hasta el final, Mooney... Después diga lo que quiera.

—Está bien, siga.

—Bueno, como decía, existe una Gran Conjura, apuntada a liquidar la Civilización Occidental.

Aquí suspiró el escribano.

—No suspire que me distrae, Mooney. Digo que existe una Gran Conjura. Una conjura de fuerzas que voy a señalar. Y no me contentaré con ello: también señalaré a sus más caracterizados representantes en Buenos Aires. Ya verá para qué.

La oferta del Extravagante Picapleitos era atractiva y el auditorio redobló su atención, incluso el notario que, sin embargo, desconfiaba de las precisiones anunciadas por Olañeta.

—Luego de muchos estudios he llegado a sistematizar los agentes que concurren para determinar el colapso de Occidente. No se sorprendan ante la sola enunciación que haré, pues luego vendrán algunas aclaraciones. Desde luego que la mención no agota mi lista, pero en ella he procurado reunir los más caracterizados gorgojos que carcomen nuestra Civilización. Incluso, según verán, bajo un mismo rubro agrupé a veces dos aspectos del mismo mal. Aquí van, entonces, las principales fuerzas que liga la Gran Conjura:

El Libertismo Progresivo y el Planetarismo Apátrida,
el Resentimiento Abajador;

la Angurria Acumuladora;

la Violencia Extraviada y el Pacifismo-a-todo-trance,

la Impudicia Multitudinaria;

el Homicidio Prenatal y la Confortabilidad Electrónica;

la Idolatría Gástrica.

“A estos agentes disolventes puede agregarse otro que, por pertenecer al plano estético y por hacerse presente mezclado con varios de los ya mencionados, opto por mencionar fuera de lista y que es el *Arte Espantoso...*”

—¡Salute! —exclamó Roncoroni, por todo comentario, ante la enumeración sorprendente.

El concurso quedó bastante perplejo. El Cuca se escarbaba los dientes con un palito oportuno. Mooney veía agudizados sus recelos. Alcaraz, práctico, pidió:

—Explíquese, doctor.

—Me explico. Brevemente describiré cada una de las fuerzas mencionadas, así nos entendemos. *Libertismo Progresivo* es el avance del hombre hacia una libertad total, hacia una liberación de toda sujeción a normas de cualquier naturaleza que, paradójicamente, lo ha ido haciendo cada vez más prisionero de sí mismo. Rebelado contra la autoridad divina y humana, contra las disciplinas intelectuales y contra las reglas del arte, el hombre se encuentra solo, sometido al capricho de sus instintos. El *Planetarismo Apátrida* es una faceta de esa rebelión, pues implica la liberación del hombre respecto al lugar donde vino a nacer, supone renegar de todo vínculo con un pasado peculiar, con un contorno de gente y con un paisaje conocido para, una vez abolidas las fronteras, suprimir aquella trama de íntimas responsabilidades que determina el patriotismo; esto también contribuye a la soledad del hombre moderno pues, quien se dice amigo de la humanidad, generalmente no es amigo de nadie. El *Resentimiento Abajador* consiste en impugnar todo tipo de superioridad y, bajo declamaciones sociales, arrasar con cuanto se destaque, con cuanto se alce sobre el nivel de la mediocridad masiva. La *Angurria Acumuladora* no se opone al Resentimiento Abajador, aunque pudiera pensarse lo contrario. En efecto, procura amontonar bienes sin medida olvidando su finalidad y usándolos exclusivamente para obtener más bienes, pero, en el fondo, el resentimiento late tras la angurria del mismo modo que la angurria subyace bajo el resentimiento, que no perdona la posesión de bienes por parte de otros.

—¿Cómo es eso? —indagó Marcial.

—Claro —explicó Olañeta—. Fíjese que el móvil de ambas actitudes se parece: el angurriamiento, al ver los bienes en poder de otros, intenta arrebatárselos para sí; el resentido seguramente querría lo mismo pero, sabedor que tales bienes no pasarán a sus manos, se contenta con negarlos, con destruirlos.

—Está bien, siga.

—Bueno, adelante. Adviertan ahora que he hablado de la *Violencia Extraviada*, o sea que calificué la violencia, contrariamente a lo habitual que es reducirse a condenarla sin más. Y eso es un error grave. La violencia es un medio, un medio extremo pero medio al fin. Un medio para proteger bienes más altos que la paz, que también es otro bien. Lo que sí, la violencia es el último de los medios a emplear. Usada prematuramente, cuando no se han agotado los demás medios, o usada para lograr un fin injusto, la violencia es un azote de nuestros tiempos: es la *Violencia Extraviada*. Desde luego que este azote existió desde siempre pero, ahora, ha dejado de lado aquellas convenciones respetadas incluso en tiempos de barbarie notoria y, así, vemos atacar al indefenso y contemplamos a la mujer transformada en fiera, hay ejecuciones sin condena previa y el asesinato por la espalda está a la orden del día... Como contrapartida aparece el *Pacifismo-a-todo-trance* que, menospreciando la Justicia, pondrá a la tolerancia como virtud suprema, aunque sólo sirva a veces para permitir atrocidades o para condenar legítimas reacciones heroicas.

—¿Y la *Impudicia Multitudinaria*? —preguntó Mooney.

—Sobre esa no vale la pena extenderse. Abra usted cualquier libro de éxito. De éxito o no. Ojee una revista, métase en el cine, fíjese en la moda: la pornografía impera unánime. Fue la decencia, precisamente, una de las consecuencias tangibles del Cristianismo, apreciable a primer golpe de vista y respecto a la cual vamos retrocediendo hacia las más crudas prácticas paganas. Paganas, de un paganismo asiático, pariente de los cultos de Astarté o de Cibeles que escandalizaban a cualquier romano sobrio. He aquí otra forma de liberación, liberación del pudor y del recato que, de paso,

exacerba a los jóvenes, corroe el matrimonio monogámico, degrada a las mujeres. Y que, al empalmar con el *Homicidio Prenatal*, adquiere características monstruosas. Los torpes cultos paganos que mencioné recién tenían, al menos, una ventaja sobre esta situación, pues constituían un homenaje a la fecundidad, a la fertilidad, al principio de la vida. En cambio, el desenfreno procaz de nuestro tiempo desemboca en la esterilidad, en la muerte, disfrazada de previsión, de planeamiento. Si pudiéramos contar las posibles existencias inmoladas en el altar aséptico del "control de la natalidad" quedarían reducidas a proporciones mínimas las hecatombes babilónicas. Pero es imposible contar esas muertes, pues son muertes sin cadáver. ¿Y cuál es el justificativo, la razón última de tal criminalidad masiva? Sencillamente la comodidad, la *Confortabilidad Electrónica* - como la he llamado—, la molicie apuntalada por una técnica exquisita tendiente a suprimir el esfuerzo, anular el ingenio y embotar el tesón. Confortabilidad incompatible con la llegada de los hijos que, por lo tanto, habrá de evitarse a todo trance. Confortabilidad, por fin, que incluye la *Idolatría Gástrica*. Se me dirá que no es ésta una característica de nuestra edad y que, comparadas las módicas picadas actuales con los atracones del medioevo, soy injusto al escandalizarme ante aquéllas. Sin embargo no es así. Nuestros ancestros comieron, sí, a rajacinchita, pero sus miras no se detuvieron en los ciervos sazonados, las doradas codornices o los toneles fragantes para convertirlos en temática obsesiva. Hoy, ausente hasta la riqueza visual de las viejas viandas, la Idolatría Gástrica incita al hombre moderno con imágenes de infinitas botellitas refrigeradas, caldos sintéticos y hamburguesas amortajadas en celofán, para poner en ebullición sus jugos durante todas las horas del día y unas cuantas de la noche; ebullición ésta que compromete la imaginación y el afán en cuestiones tan subalternas como las de orden digestivo... En fin, admito se trata de un problema menor pero me fastidia y me cuesta no mencionarlo...

—Sí, en realidad le ha dado demasiada importancia al punto —comentó Alcaraz.

—Ya lo sé, lo admití de antemano —confirmó el letrado—. Tal vez sea nada más que un asunto estético pues, por un lado, me entusiasma evocar bodegas renacentistas, transidas de especias, de fragancias, de colores y tiempo, mientras, por otra parte, me indigna la propaganda masiva, enderezada a atracar intestinos con grasas de baja calidad y química insípida. Un asunto estético como el *Arte Espantoso* que les nombré hace un rato. No obstante, la vertiente estética tiene que ver con el suicidio de Occidente. A qué llamo Arte Espantoso? Pues a eso. A una aberración, a una contradicción perversa que busca expulsar la Belleza del mundo, y ¡atención! que la Belleza es un atributo de Dios. Hasta no hace mucho, cuando se hablaba de arte, se hablaba de alguna de las Bellas Artes, que por algo se llamaban bellas. Luego, poco a poco, por vía de deformación y de abstracción, vimos fracturarse la armonía, descomponerse el colorido, descoyuntarse la forma y un buen día, nos hallamos ante lo repulsivo aceptado como arte, ante lo abominable usurpando el sitio de lo hermoso. Y todo ello fue obra de una pequeña minoría que actuando a espaldas del sentido común de la buena gente, monopolizó la crítica, acaparó el elogio y fulminó excomuniones hasta consolidar la subversión del gusto...

—Doctor, se está alejando del tema —previno Mooney.

—No crea, pues todo esto viene también a cuento. Sin embargo, voy a terminar en seguida. Ya les he descrito las fuerzas principales que se agrupan en la Gran Conjura. Ahora vamos al grano. Cada una de estas fuerzas cuenta con su representante. Mejor dicho, cuenta con múltiples representantes distribuidos por la faz de la tierra. Voy a elegir, entonces, un representante caracterizado de cada fuerza y mi propuesta es ésta: debemos perseguir esa persona durante un día completo para verificar sus movimientos y actividades. Siete somos los aquí reunidos, siete los personajes que perseguiremos. Uno cada uno. Veinticuatro horas después de iniciado el seguimiento nos volveremos a reunir para analizar los resultados de nuestras respectivas misiones. Así podrán comprobar ustedes que esos

siete personajes tienen contactos entre sí, llevan a cabo un plan urdido en común y tendrán así explicado el origen de los sucesos que conmueven la ciudad. No sólo esto: conocerán de antemano los acontecimientos que las fuerzas de la Gran Conjura se propongan desencadenar próximamente y, por ende, podremos desbaratar sus planes y devolver la tranquilidad al país. Por otra parte, Alcaraz —que ha solicitado nuestro apoyo— habrá cumplido la ardua misión que le encomendara el Presidente de la República.

La propuesta era bien concreta. Concreta y razonable. Razonable al menos para quienes, habiendo seguido atentamente el planteo de Olañeta y aceptado sus premisas —de buen o mal grado— se hallaban condicionados favorablemente para admitir su proposición final. Además no existía otra. Y ninguno de los allí reunidos era hombre para resignarse a la inacción. De modo que, ante el caos que devoraba la Nación, ausente una posibilidad mejor y dispuestos a remediar las cosas, Los Convocados de Alcaraz aceptaron tácitamente el plan del doctor Olañeta. Hasta Gerónimo P. Mooney no halló motivos para oponerse, dejando de lado ciertas reservas.

IX

LA CIUDAD DESNUDA

Aquella noche, la segunda a partir de la Rebelión de los Semáforos, el calor sofocaba. Según se dijo, por una de esas arbitrariedades climáticas que se dan muy de tanto en tanto, el verano regía con su espada de fuego en pleno noviembre y la temperatura empardaba la de cualquier sudorosa noche de enero. Probablemente contribuía a ello la progresiva maduración de una tormenta que, si bien no despuntaba siquiera por los rumbos del poniente, señalaba ya su presencia en los barómetros que presagiaban catástrofe.

El resplandor de unos cuantos incendios fingía pequeños ocasos a los cuatro vientos porteños. Quienes ocuparan los distintos lugares de trabajo se dividieron, pues algunos, compelidos por el calor, optaron por abandonar transitoriamente las zonas invadidas para pernoctar nuevamente en plazas y parques. Tal actitud, no compartida por aquellos que entendían las ocupaciones como actos reivindicatorios, originó diversas grescas que vinieron a sumarse al caos reinante.

Armando Ricci participó activamente en el saqueo de la Dirección General Impositiva, que ardía junto con el Palacio de los Tribunales, también en llamas. Mientras empleados y contribuyentes arrasaban el edificio de la D.G.I., pleitistas perdidosos, abogados saturados de su profesión y jueces hartos de dirimir chicanas, diéronse

a devastar los estrados judiciales. Cacho Malatesta se contaba asimismo entre los devastadores.

La contienda legal cuyo resultado adverso constituyó uno de los muchos motivos que alimentaron el disgusto de Malatesta fue una de esos juicios confusos, plagados de incidentes, que tuvo por origen cierta negociación inmobiliaria al través de la cual Cacho creyó volverse rico, perdiendo a la postre el capital invertido y las costas del pleito. Todo ello luego de infinitas audiencias, notificaciones fallidas, repetidos adelantos de honorarios y pericias onerosas. De modo que la parte actora (Malatesta) terminó su periplo tribunalicio odiando cuanto tuviera olor judicial, malquerencia que incluía letrados, camaristas, ujieres, sellados, fojas, códigos, autos interlocutorios, juzgados y actuarios. Esa fue la razón por la cual, cuando un piquete de revoltosos arrancó hacia la Plaza Lavalle con intenciones piro-técnicas, se sumó al grupo dispuesto a prestar su apoyo decidido y desinteresado.

En cuanto dicho grupo, forzada la entrada del Palacio, se halló en presencia de *La Justicia* de Benlliure, empezaron los sarcasmos, los insultos y las reconvencciones dirigidos a la matrona que juega al gallo-ciego. Muchos tenían agravios pendientes con ella: quien había sido puesto con sus trastos en la calle después de un desalojo amañado; quien hubo de abonar dos veces el mismo pagaré; quien todavía intentaba escriturar el terrenito de Villa Ortúzar pagado íntegramente nueve años atrás; quien procuraba, en fin, levantar algún embargo trabado sobre su sueldo a raíz del incumplimiento de cierto cuñado, deudor moroso en una casa de artículos-para-el-hogar. Otros, demandados con razón, aprovechaban la bolada para librarse de obligaciones legítimamente contraídas.

Distintos proyectiles se estrellaron contra la alegórica figura. Un inquilino deshauciado le sacaba la lengua y, en el vestíbulo, un testigo falso zapateaba un malambo mientras formaban corro varios tramitadores de exhortos. Después, la turbamulta se dispersó por los archivos del subsuelo, invadió las Secretarías, allanó despachos, holló los dominios de la Corte Suprema. Bandadas de expedientes emprendieron vuelo

desde los casilleros hasta el medio de los pasillos, arrancadas las carátulas, desgarrados los folios, estrujadas las declaraciones testimoniales. El zafarrancho perpetrado en el Registro de la Propiedad transformó en bienes vacantes los inmuebles de la Capital Federal, pasibles de apropiación por la fuerza de allí en más. Finalmente sobrevino el fuego.

Un toque discordante en medio de la euforia anti-jurídica lo constituyó un viejo Oficial Primero que, a todo trance, intentó defender aquellos expedientes cuyos íntimos recovecos estaban empapados por su ciencia y su experiencia que, a manera de brújula, orientaran los impulsos tumultuosos de los litigantes y el conocimiento escaso de los letrados hacia finales equitativos. Desesperado estaba el hombre y, cuando se lo llevaron entre muchos, lloraba como un chico, empapando los vidrios de sus anteojos forenses.

Pronto se cansó Mónica Kramer Arizmendi del papel de empresaria que se había asignado. Pero, antes de continuar su vagabundeo, sacó a la calle los vestidos que se vendían en el negocio y, tirándolos por el aire, dejó librada su posesión al resultado de los tumultos femeninos que se originaron para hacerse de ellos. Cuando nada quedaba en el local (un petiso se llevó el tocadiscos) Mónica se fue.

La noche era sofocante, según sabemos. El tormentón tácito que flotaba sobre la ciudad y se agazapaba en el mercurio de los barómetros ahogaba a gentes y animales. Eso fue, seguramente, lo que determinó una nueva característica que signaría La Rebelión de los Semáforos. El calor, la falta de aire, la liberación respecto a tantas normas de convivencia civilizada, llevaron a que la población empezara a desnudarse. La que durmió esa noche en Buenos Aires fue una multitud en paños menores. Desnudez ésta que no se circunscribió a la intimidad sino que, por lo contrario campeó en pública exhibición.

El doctor Olañeta —Extravagante Picapleitos— había dicho, refiriéndose a los representantes de cada fuerza aliada en la Gran Conjura: "...debemos perseguir esa persona a lo largo de un día completo para averiguar sus movimientos y actividades. Siete somos los aquí reunidos; siete los personajes que perseguiremos. Uno cada uno..."

Concluída la reunión realizada junto a los pesebres, Los Convocados de Alcaraz se trasladaron a casa de Olañeta y allí, en medio del archivo descomunal, rodeados por la multiforme documentación que reuniera el jurista a lo largo de años dedicados a sus muy peculiares investigaciones, fueron recibiendo toda la información necesaria para concretar el seguimiento propuesto: nombres, direcciones, referencias familiares, actividades, inclinaciones, manías, datos psicológicos y temperamentales, errores, aciertos, puntos flacos y lados fuertes, chanchullos, ambiciones...

La gravedad de la misión que, desde ese momento, pesaba sobre sus espaldas, no impidió que Mario, El Poeta, compusiera la primer línea de un soneto en homenaje a los profundos ojos violeta de la menor de las Tres Marías, cuya presencia fragante y diligente iluminó un par de veces el cónclave de Los Convocados.

Declinaban las estrellas cuando los hombres se dispersaron. A las doce del mediodía comenzarían sus arduas empresas, poniéndose en marcha una alucinada operación tendiente a desmontar el mecanismo de una Conjura ambigua, febril y conjetural.

Insólita fue la escena que alumbró el sol de aquel día en que comenzarían las siete persecuciones. Insólita y desagradable. En efecto, desagradable resulta el espectáculo de una muchedumbre en cueros. No seré yo quien discuta la belleza suma y los prodigios de armonía que encierra el cuerpo humano, debidamente exaltados por tanto buril y pincel clásicos: basta recordar la Venus Capitolina para desbaratar cualquier objeción al respecto. Sin embargo, cada cosa requiere un ámbito y un marco de adecuados, ausentes los cua-

les llegan a desvirtuarse y a adquirir, incluso, características opuestas a aquellas que las definieran. Algo de eso sucede con la anatomía manifestada plenamente: bella en la delicadeza de esa diosa que Boticelli exalta entre espumas, semeja gusanera repulsiva en las playas atestadas o en la desinfección colectiva de un campo de concentración. Incluso no es raro que, dejando de lado razones de recato, el desborde impúdico comprometa la atracción biológica y, así, el jurado de un concurso de belleza suele contemplar a las competidoras con la mirada técnica con que se aquilatarían las condiciones de un lote de vaquillonas en la Exposición Rural. Pues bien, algo de eso sucedió aquella mañana en Buenos Aires. La multitud en cueros no constituía un grato espectáculo. En un primer momento, quienes dejaron de lado el pudor fueron las que estimaban contar con algo importante para exhibir pero, poco después, vencían toda inhibición otras y otros que mucho tenían que envidiar a Friné y al Discóbolo. Para peor, la desfachatez es contagiosa y la oleada nudista recorrió velozmente la ciudad de parte a parte, descubriendo rollos y verrugas, flaccideces y lobanillos, vientres flojos y trastes sedentarios. Y la cosa no terminó allí pues pronto se consideró una actitud reaccionaria mantener alguna prenda encima y aquellos que se habían plegado a la nueva moda pretendieron imponer sus cánones. En el monumento a Dorrego —igual que en otros lugares— un orador espontáneo se situó junto a la representación de “La Calumnia” y fue de ver el contraste entre la firme musculatura del bronce y la pálida humanidad del tribuno, estrecho de hombros y notoriamente panzón que, de entre el matorral de sus barbas protestatarias, soltó una arenga que conjugaba el igualitarismo y el naturismo:

—¡Humanos! —proclamó Juan-sin-ropa—. La vestimenta constituye un baluarte del privilegio y el oscurantismo. La púrpura fue signo de poder en la antigüedad; el armiño que los cubría distinguió a los reyes; el terciopelo a los opresores feudales; el buen paño de sus levitas a los patronos del siglo pasado;

los trajes de medida a nuestros modernos explotadores. Desnudos somos todos iguales...

Cierta observación partió de entre el público, tendiente a señalar que, pese a todo, ciertas diferencias obvias subsistirían mientras los hombres fueran hombres y las mujeres, mujeres. Se cortó el orador y quiso arreglar el asunto:

—Bueno, desnudos somos todos iguales, salvo pequeños detalles... Pero llegará la época en que también se corregirán esas desigualdades odiosas. Ya la moda unisex igualó las ropas. Hoy, abolidas las ropas, habrá que igualar otras cosas. Esto tiene un significado profundo, pues difundidas leyendas atribuyen a un Dios haber creado varón y hembra. Nada de eso, humanos, ni creación ni diferenciación! Un maravilloso porvenir igualitario, gobernado por cada uno de nosotros, nos espera al final de esta rebelión que día a día vamos ahondando. A ver... ¿qué hace ese ser humano que está allí, abajo del farol aquel, que todavía no se ha sumado a este revolucionario retorno a la naturaleza? Tomen las medidas del caso, hermanos en la igualdad!

Lo que sucedía es que una vieja, parada bajo el farol de la esquina, manteníase cubierta con sus trapos negros, su "mañanita" obsoleta y, culminación anacrónica, un sombrerito inverosímil atravesado por largos alfileres le cubría la cabeza. También un paraguas empuñaba la anciana. Azuzada la multitud por el orador, se revolvió contra la vieja, pretendiendo arrancarle las vestiduras. En mala hora. No es cualidad propia de las multitudes el arrojo de modo que, ante los vigorosos molinetes del paraguas, registróse un movimiento de retroceso. Y a la defensa de hecho sumó la anciana el ataque verbal.

—¡Chanchos! ¡Cochinos! —entró a gritar—. Me tocan un pelo y les ardo las costillas! ¡Atropellen, compadritos! ¡Métnle nomás, atrevidos!

Regularon los agresores. Aulló el tribuno:

—¡Adelante, humanos! ¡No retrocedan frente al pasado! ¡Desnuden a esa vieja de una vez!

Avanzó una gorda; el varillaje del paraguas restalló en el lomo, estrepitoso. Retrocedió la gorda.

—¡Otro que venga! —se agrandó la vieja, para proseguir, dirigiéndose al barbudo del monumento—. Y vos, panzón, a ver si te callás que ya has dicho bastantes porquerías!

La contera del paraguas trazaba un círculo terrible, que nadie osaba atravesar. Hasta que algunos optaron por alejarse, pues comprobar la propia cobardía a nadie le hace gracia. Seguía gritando la vieja. Seguía aullando el tribuno. La multitud se fue diluyendo. Al rato no quedaba nadie: sólo la vieja y el barbudo del monumento. Firmemente sustentado por los alfileres que lo atravesaban, el sombrerito de la vieja ni se había movido. Fue entonces cuando, enardecida, atropelló a Juan-sin-ropa.

—¡También hay para vos, sinvergüenza! —anunció mientras arrancaba hacia el provisorio estrado—. ¡Yo te voy a enseñar!

Un torbellino de furia era la vieja, enhiesto el paraguas, flameando la “mañanita”, repiqueteantes los tacos, en plena acometida vindicatoria.

Cuando el barbudo vio aquel sombrío remolino que se le venía encima inició una retirada que, si bien trató de ser digna, transformóse pronto en huída precipitada. Abandonó el monumento a toda velocidad y, queriendo enderezar por Suipacha, se enredó en una de las cadenas que circundan el grupo escultórico y cayó pesadamente. No alcanzó a levantarse con rapidez suficiente para evitar que un paraguazo le cruzara el trasero dejando rojo surco. Después se perdió por Suipacha, en toda la furia y perseguido tenazmente por la débil anciana.

Claro que éste no fue el desenlace registrado en varias situaciones análogas ocurridas a lo largo de la jornada. Varias mujeres murieron en manos de las turbas, defendiendo su pudor a todo trance. Alguno, por lo bajo, mencionó la palabra martirio.

No era empresa fácil penetrar la intimidad del Dr. Espartaco Mangiaterra Dupont. Y ese, precisamente, era el cometido que debía llevar a buen puerto Prudencio Alcaraz, Cabo de Saladillo.

La noche anterior, en casa de Olañeta, había reo-perseguido, pero esa información indicaba que las gido el policía suficiente información relativa a su actividades de éste resultaban difusas y variadas, pudiendo consistir en la concurrencia a un congreso en pro de la liberación femenina a realizarse en Co-penhague; en felicitar al ministro del Interior de al-guna oscura república donde fuera suprimida la cen-sura cinematográfica; en redactar un editorial pre-conizando la abolición de las fronteras nacionales en aras de la fraternidad planetaria; en reclamar por pre-suntas violaciones de los derechos humanos cometi-das por gobiernos atacados salvajemente por la gue-rrilla urbana; en visitar algún Presidente para solici-tar el indulto de cierto dinamitero que, en apoyo de la segregación de tal o cual provincia levantisca, hu-biera hecho volar por los aires nueve carabineros, un alcalde, dos Exploradores de Don Bosco y cuatro amas de casa... Como se ve, tareas todas diversas y no sujetas en absoluto a horarios o rutinas.

—Este hombre está en el riñón del Libertismo Pro-gresivo —había dicho Olañeta— y, casualmente, re-sulta también representativo del Planetarismo Apátri-da, ya que es figura destacada en todo movimiento que tienda a esos fines. Miren ustedes estos diarios y fíjense en esta Circular —insistió el jurista, ponien-do frente a sus contertulios un alto de periódicos donde, recuadradas en rojo, aparecían distintas noti-cias que daban cuenta de los pasos del Dr. Espartaco al través de los más alejados rincones del globo, ale-gando siempre contra todo aquello que significara sujeción y autoridad; en cuanto a la Circular exhibi-da, se trataba de una hoja donde cierta Comisión ins-truía a sus adherentes para promover una campaña de opinión en torno al caso de un juez que, aplicando normas perales en desuso, habiase permitido conde-nar por adulterio al marido de una incómoda señora —madre de siete hijos suyos— a quien abandonara para *reconstruir su vida* en compañía de una corista treinta años menor que él. Tal sentencia era señalada como retrógrada y tildado de cavernícola el magis

trado que, a raíz de la susodicha campaña, quedó cesante luego del consiguiente juicio político: la Circular estaba firmada por Espartaco Mangiaterra Dupont.

—Mangiaterra debe estar necesariamente vinculado a la Gran Conjura —afirmó el doctor Olañeta, prosiguiendo—. Luego de seguirlo durante un día podrán comprobar que es así. Aparecerán los nexos que lo relacionan con esa conspiración universal y, por su intermedio, descubriremos otros eslabones de la cadena. Si mi razonamiento resulta exacto es harto probable que, a lo largo de la jornada, Mangiaterra se encuentre con alguno de los personajes que esté persiguiendo otro de nosotros, para intercambiar información y ajustar planes sobre la marcha. No debemos olvidar que asistimos al momento en que las actividades de la Gran Conjura hacen eclosión en nuestro país, culminando una larga tarea de preparación. Más aun, estimo que los acontecimientos que contempla Buenos Aires constituyen la chispa de graves sucesos que cubrirán el orbe, de modo que los conjurados deben hallarse en movimiento febril y no será difícil establecer ahora sus enlaces y contactos.

Tal era la convicción de El Extravagante Picapleitos y tal la gravedad de los acontecimientos en marcha que Los Convocados de Alcaraz seguían favorablemente dispuestos a aceptar sin más las premisas de Olañeta. Nadie discutió. Sin embargo, allá en las entrete-
llas de Prudencio y, particularmente, de Mooney, alen-
taban sofocadas objeciones: el sentido práctico que poseían ambos los impulsaba a desconfiar de aquellas generalizaciones y de aquellas certezas fundadas en presunciones que, si bien coherentes, no arraigaban en los hechos. Pero ninguno exteriorizó sus dudas. Dudas que, por otra parte, estaban confinadas en los últimos repliegues del subconsciente de ambos pues —como se explicó antes— aquel mismo sentido práctico del escribano y el policía los empujaba a la acción y ninguna otra posibilidad de actuar se les ocurría fuera de la propuesta por el jurista. Este continuó:

—Pienso que Alcaraz es el hombre indicado para el seguimiento de Mangiaterra Dupont. Sus relevantes dotes de investigador y su experiencia en estos menesteres lo convierten en el más capacitado de nosotros para tareas como las que llevaremos a cabo. Visto que Mangiaterra es una persona ubícua y movediza, que carece de asiento preciso para realizar su obra, no será fácil perseguirlo, desentrañar la naturaleza exacta de esa obra y penetrar el secreto de sus contactos con la secta abominable. Por lo tanto, hemos de poner sobre su pista lo más calificado de nuestras fuerzas. Aquí tiene, Prudencio, todos los antecedentes necesarios —concluyó Olañeta, entregando al Cabo de Saladillo tres voluminosos biblioratos desbordantes de papeles.

Alcaraz durmió como un tronco las breves horas que precedieron al instante en que entraría en acción. Después, cuando la mañana se cuadrículaba en el ventanuco que alumbraba su refugio de la calle Moreno, Prudencio cebó mate y se puso a analizar los legajos recibidos. Entre chupada y chupada estudió cada dato contenido en fichas, recortes y fotografías. Cuando entró en operaciones ya tenía una idea perfectamente formada respecto al lugar adecuado para encontrar su presa. Más aun, contrariamente a la creencia de Olañeta, sabía cuál era el discreto asiento de su influencia, el punto desde donde partían sus órdenes para recorrer las ramificadas mallas de esa telaraña cuyo centro ocupaba el figurón cual obeso octópodo.

Fundado en su descubrimiento, Alcaraz se dirigió rectamente hacia un edificio vetusto, sito en Cangallo entre Reconquista y San Martín. Se trataba de una construcción finisecular, de estilo vagamente italiano, donde sucesivas manos de pintura se descascaban sobre frisos y alegorías mercantilistas. Algunos escalones conducían hasta la jaula de un ascensor florido. En el vestíbulo de la planta baja ningún indicador delataba a los ocupantes del inmueble; solamente un casillero para correspondencia, numerado del uno al trece.

Frente a la convulsión que agitaba el centro, una tranquilidad absoluta campeaba en el edificio de la calle Cangallo. El mediodía golpeaba las veredas pero, a poco que se ascendieran los escalones de acceso, se encontraba uno envuelto en fresca penumbra. También contrastaba el barullo de los contingentes nuditistas con el silencio que allí reinaba. Algún reloj daba las doce en las inmediaciones (pronto, faltos de cuerda, equilibradas sus pesas y estáticos los péndulos, también callarían los relojes de la ciudad) cuando Prudencio Alcaraz, Cabo de Saladillo, llegó al lugar. Con el solo objeto de verificar su parálisis por falta de corriente eléctrica, Prudencio apretó el botón que convocaba al ascensor; con alguna sorpresa comprobó que el mismo se ponía en marcha, descolgándose rumbo a la planta baja.

—Esto será viejo pero tiene flor de generador en el sótano —dedujo Alcaraz mientras subía. Espejos biselados repetían su imagen en sucesión que se perdía con mareos de azogue; un banco recubierto de terciopelo ocupaba el costado del habitáculo; pámpanos de fierro se enredaban en lo alto, disimulando la inserción de los cables que sustentaban el aparato, el cual se detuvo cuando llegó al cuarto piso. Apeóse Alcaraz.

El *palier* también estaba silencioso y sombrío. En la puerta —espesa, de roble— que allí se veía, tampoco figuraban indicadores de ningún tipo. Mejor dicho, tampoco figuraban indicadores destacados pero, a poco que se observara, el visitante podía reparar en una pequeña placa de bronce, discreta hasta la timidez, atornillada debajo del timbre. Decía la Placa: *Fundación para el Progreso Humano*.

—Ya estamos —se dijo Prudencio. En efecto, aquel era el lugar cuya existencia estableciera su fino olfato policial, luego de estudiar la documentación apropiada por Olañeta. Ducho en retener lo sustancial de tantos sumarios como pasaran por sus manos, Alcaraz había atado cabos, suplido omisiones, aprehendido detalles nimios hasta concluir que, presencia reiterada en los tinglados montados por Mangiaterra Dupont, centro de gravedad para su actividad volátil,

usina ambigua de la energía desplegada por el personaje, siempre reaparecía la *Fundación para el Progreso Humano*, constituyendo algo así como su íntima cobertura formal, manejada por él a voluntad.

Una vez que El Cabo Saladillo hizo este descubrimiento capital, se dio a meditar sobre el mejor modo para tomar contacto con la Fundación y su benemérito fundador. Así como Alcaraz no era partidario de emplear la violencia sino en última instancia, tampoco aprobaba los procedimientos clásicos en materia de seguimientos y averiguaciones. Podría decirse que menospreciaba las persecuciones típicas, con hombres disimulados detrás de un diario y pesquisas disfrazados de barrenderos; prefería, por el contrario, las aproximaciones directas, fundadas en motivos cuya lógica resultara telón suficientemente sólido para encubrir sus fines reales. Por lo tanto, una vez establecido el papel clave que correspondía a la *Fundación para el Progreso Humano*, desechó Alcaraz todo plan sigiloso para, en cambio, urdir una combinación que le permitiera alcanzar los entresijos de la entidad a cara limpia.

Y a cara limpia enderezó Prudencio hacia el edificio de la calle Cangallo. No cambió las líneas del rostro sino apenas su aire, su expresión. Nada de pelucas ni afeites, nada de tintura ni anteojos impenetrables. Se redujo a embotar la agudeza de su mirada dejando caer los párpados; abrió un poco la boca para borrar su enérgica resolución; dibujó ciertos pliegues ingenuos en la frente mediante el simple procedimiento de levantar algo las cejas. Y, eso sí, introdujo algunos retoques en la indumentaria, aptos para sugerir al paisano endomingado, al pajuerano de visita en la capital, características éstas, por otra parte, muy próximas a las que realmente investía Alcaraz: bastó un par de botas "acordeonas" bajo el pantalón, una rastrita ordinaria en la cintura y un pañuelo blanco anudado al cuello para que el policía adquiriera el aspecto deseado. Ese era el aspecto de quien tocaba el timbre de la *Fundación para el Progreso Humano* aquel mediodía, el tercero a partir de La Rebelión de los Semáforos.

Un hombre pequeño, a medio camino entre los sesenta y los setenta años, abrió la puerta. Iba en mangas de camisa y fundas de lustrina negra le cubrían los brazos, hasta el codo. También era negra su corbata de moñito y una visera traslúcida confería tono vegetal a sus mejillas pálidas. Un lápiz le jineteaba la oreja derecha.

—¿Señor? —preguntó el hombrecito, asomando su cara de clorofila por sobre la cadena que unía los bordes de la hendidura abierta.

—Güenas —saludó Prudencio, fingiendo cortedad y exagerando el modo autóctono.

—Buenos días —respondió la Flor Azteca.

—Dispense, crái que eran pasadas las doce —se disculpó Alcaraz, aparentemente turbado en extremo.

—¿Pasadas las doce...? Y sí, ya son pasadas. ¿Pero qué tiene que ver?

—Como dijo güenos días...

¿...?

—Güenas tardes, entonces, si me permite.

—Buenas tardes, señor, buenas tardes —rectificó el vegetal, confundido por la precisión del otro que, a partir de esa breve escaramuza horaria, adquirió cierta ventaja psicológica sobre el guardián de la entrada—. Buenas tardes, señor. ¿Qué se le ofrece?

—¿Está el doctor Dupont?

Creció la confusión del interrogado, que intentó tender una cortina de bruma para proteger la intimidad de su poderoso empleador.

—El doctor Dupont, dice?

—El mismo.

—¿Está seguro que aquí puede hallarlo?

—Seguro, don.

—Claro, claro. El doctor Dupont... ¿Dupont, no?

—Ahá Mangiaterra Dupont, para más datos.

Coligió cara-verde que el visitante venía sobre seguro y cambió la táctica.

—¿Está citado, señor?

—Como si estaría.

—¿Pero está citado o no?

—Como si estaría. Citau, lo que se dice citau, no estoy. Pero el doctor Dupont va a tener un gusto grande cuando me vea. Vengo por un asunto hecho a la medida del doctor Dupont... va a salir en todos los diarios

El hombrecito, conoedor del afán exhibicionista de Mangiaterra, cedió otra posición en su línea defensiva.

—Espere, señor. Voy a ver si está. ¿A quién anuncio?

—Gabino Casas.

—Aguarde.

Sin soltar la cadena de seguridad retrocedió el guardián. Prudencio maniobró rápidamente con los eslabones y soltó la tranca. Cuando volvió el tinterillo halló al visitante sentado en una de las sillas de la sala de espera, acentuado su aire tímido y sobando el chambergo gris que tenía entre las manos.

—¿Cómo entró? —sobresaltose cara-verde.

—Por la puerta, don... Como la vi abierta...

—¿Abierta?

Aquí temió el centinela una negligencia por su parte, de modo que prefirió no insistir, cambiando el rumbo de la requisitoria. Agregó:

—Está bien. Señor... señor Casas, ¿podría explicarme con más detalles el motivo de su visita?

—Me mandan las juerzas vivas de una población del interior que necesita el apoyo del doctor Dupont pa' sacudir sus rotas cadenas y enseñarle al mundo que se puede vivir sin autoridá ninguna porque la libertá es lo primero. Buscamos' el apoyo de loj hombres de la tierra entera pa'diclarar la independencia 'el pueblo y vivir luego sin Intendente, ni Comesario, ni Padre-cura...

Con la oreja pegada a la puerta de su despacho, Mangiaterra Dupont escuchaba las palabras de Prudencio quien, previendo tal contingencia, hablaba fuerte. Promediaba Alcaraz la enumeración de los propósitos libertarios que abrigaban sus comitentes cuando Mangiaterra, seducido por el caso, irrumpió en la sala de espera con aire jovial. Para disimular dijo:

—¿Alguien me busca?

—Así es, doctor —respondió El Cabo de Saladillo, levantándose con aparente embarazo, derribado el chamberguito gris.

—Pase, caballero, pase —invitó el doctor, palmeando la espalda del visitante.

Mangiaterra era inmensamente gordo, si bien la severa acción de un corsé insinuaba un ecuador diferenciando los dos hemisferios que componían su caudalosa humanidad. Tenía una calva prolija y anteojos sin montura protegían los ojos diminutos. El traje era excelente y, si bien su corte podía resultar levemente arcaico, ello venía a compensar la audacia de la corbata estridente.

Prudencio y Espartaco penetraron al despacho, cerrando la puerta. Afuera quedó el escribiente, nimbado por apasible luminosidad forestal.

El despacho de Mangiaterra se parecía al estudio de un jurista décimonónico, especialista, por ejemplo, en Derecho de la Navegación. Gruesas cortinas cubrían las ventanas, bibliotecas atiborradas subían hasta el techo y, coronándolas, veíanse algunos bustos que tanto podían corresponder a Homero como a Garibaldi o a Franklin. La gordinflona efigie de Espartaco lucía por todas partes, en reiteradas fotografías que lo mostraban acompañado por múltiples personalidades de la ciencia, la política, los negocios y las artes. En casi todos los retratos había firmas y dedicatorias. No obstante el ambiente austero que signaba el lugar, ciertos detalles se encargaban de poner notas discordantes y agresivas: restos de un cartelón chamuscado, donde se destacaban fragmentos de letras rojas; esquivras metálicas; manifiestos plagados de “muera” y “abajos”.

—Así que me anda buscando? —invitó al diálogo Mangiaterra.

—Lo andaba buscando, doctor.

—¿Y qué se le ofrece?

—Vengo de Torrecita, doctor. Partido de Bolívar, provincia de Güenosaire. Allá la gente necesita su ayuda.

—¿Mi ayuda? Y cómo conocían mi existencia?

Aquí deslizó Prudencio la necesaria cuota del halago. Dijo:

—¿Y cómo no han de conocerlo? Usted es muy famoso doctor. Mi pueblo está medio retirau pero allá también llegan los diario' y revista; estamo' anoticias de las cosas. Por eso sabemos' que usté es el hombre más aparente para atuar en loj asunto' ande se trate de liberación. Nosotros' también queremos' sacudir las rotas cadenas... —expresó Alcaraz, retomando una alegoría que le había parecido muy a propósito.

—Bien, bien... —mordió el anzuelo Mangiaterra, pleno de satisfacción—. Hágame un relato de la situación.

Alcaraz desarrolló el relato con pelos y señales. Lo tenía bien preparado y resultaba convincente. Reducido a lo sustancial, se trataba de lo siguiente: el Delegado Municipal de Torrecita, partido de Bolívar, ex Ferrocarril del Sud, había impuesto una nueva contribución al vecindario, consistente en el diezmo de la tenencia avícola de cada uno. Dicho de otro modo, una de cada diez gallinas vivientes en Torrecita debía entregarse al Municipio, con destino a cierto asilo de ancianos cuyos cimientos aún no se habían empezado a excavar siquiera. A tal efecto hubo de practicarse un censo que resultó tempestuoso pues nada se había aclarado sobre la situación legal de patos, gansos y gallinetas, que la población consideró materia no imponible. No se pudo terminar el censo, interrumpido por reiterados movimientos de resistencia civil. Hubo palizas y perdigonadas contra los agentes municipales encargados de la tarea. Incluso, como un desafío a la autoridad comunal, el vecindario soliviantado efectuó un banquete en la plaza pública donde, transformadas en puchero, numerosas gallinas pagaron el pato, siendo devoradas antes que acceder a su confiscación. Creció el revuelo. Pronto quedó constituido un Comité de Lucha que nucleó a las fuerzas vivas del poblado. Y, a medida que pasaba el tiempo, subían las miras del Comité: primero se opuso al censo y a la contribución establecida; después pidió la cabeza del Delegado Municipal; más adelante pro-

puso segregar Torrecita del ámbito provincial; finalmente, la meta que se fijó el Comité fue declarar al pueblo nación soberana. Pero no paró allí la cosa. En tren de liberarse, Torrecita sería algo más que un país independiente: sería el primer país sin autoridad alguna, pues, comprobados los abusos del gobierno comunal, la población se negaba a aceptar cualquier tipo de mando y se manejaría al libre arbitrio de los vecinos. Para apoyar tal proyecto, el Comité había comisionado a Gabino Casas (Prudencio Alcaraz), quien requeriría la ayuda del doctor Espartaco Mangiaterra Dupont, campeón de las libertades y enemigo acérrimo de fronteras y nacionalidades.

Brillaban los ojos de Mangiaterra al culminar Prudencio su admirable sarta de fantasías, aderezadas conforme al gusto del interlocutor.

—Lo que ustedes están haciendo es maravilloso! —se extasió el prohombre—. Maravilloso! ¡No falta nada para calificar esos acontecimientos como una de las gestas más sublimes de la liberación humana!

Se levantó Espartaco del sillón y comenzó a recorrer el cuarto, bamboleándose como una fragata en la borrasca. Se veía transformado en el adalid del movimiento liberador; solicitando ante los gobiernos extranjeros el reconocimiento de la flamante nación anárquica; defendiendo en el foro de las Naciones Unidas las reivindicaciones del movimiento ácrata; asediado por el periodismo mundial; acribillado por las cámaras fotográficas; iluminado por los reflectores de la televisión; transportada su palabra por las ondas reflejadas en cien satélites artificiales; su nombre ocupando de parte a parte los titulares de la prensa internacional; de golpe, vaya a saber por qué, imaginóse vistiendo una toga inmaculada, ceñida la testa de laureles, apostrofando a las autoridades del orbe. Ebrio de complacencia trepóse a un banquito y, con los brazos abiertos en ademán teatral e inconsciente, fijó la vista en lo alto, sin ver siquiera las guirnaldas de estuco del cielorraso. Prudencio Alcaraz se tragó una risita que le hacía cosquillas en los labios y, para

afirmar el arrebató del prócer, medio se inclinó ante el banquito agachando la cabeza. En tal punto volvió Mangiaterra de su éxtasis, bajó del banquito y, algo avergonzado, se acomodó la corbata para preguntar por fin:

—¿Y qué esperan ustedes de mí?

—Eso lo tiene que decir usted, doctor. Usted es el que sabe...

Mangiaterra apoyó en una mano la frente pensativa y guardó silencio con los ojos cerrados. Al rato dijo:

—No se han equivocado al venir a buscarme. Pondré el planeta de pie, respaldando la reclamación de Torrecita. Desde ya, la "Fundación para el Progreso Humano" apoya vuestras reclamaciones y ofrece al movimiento los fondos que sean necesarios...

—No se ponga en gastos, doctor.

—La Fundación se resarcirá de esos gastos por otros conductos.

Prudencio paró la oreja. Allí podía aparecer el hilo conductor hacia la Gran Conjura prevista por Olañeta. Atacó, haciéndose el inocente:

—¿Por otro' conductos dice?

—Así es.

—¿Algunaj otra' organizaciones?

—Sí y no. Más que organizaciones se trata de sociedades comerciales vinculadas.

—¿Y que tienen el mismo fin de la fundación?

—No. Van a los pesos nomás. Justifican gastos para Réditos, inflan donaciones y esas cosas. Ventajas económicas ¿entiende?

Decreció el interés de Alcaraz. Prosiguió Mangiaterra:

—Y todo eso es publicidad, promoción personal que no se mide en dinero y que para mí tiene gran valor. Además soy rico, no se preocupe.

—Usted sabrá, doctor.

No quiso Espartaco, sin embargo, perder todo el dividendo de gratitud a que su gesto lo hacía acreedor y se puso en prócer.

—Soy rico, sí. Pero aunque estos desembolsos lleguen a poner en peligro mi fortuna los haré igual; los

anhelos libertarios del género humano son más importantes que mis finanzas personales —dijo ladeando la cabeza con modestia.

—Desinteresau el hombre —acotó Prudencio.

—Uno es así, qué quiere... Y ahora hay que empezar a moverse. Antes que nada, viajaremos al teatro de los acontecimientos —determinó Mangiaterra Dupont, a quien gustó imaginarse transformado en centro de admiración del paisanaje. Vióse acaudillando el movimiento y pensó en las fotografías que se haría tomar sobre las barricadas. Al que no le gustó la cosa fue a Prudencio, que temió se descubriera su patraña.

—¿Piensa viajar a Torrecita? —indagó sobresaltado.

—Así es; debo palpar las ansias libertarias de la población.

—Vea dotor que no se puede salir de Güenosaire. Acuérdesse del amontonamiento de auto' que hay por todaj parte'.

—Eso no es problema.

Alcaraz creyó oportuna la coyuntura para enderezar su investigación rumbo a la posible participación de Espartaco en los acontecimientos que conmovían la ciudad y cuyos efluvios no habían traspuesto los umbrales del edificio de la calle Cangallo. Aventuró el policía.

—¿Y qué opina usted de la mistura de autos que se ha armau?

—Un fenómeno curioso —evadió Mangiaterra—. Oportunamente habrá que evaluarlo con detenimiento. Un fenómeno curioso en verdad. Pero, volvamos a lo nuestro: ¿Qué distancia hay hasta Torrecita?

—Este no ha tenido nada que ver en el lío de los semáforos —concluyó para sí el Cabo—. De lo contrario, ya se hubiera dado corte con el asunto. Le gusta lo de Torrecita porque quiere hacerse dueño del caso. —En voz alta respondi: —Menos de cuatrocientoj kilómetro' por la vía 'el tren.

—Estaremos antes de dos horas.

—No hay por ánde salir e' la capital.

—Saldremos por aire.

—No andan loj avione’.

—Iremos en helicóptero.

—Tengo oído que no funcionan loj airódromo’.

—Hay un aparato en la azotea, propiedad de la Fundación.

—A la pucha!

Intentó Prudencio una defensa extrema:

—Mire que nel pueblo la cosa puede estar fiera. El Comensario no e de correr con la vaina.

—Aterrizaremos en las proximidades.

Advirtió Alcaraz un resquicio para zafar, una vez en Torrecita, y se plegó a más no poder a lo determinado por Mangiaterra Dupont.

—Está bien, vamo’.

—Vamos.

Espartaco abrió la puerta y llamó:

—Filisteo!

Al llamado compareció el nombrado Filisteo, que no era otro que el hombrecito de las mejillas verdes.

—Doctor?

—Prepare el autogiro que salimos en cinco minutos.

—Voy a prepararlo, doctor.

—Y muévase pavote. Para eso le pago.

La libertad no parecía presidir las relaciones obro-patronales en el estudio de Mangiaterra Dupont.

—A la orden, doctor.

Se fue el hombrecito.

—Aguarde un momento —solicitó Espartaco, dirigiéndose a Prudencio. Salió del cuarto para reaparecer al rato, enfundado en un impermeable que llegaba al piso, guantes calzados y tocada la cabeza con una gorra inglesa colocada al revés, a la manera del malogrado Ernesto H. Blanco. Su aspecto resultaba extravagante.

Igualmente extravagante era el aspecto del llamado Filisteo, a quien hallaron en la terraza, tieso al pie de la escalerilla que conducía hasta la cabina del helicóptero allí posado. La visera verde y traslúcida seguía en su sitio, confiriendo tonalidades de pradera a la faz enjuta. También permanecía el lápiz que jineteaba la oreja derecha. Pero nuevos elementos habían surgido, a saber: un sombrero de trapo blan-

co, de esos que llamaban "gaticlaves"; una desmesurada bufanda marrón que, cual boa constrictor, rodeaba el cogote finito, aviniéndose mal con el calor imperante; un par de antiparras con vidrios violeta y una especie de sacopiyama a rayas, flotantes; el calzado era un par de zapatillas de basquetbol.

—Embarquemos —ordenó Mangiaterra y su voz sonó como la del Gran Almirante.

Embarcaron nomás. El último en subir fue Filisteo, que se acomodó frente a los mandos de la máquina. Rodó la hélice enorme generando un ventarrón a cuyo influje se alborotó la ropa tendida en una azotea vecina y cimbrearón los geranios del balcón de enfrente. Al rato estaban los pasajeros en el aire, circunscritos por la burbuja plástica de la carlinga. Filisteo, caladas las antiparras, prieta la bufanda y encasquetado el gaticlaves, puso rumbo sur-oeste, una vez recibidas las instrucciones necesarias.

El espectáculo que ofrecía la ciudad, a los pies de la tripulación del autogiro, era sorprendente. Las calles atestadas por el tráfico inmóvil semejabán un sistema arterial donde la sangre se hubiera coagulado. Refulgían cristales y cromados, espejeando en las grandes avenidas y obturando cada calle lateral hasta alcanzar barrios distantes. Veíanse barcos surtos en el puerto pero el embotellamiento era tal, en las zonas aledañas al río, que resultaba difícil atravesarlas para intentar retiradas por vía fluvial. De vez en cuando el helicóptero era envuelto por densas columnas de humo, provenientes de los incendios que salpicaban el mapa porteño. Y, allá abajo, diversas manchas rosadas delataban la presencia de la multitud en cueros.

—Cómo había estau de organizado, don Dupou —comentó Prudencio. —Mire que tener helicóptero y todo...

—Esto no es nada —contestó Mangiaterra, lo más ancho—. Ya va a apreciar usted lo que es organización cuando llegue el momento de ganar el apoyo mundial para el levantamiento de Torrecita. Ya va a apreciar...

—Y qué va a hacer usté? —tentó Alcaraz.

—Por lo pronto, manejar la información debidamente. Las cadenas de diarios de todo el planeta se ocuparán del asunto. Las fotografías de los vecinos de Torrecita conmigo al frente aparecerán en primera plana y el sentido de los comentarios será siempre favorable; ciertas diferencias de matiz habrá entre lo que diga, por ejemplo, un matutino conservador de Londres y un vespertino socialista de Bruselas; pero en la substancia de los comentarios no habrá discrepancia.

—Cómo puede ser eso?

—Cuando de liberación se trata, existen coincidencias que usted no puede sospechar.

Prudencio vio dibujarse de nuevo el fantasma de la Gran Conjura y volvió a la carga preguntando:

—Hay algún acuerdo o algo así?

—Tácito. Basta mi presencia. Siempre hace falta un hombre con visión clara para presentar los hechos; un protagonista cuyo prestigio sirva para garantizar el sentido general de los acontecimientos. En fin, modestia aparte...

Atrás habían quedado los suburbios, con sus quintas de verdura, sus baldíos que aprisionaban cuadraditos de pampa, sus calles de tierra propicias al paso de carros lecheros y afiladores musicales. Al rato, el langostón mecánico sobrevolaba campo abierto, espantando haciendas y arremolinando sementeras. Se divisaba el casco de algunas estancias, salpicados por techos de teja o zinc entre la variedad de follajes. Había lagunas ruborizadas de flamencos y trigales casi maduros. Las vías del tren corrían hacia occidente, flanqueadas por cortaderas y pajonales que las acompañaban, como fajas del desierto primigenio en medio de los potreros laborados prolijamente.

El Cabo de Saladillo creyó propicia la oportunidad para poner en marcha el plan que había tejido, tendiente a encubrir los embustes mediante los cuales accediera hasta Mangiaterra Dupont.

—Se me hace que no es conveniente presentarse en el pueblo sin más —dijo para empezar.

—Cómo presentarse sin más?

—Ahá. Primero habrá que asegurarse como andan las cosas... En una de esas se dio vuelta la taba y el Delegau Municipal y el Comesario se han hecho dueño' e' la situación...

La perspectiva no agradó a Mangiaterra, dentro de cuyos proyectos no entraba el de correr riesgos. Indagó:

—Y qué se propone hacer?

—Bajaríamo' en un médano medio retirau, donde hay una hoya suficiente pa' disimular el aparato éste. Ustede' esperarían allá y yo me arrimo al poblado para recoger noticias. Si todo anda bien, aviso de su llegada al Comité de Lucha y vengo a buscarlo' a usted'. Despué entramo' al pueblo con todo' loj honore' y usted se hace cargo de la Delegación. También he de poner sobre aviso a Gasparini, el diretor 'el diario e' Torrecita.

—Trajo la máquina de fotografías? —preguntó el prócer, volviéndose hacia Filisteo.

—Sí, doctor.

—Bueno, usted es tan inútil que podía haberse olvidado. —Dirigiéndose hacia Prudencio prosiguió: —Y dígame, amigo Casas, no le parece oportuno sobrevolar la plaza antes de aterrizar en ese médano?

—Es arriesgau, doctor. Primero porque va a alborotar el avispero y, cuando baje, ya andará la gente buscándolo, de curiosa nomás. Segundo porque en una de esas le sacuden un chumbo.

—Está bien, hagamos como usted dice.

—Ya pasamos Bolívar. Tuerza a la izquierda así dejamo' Torrecita a un lau. Dende ahora le voy a enseñar el camino —indicó Alcaraz, dirigiéndose a Filisteo.

Sucedíanse los cuadros de espigas, donde el trigo, la avena, la cebada, maduraban distintos tonos dorados que el aire mecía en oleadas lentas. Algunas lagunas eran piezas de plata tiradas entre tanto oro. Al sol, que empezaba a declinar, lo tenían de frente.

—Vayan bajando —instruyó Prudencio.

Perdió altura el aparato, aproximándose a unas lomas, cuyas cúspides eran de pura arena.

—A la izquierda, atrás de la loma más alta. Bajando siempre.

Pasaron por sobre la cumbre, que ocultaba una hondonada circunscripta por dunas menores. El fondo de la hoyada aparecía firme, como de pizarra barrida por los vientos.

—Baje ahí —señaló por fin El Cabo de Saladillo.

Descendió el helicóptero, levantando remolinos de polvo con el giro de sus aspas que, una vez detenido el motor, fueron volteando cada vez más lentamente. Echaron pie a tierra.

—Con permiso —dijo Mangiaterra, alejándose unos metros. Tornó algo salpicado.

—Hay que orinar viento abajo —dictaminó Alcaraz al comprobar la ignorancia del pueblero.

—Qué distancia hay hasta Torrecita? —preguntó el accidentado, disimulando.

—Legua escasa. Ya estoy saliendo, antes que nos agarre la noche. Por ahí consigo alguno que me arrieme. Esperen acá.

Se alejó Prudencio. También Filisteo se alejó, esta vez viento abajo, como corresponde.

El Cabo de Saladillo actuó velozmente. Pronto estuvo en la ruta, donde el automóvil de un viajante lo recogió para dejarlo al lado del pueblo, que el camino eludía pasando más allá de la estación del ferrocarril. Pero, a poco de trasponer las vías, Alcaraz advirtió escenas inesperadas. En efecto, el pueblo aparecía conmocionado, recorrido por grupos vociferantes, cruzadas las calles por barricadas, signadas las esquinas por fogatas. En una palabra, aquello no discrepaba en nada con la situación tramada por la imaginación de Prudencio para atraer a Mangiaterra Dupont.

—¿Qué anda pasando aquí? —preguntó a un peón ferroviario que ostentaba gorra azul sobre lacia melena.

—Se armó el barullo igual que en la capital.

—Y cómo se enteraron del barullo en Buenos Aires?

—Vamos, don! . . . Para qué está la televisión? Antes que se cortara la trasmisión vimos todo en vivo y en directo.

Alcaraz, que hacía una barbaridad de años no andaba por esos pagos, había olvidado que en el interín las antenas de televisión vinieron a florecer en las cumbres de cuantos ranchos pueblan la llanura.

—Ahá. Y es grande el barullo?

—Regular nomás. Principió cuando el sulky de Contreras pasó de largo en el semáforo.

—Ahora hay semáforos en Torrecita?

—Y nó! Desde hace cinco años tenemos un semáforo.

—Uno?

—Uno. En la esquina de la tienda *La Idial*. Para el año que viene piensan poner otro en la esquina del *Clú Músculo y Amistá*.

—Y después qué pasó?

—Contreras se pelió con el vigilante Godoy. Se juntó la gente. Godoy le pegó un planazo a Chaparro que andaba de mirón. Chaparro se las tomó con Contreras pues por culpa dél ligó el planazo. Después ni se sabe. Todos empezaron a repartir y, para completar la cosa, Gasparini se subió a un cajón de cerveza que sacó a la vereda y se largó un discurso.

—Qué decía Gasparini en el discurso?

—Hablaba de la liberación y de que había que fajarlo a Godoy y al Comisario y al Delegau Municipal si cuadraba.

—La gran siete! Bueno, gracias por las noticias. Voy a mirar un poco.

—Guarda que las cosas están que arden.

Se despidió Prudencio y enderezó para la plaza, donde todo era confusión. Atravesó los grupos enervorizados, desoyó a los oradores espontáneos, esquivó un cascotazo perdido y se dirigió al Destacamento Policial. El zaguán por donde se accedía a éste estaba clausurado por unas bolsas de cereal, tras las cuales un agente apostado asomaba su cara de chinazo y la boca de un máuser que la repartición no había radiado del servicio activo. Se enfiló la boca del mauser con un ojo del chino, que cerró el otro.

—Alto!

—Parte para el oficial de guardia! —dijo Alcaraz.

—Buenas tarde, agente.

—Qué se le ofrece?

—Dígale al oficial que lo busca un colega.

—Parte para el oficial de guardia! —pegó el grito el centinela.

Tras la barricada emergió otro par de ojos que se entrecerraron para iluminarse luego, de súbito. El oficial se puso en pie, abriendo los brazos.

—Prudencio Alcaraz —exclamó mientras saltaba las bolsas.

—Muchacho! —respondió El Cabo de Saladillo y los hombres se confundieron en un abrazo muy palmeado.

Momentos después Prudencio y el oficial conversaban, mate mediante, en el despacho blanqueado a la cai, bajo la advocación del escudo nacional y del texto enmarcado de ciertas disposiciones atinentes a ebriedad y juegos prohibidos que ornaban el lugar. Había olor a pintura y *acaroina*. Un cuarto de hora parlamentaron los policías, transcurrido el cual salió Alcaraz.

—Hasta luego, don Prudencio. Todo se hará como arreglamos. Descuide.

—Adiós, señor —remató El Cabo, agregando respeto al grado del superior. Respeto que había sido soslayado por la emoción del encuentro imprevisto.

Emprendió Alcaraz la vuelta hacia el médano donde aterrizaran. Caminó a campo traviesa. El sol ya estaba dos cuartas sobre el horizonte y era una bocha enrojecida que ensangrentaba el paisaje, animado por los gritos de algunas aves, pobladoras de cañadas invisibles. Llegó el policía cuando Mangiaterra estaba recriminando algo a Filisteo, en cuyas mejillas el verde proyectado por la visera se mezclaba con el rojo del sol en fuga, produciendo una combinación fantástica.

—El pueblo entero está sublevado y parece controlar la situación —informó Alcaraz, fidedigno—. Las fuerzas policiales se han refugiau en la comesaría.

—Vamos ya —exultó Mangiaterra—. Filisteo, prepare la máquina de fotos... y no se olvide del flash, grandísimo inservible!

Un tono sombrío cubrió las mejillas del hombrecito, agregando otro ingrediente a la mescolanza cromática. Sin embargo no chistó y cargó los bártulos indicados. Partieron todos.

Cuando arribaron al pueblo, el horizonte había cercenado la mitad del sol fugitivo. Un baño escarlata cubría parcialmente los troncos de los eucaliptos, las fachadas sin revocar, el tanque del agua de la estación, las copas de los sauces que asomaban por sobre la intimidad de un patio. Y aquellas partes no alcanzadas por la claridad del ocaso aparecían ya en sombras. Torrecita se vestía de rojo y negro para recibir a Mangiaterra Dupont.

Desembocaron en la plaza, donde la agitación había decrecido, sin desaparecer no obstante. El resplandor de las fogatas agregaba pinceladas púrpura a la púrpura del atardecer. Grupos desperdigados se mantenían al pie de los *plátanos* podados sin misericordia y algunos gritos cruzaban el aire. Atado al solitario semáforo donde tuvieran principio los acontecimientos, permanecía el sulky de Contreras. De puro rascarse, el mancarrón se había sacado la cabezada, que apenas estaba enganchada a una oreja del animal. Mangiaterra estimó que aquel sulky resultaría tribuna propicia para su oratoria y se dirigió a él.

Gimieron los elásticos bajo el peso del prohombre. Filisteo debió apuntalarlo para que no perdiera el equilibrio al escorar el carruaje. Por fin, Mangiaterra se irguió dominando la plaza.

—Empiece a sacar fotos, marmota! —conminó a Filisteo, quien aprontó sus instrumentos.

Al primer fogonazo del flash la gente prestó atención y empezó a convergir en torno al sulky de Contreras, observando con curiosidad a los recién llegados. Mangiaterra se infló de satisfacción. Filisteo siguió disparando el flash. Mangiaterra adoptó postura de orador, empinado sobre el sulky. Visto el apronte, alguno

chistó pidiendo silencio al público reunido, que ya era mucho. Filisteo cambió su ubicación para lograr algunas tomas que, dejando en primer plano la cabeza del caballo, registrarán a su patrón arengando al gentío, que aparecería como fondo de la escena.

Mangiaterra llenó de aire los pulmones para iniciar su floreo retórico. Enfocó Filisteo la cámara. El público guardó silencio. Abrió la boca Mangiaterra. Filisteo disparó el flash. Para qué lo disparó.

Sorprendido por el fogonazo disparado en su hocico se espantó el mancarrón. Cayó la cabezada apenas sujeta a una oreja. Con el disparo del flash disparó el matungo. El arrancón despidió a Mangiaterra cuya monumental humanidad trazó una amplia parábola que concluyó en medio de la calle. La cámara registró la parábola mientras una expresión regocijada animaba los rasgos mustios de Filisteo. Formidable carcajada estalló en la plaza de Torrecita. Una carcajada que subió clamorosa hacia el cielo púrpura. Una carcajada estentórea, sustantiva, alegre y saludable, que pareció poner en retirada los duendes agrios de la rebelión. Sentado en medio de la calle, acribillado por los destellos del flash, circunscripto por un corro convulso de risa, Mangiaterra Dupont resumía toda la confusión, la humillación y el odio del mundo.

Pero no terminó allí la cosa. De pronto se rompió el cerco que rodeaba al prócer y apareció el agente Godoy que, sin contemplaciones, tomó un brazo del caído, haciéndolo levantar de un tirón.

—Marche preso, forastero! —ordenó el vigilante —A ver si se deja de soliviantar al público!

Filisteo seguía sacando fotografías. La gente se seguía riendo. Godoy y Mangiaterra se alejaron rumbo al destacamento policial. Un gesto travieso jugó en los labios de Alcaraz. Volviéndose hacia Filisteo dijo:

—Vamos a tener que escapar, amigo. Cuando se den cuenta que nosotros vinimos con el doctor también nos van a mandar al calabozo.

Filisteo no se hizo repetir la recomendación. Empacó sus trastos y, junto con Prudencio, emprendieron discreta retirada. Ya cortaban campo cuando preguntó El Cabo de Saladillo:

—Puede volar de noche su aparato?

—Sí, señor. Tiene todos los instrumentos necesarios.

Estaba oscuro cuando decolaron. *Por un momento sintióse Prudencio acometido por cierta sensación de vanidad ante el éxito de su misión.* Mucho había averiguado respecto a Mangiaterra Dupont; además, lo había sacado de circulación sin aparecer comprometido en ello. Filisteo, que no decía nada, rebosada satisfacción y desquite.

Las luces de posición del helicóptero, emergiendo desde las entrañas de aquel médano, confirmaron ciertos relatos sobre luces malas que corrían por la zona.

X

EL ANGEL DE LA CALLE HORNOS

Gerónimo P. Mooney, Liberal Intachable, puesto a detective resultaba también detective intachable. Intachable según se miren las cosas pues, si un polizonte ha de pasar inadvertido, eso difícilmente lo habría de lograr nuestro hombre. En cambio, si entendemos por detective intachable a un personaje que invista en plenitud la traza de un pesquisa convencional, entonces cabría calificar con nota sobresaliente la caracterización de Mooney. En efecto, pulcro y preciso, dado que tenía que iniciar un seguimiento, el notario no omitió elemento alguno que correspondiera al equipo de un clásico investigador privado, ateniéndose estrictamente a las reglas establecidas en la materia. Así, una vez que recibió de Olañeta los legajos necesarios para conocer a fondo las características de aquella persona a la cual tendría que perseguir durante veinticuatro horas, Mooney se fue a su casa y ultimó los preparativos que consideró indispensables. Concluidos los mismos, su aspecto no difería en nada del atribuido a Sherlock Holmes por la iconografía del caso: gorra y capita de "tweed" a cuadros, pipa de generosa cazoleta, lupa gruesa como traste de botella, polainas decimonónicas y, en el bolsillo, un revólver utilizado en la guerra de Crimea. Se moría de calor don Gerónimo pero consideraba incorrecto proceder de otro modo: siempre vestía conforme a las circunstancias.

Cubierto por su capita tórrida, tocado con su gorra bataraza, tosiendo a causa del humo de la pipa (nor-

malmente Mooney no fumaba) y algo ladeado por el peso del revólver, El Liberal Intachable se disimuló en el quicio de una puerta que se abría sobre la calle General Hornos, en el barrio de Constitución. Ocultaba su rostro tras un diario. Precisamente este asunto del diario lo había puesto en un dilema pues, respetuoso de las costumbres, consiguió al efecto un ejemplar del *Times*; pero, lamentablemente, el ejemplar era de fecha atrasada, lo cual supuso Mooney constituiría un detalle sospechoso que podía poner en peligro el éxito de su misión; por lo tanto, luego de muchas cavilaciones, reemplazó el viejo número del *Times* por uno reciente del *Buenos Aires Herald*. Pues bien, caracterizado como se dijo, parapetado tras el Buenos Aires Herald y disimulado en un portal del barrio de Constitución, Gerónimo P. Mooney vigilaba discretamente la casa de enfrente, llenando de sobresalto a los ocasionales viandantes. Recién había pasado el mediodía.

La cuadra de una típica calle de barrio se extendía ante los ojos del falso Holmes: sucesión de casas bajas, coronadas por balaustradas donde la ausencia de algunos pilastrines recuerda la sonrisa de un chico que cambia los dientes. Hay puertas cancel y cortinas de macramé. Hay higueras que asoman por los fondos. Hay música de canarios y fórmulas electorales pintadas en los zócalos. Hay un arroyito jabonoso corriendo junto al cordón de la vereda. Hay un buzón. Pero, quebrando esa monotonía amable, se destaca una casa discrepante. Carece de estilo, aunque pretende ser moderna a fuerza de ángulos rectos y asimetrías molestas. Fea, desapasible, su frente está cubierto con un revestimiento de vidrio molido que lastima y reverbera. Fea pero cara, como dijo alguien. Allí vive América Torres y esa es la casa que vigila Mooney.

El doctor Cíañeta había elegido a América Torres como prototipo de aquella fuerza que, con discutible precisión, denominara Resentimiento Abajador y que —siempre conforme a las peculiares teorías del jurista— integraba el plexo siniestro reunido en la Gran Conjura. Sin embargo, supuesta la existencia orgánica

de tal fuerza abominable, sin duda América Torres constituía uno de sus representantes más acabados. Parienta de Darwin Torres¹, un ácido personaje cuyas peores características compartía, América almace- naba una de las cargas de resentimiento más formi- dables que darse puedan. Para peor, ese resentimiento no era expreso ni obvio; antes bien, aparecía envuelto por velos que aparentaban desinterés, espíritu indepen- diente, sentido justiciero, cualidades todas que consti- tuyeron pasaporte apto para que América alcanzara posiciones preeminentes y su palabra fuera escuchada en muchos ambientes como la de un oráculo irrepro- chable. Fea a más no poder —como su casa—, granos y verrugas adornaban la faz de América; una fuerte bizquera le afectaba la mirada esquiva; dientes postizos poblaban de chasquidos su boca y un pelo pajizo y ralo le cubría el cráneo, cuya bóveda se insinuaba en la zona de la coronilla. Desagradable facha, por cierto, la que lucía América Torres.

Veamos ahora la trayectoria del esperpento. Llegó al mundo en un parto complicado y fue el suyo un llanto incesante a lo largo del primer año de vida, durante el cual sus padres prácticamente no pegaron ojo. La aparición de los primeros dientes permitió a la infanta repartir tarascones a diestra y siniestra, costumbre ésta que determinó la fuga de parientes y allegados, que dejaron de visitar la casa. En cuanto a los habitan- tes de la misma —incluidos un perro y dos gatos— mos- traban todos la impronta semi-circular de las temibles dentelladas. Tenía un par de años cuando la invitaron a la primera fiesta infantil: primera y última fiesta donde la invitaron, ya que su conducta fue tal que na- die osó correr riesgos volviéndola a invitar. Resultó lamentable el estado en que quedaron aquellos niños que tomaron el pedazo de torta apetecido por Améri- ca, que sacaron el premio deseado por ella, que se des- tacaban por su elegancia o que, por cualquier razón, llegaron a merecer elogios por parte de los mayores: la ferocidad, el empuje y el denuedo puestos en eviden- cia por la tierna infanta al atacar estremecieron al con-

¹ Ver "Frida", novela del mismo autor.

curso. Sin embargo, superadas las etapas primeras de su vida, no volvió a exhibir tan magníficas condiciones para la lucha franca pues, a poco de ingresar en el Jardín de Infantes, trocó esos métodos frontales por otros quizá menos vistosos pero más eficaces y cubrió con disimulo sus acciones tendientes a destruir toda suerte de supremacías. Así, no recibió nunca una reconvencción de sus maestros pero, mientras mantenía un Boletín impoluto, lograba destronar a sucesivos primeros-de-la-clase que caían de su pedestal envueltos en la sutil delación, la calumnia inasible y la zancadilla artera con que América Torres minaba las bases de su prestigio.

Fue precisamente en el colegio donde fundó la primera de tantas agrupaciones como presidiría en el transcurso de los años. Aquella entidad precoz se llamó "La Caperucita Negra" y su fin expreso era nuclear a todos los alumnos que tuvieran problemas de estudios, conducta o relación con los demás, a fin, se supone, de mejorar su condición. Pero, de hecho, en vez de ayudar a los menos dotados, la organización servía para perjudicar a los que sobresalían por la razón que fuera. A partir de su fundación, la lucha contra los primeros-de-la-clase que, hasta entonces, realizaba América a título individual, se convirtió en una labor llevada a cabo societariamente. Con motivo de esa labor pronto debieron exilarse de la escuela no solo los primeros-de-la-clase sino los campeones de balero, bolitas y rayuela; los varones más pintones y las chicas por las cuales suspiraban diminutos galanes; también se fueron quienes dibujaban los mejores mapas, escribían composiciones inspiradas o poseían letra perfecta. En realidad "La Caperucita Negra" no logró beneficiar en nada a los alumnos deficitarios que la integraban pero, en cambio, consiguió que sus falencias resultaran menos notorias al liquidar aquellos puntos de referencia que las ponían de relieve por contraste. La gestión de América al frente de "La Caperucita Negra" signó definitivamente el destino de la fundadora. De allí en más su vida toda estuvo al servicio de causas análogas a las que sirviera desde la curiosa organización escolar. No hubo prestigio, por grande que fuera, ante el cual se arre-

drara la tenaz luchadora. A "La Caperucita Negra" sucedió la "Liga Igualitaria" y a ésta la "Asociación Fraternal anti Privilegios" (AFRAPRI), simultáneamente con la cual funcionó "Prerrogativas y Títulos Nunca Aceptaremos" (PRETINA). Escudada tras cualquiera de estas siglas, la brega de América coincidió a veces con distintas y hasta opuestas corrientes políticas que la apoyaron conforme a las circunstancias del caso: el pensamiento liberal la alentó en su acción dirigida contra regímenes estatistas; fue aplaudida por la izquierda cuando se lanzó a derrocar gobiernos militares; ambas corrientes sumaron su aliento cuando enfrentó el autoritarismo de un caudillo popular; los populistas la acompañaron en su prédica anti aristocrática. Pero América Torres no procuraba apoyos ni alientos, pues su fuego sagrado le bastaba para sostenerla cuando de abatir lo sobresaliente se trataba: era una auténtica aplanadora de toda eminencia o relieve.

Los sucesos que se eslabonaron a partir de la Rebelión de los Semáforos llenaron de júbilo a la gladiadora igualitaria y, en medio de la ebullición, se la vio participar de ellos activamente, dejándose llevar por la ola rebelde; quemó automóviles, saqueó salones de Directorio; rasgó expedientes; desnudó viejas... Cuando, poco después del mediodía, salió de su domicilio en la calle General Hornos, la bizquera de su mirada se había acentuado y el matorral exiguo de su pelambre fingía una llamarada de tintura. Tal era su estado de ánimo que no reparó en la estrafalaria figura que, parapetada tras un ejemplar de Buenos Aires Herald, vigilaba desde la vereda de enfrente. De un ejemplar del Buenos Aires Herald que se movió en pos de América Torres cuando ésta tomó por Hornos hacia el Riachuelo.

Perseguidor y perseguida hicieron dos cuadras. Sortearon los nudos de tráfico que se habían ligado en las esquinas. Los automóviles abandonados iban adquiriendo traza de chatarra. Una tenue pelusa de herrumbre aplacaba el fulgor de los cromos. Ligeros velos de polvo cubrían los vidrios. Había neumáticos desinflados, charcos de aceite, sobras de comida, moscas. América caminaba velozmente, haciendo sonar los tacos torci-

dos sobre las baldosas: una sonrisa oblicua animaba su expresión particularmente decidida. Detrás de ella, Mooney sudaba la gota gorda bajo la capita a cuadros, fijos los ojos en su presa por sobre el Buenos Aires Herald que, con ambas manos, mantenía desplegado frente suyo mientras avanzaba. América hizo un cuarto de giro (derecha, deré!) y, los puños en la cintura, se quedó mirando una casa ubicada exactamente en mitad de cuadra, sobre la otra vereda.

Tratábase, sin duda, de una casa notable. Verja de hierro, sostenida por robustos pilares y cuajada de jazmines, delimitaba el jardín que se extendía frente a ella. En cuanto a éste, si bien no aparecía descuidado, tampoco delataba una atención prolija: macizos de hortensias vestían de azul los rincones sombríos; una santa-rita enorme embozada el horror de cierta medianera; simétricos, dos *oleoïragans* con porte de árbol embalsamaban el ambiente; el sol se acostaba sobre un césped que, lejos de la felpa artificial de los "greens", recordaba más bien praderas circunscriptas; donde el sol no alcanzaba había penumbras vegetales, alfombradas por hojas en derrota. Varios escalones de mármol llevaban hasta la puerta flanqueada por columnas. El frente era celeste y blancos los frisos, las cornisas, los dinteles, las ochavas, las molduras, los balaústres... Celestes los paños de pared, blancas las guirnaldas y las flores y las frutas y los medallones y las alegorías que enriquecían ángulos y rodeaban ventanas y guarnecían puertas y prestaban apoyo a los antepechos. Blanco y celeste claro, cuyos tonos pastel armonizara un maestro de obras que, allá por fin de siglo, trasladara su intuición colorista desde el Mediterráneo al barrio de Constitución.

Una torrecita con su veleta coronaba la fachada de aquella casa deliciosa y allí, en la hornacina excavada a media altura, un ángel tañía su laúd de mármol. Un ángel blanco en el cual la pátina de muchos otoños había acentuado relieves y volúmenes. Un ángel escapado de un cielo italiano que acariciaba las cuerdas silenciosas de su laúd sobre las azoteas y las antenas de televisión y la ropa tendida por los vecinos de la calle General Hornos.

La casa y el ángel eran el orgullo del barrio, sobre el cual se destacaban, dignificando su modestia laboriosa. Es cierto que, con el tiempo, llegaron fábricas, se edificaron talleres y se alzaron chimeneas; sin embargo, no bastó la imponente utilitaria de esos talleres y fábricas y chimeneas para abatir la tutela que el ángel y la casa ejercían sobre el lugar. Por eso, América Torres odiaba esa casa y ese ángel que se destacaban, que sobresalían, que eran admirados y amados.

Lo curioso es que el prestigio de "Villa Cristina"—como se llamaba la finca, según rezaban sendas leyendas colocadas a la entrada— nada tenía que ver con sus dueños, de quienes poco o nada se sabía. Respecto a ellos, existían versiones confusas y románticas que hablaban de una muchacha enamorada cuya muerte temprana determinara el abandono de la casa que—efectivamente— permanecía con sus celosías herméticamente cerradas y solo de tanto en tanto era visitada por un jardinero silencioso. Lo cierto del caso es que, como se dijo, el encanto del sitio resultaba autónomo, independiente de sus enigmáticos propietarios. Por eso América Torres no aborrecía a éstos sino a la casa en concreto y, muy particularmente, al ángel músico que la coronaba.

Desde la vereda de enfrente, puesta en jarras y acentuada la acidez de su sonrisa, América Torres se quedó mirando el ángel. Gerónimo P. Mooney, siempre parapetado detrás del Buenos Aires Herald, entró en un zaguán próximo.

Pasó un rato. América parecía esperar algo. Y aquello que América esperaba sucedió cuando uno de los tantos grupos vociferantes que discurrían por la ciudad desembocó en General Hornos, proveniente de una transversal. Se trataba de una patota capaz de sobresaltar a cualquiera y que lideraba un flaco con pinta de intelectual que, por toda prenda, lucía un par de anteojos. Conferenciaron la Torre y el de anteojos: ciertas consignas corrieron de boca en boca y un murmullo amenazador creció entre los integrantes de la patota, que se dirigieron hacia una obra en construcción cuyos andamios desde allí se divisaban.

América Torres ya se había apoderado de la jefatura del grupo cuando éste regresó para iniciar el ataque a la casa, provisto de vigas que harían las veces de arietes, de ladrillos que oficiarían de proyectiles, de barreras, de picos.

Mooney, que por un momento había envidiado a los propietarios de la casa, sintió lástima por ella al verla asediada, indefensa, levantada contra el cielo su torrecita airosa e ingenua.

Cuando se inició el ataque se oyeron algunos *muestras* que parecían dirigidos contra personas vivas, aunque la casa manifiestamente estaba vacía. El ángel seguía pulsando su laúd silencioso. Resonaron los improvisados arietes contra el portoncito que daba acceso al jardín, asegurado por una cadena con candado. Eran golpes sordos que sobrevolaron el barrio como la voz de una campana doblando a muerto. Por fin, desgonzado, el portoncito cedió y penetró el grupo devastador. La faz de América estaba iluminada por una expresión triunfal.

El jardín fue destrozado prolijamente y una excitación en alza hacía presa en la patota, como la borrachera amarga de un vino fuerte. Aparecieron hachas y segures a cuyo influjo resultaron abatidos los brazos de la santa-rita, quedando al descubierto la desnudez de aquella medianera. Fueron tronchados los *oleofrágans* y entre el follaje aparecieron muñones crueles. Cual un cortinado que se viene abajo cayó el *jasmín del país* que cubría de estrellitas parte del frente. Eructos y sudores impusieronse a los aromas del jardín invadido. Y de inmediato el asalto alcanzó la casa.

El número de atacantes crecía continuamente. Convocados por la borrachera destructora llegaban de todas partes nuevos demolidores. La patota inicial había transformado en una multitud que se multiplicaba vertiginosamente y que hollaba los despojos vegetales del jardín, privaba la casa de su zinguería arrancando canaletas y descolgando cenefas, trizaba vidrios de colores, hundía persianas, partía azulejos celestes. .

Una niebla de polvo lo envolvía todo y, en medio de ella, la pequeña muchedumbre gritaba, rasgaba, golpeaba, rompía... En el centro de la vorágine, América Torres disfrutaba su venganza.

Pronto los invasores estuvieron dentro. El primero que ingresó se sintió cohibido. Tal vez la penumbra que velaba el interior, tal vez una fragancia de viejas maderas y melancólica humedad, tal vez su propio remordimiento, frenaron el avance del hombre. Fundas claras cubrían los muebles. Se estremeció el piso de tablas y, seguramente a raíz de ello, cayeron pulverizados los pétalos de un ramo colocado en su jarrón. Libros finiseculares mostraban tenues dorados desde los anaqueles. Tintinaron los caireles de una araña...

Fugaz fue la vacilación del primer atacante pues pronto lo siguieron otros que con sus exclamaciones rompieron el hechizo transitorio. Arrancados los visillos, abiertas las persianas, la cruda luminosidad del mediodía se metió a chorros en la sala y, junto con ella, a chorros entró la multitud. Alguno salió tocado con una capelina lila; otro estrellaba tulipas de opalina; aquel se guardó un reloj cuya esfera prolongaba la hora de un día lejano; antes de enmudecer, las cuerdas de un piano llenaron de vibraciones el lugar; desparramados por el piso quedaron daguerrotipos esfumados, cartas escritas con tinta violeta, partituras de vales olvidados.

Pero tal apoteosis destructiva no bastaba a América Torres. En efecto, por sobre la desolación creciente, por sobre la mascarada arrasadora, allá arriba, emplazado en su hornacina, el ángel seguía tañendo su laúd silencioso. Y América veía en el ángel algo así como el espíritu tutelar del barrio, que aún lo cobijaba desde la altura. Esta era una preeminencia que América no toleraba y fue para terminar con ella que instigó el asalto. De modo que, mientras la turba se ensañaba en su cometido, América Torres procuró canalizar hacia el ángel aquel impulso demoledor.

—Hay que bajar a ese! Hay que bajar a ese! —gritaba América, tendido el dedo hacia el cielo—. Hay que bajar a ese que está allá arriba!

Recogió en seguida un ladrillo que arrojó contra la

estatua. Falló el tiro y voló en pedazos un tragaluz que abría su ojo multicolor bajo la hornacina. Ante su ejemplo, otros recogieron ladrillos que tiraron contra el ángel músico. Pronto fue una lluvia de proyectiles —una lluvia inversa— la que subía hacia la torrecita. Sin embargo, curiosamente, ninguno alcanzaba la blanca figura. Saltaban pedazos de estuco, estallaban cristales, caían cornisas, pero nadie acertaba al ángel que, en su serenidad de mármol, seguía pulsando el laúd.

Ante el fracaso de la pedrea, resolvió América cambiar el modo de agredir al querubín. La torrecita donde estaba escavada la hornacina se apoyaba sobre una pequeña terraza sustentada por las columnas que flanqueaban la entrada. Con acertada intuición técnica América dedujo que, demoliendo aquellas, se vendrían abajo la torrecita, la hornacina y el ángel. Impartió las instrucciones del caso y, provista ella misma de una barreta, inició la demolición. A cada golpe se estremecía la terraza y oscilaba la veleta que remataba la torrecita. Progresivos mordiscos devoraban las columnas. La veleta, enloquecida, señalaba alternativamente los cuatro rumbos.

Por fin cedieron las columnas. En brevisima fracción de tiempo se quebró el nervio metálico de sus fustes, claudicó la terraza inclinándose violentamente, trastabilló la torrecita y se sacudió el pináculo de la veleta. Apenas los atacantes alcanzaron a ponerse en salvo cuando terraza, torre, hornacina y veleta se hundieron en medio de un volcán de polvo. Sordo bramido rodeó el derrumbe y confusamente se advirtió la catarata de escombros precipitada desde lo alto. América pegó un alarido de triunfo. Otro éxito se sumaba a los obtenidos en su carrera igualitarista. Ya no existía la torre. Sobre todo, ya no existía el ángel que se irguiera sobre las azoteas del barrio y que, desde la infancia de América, le obligara a levantar la mirada, gesto que aborrecía. De la torre y del ángel sólo quedaba una nube de polvo que, a poco, empezaba a disiparse.

América Torres esperó que se aplacara la polvareda para observar a sus anchas los restos del ángel destruido. Necesitaba contemplar los pedazos de la estatua rota. Lo mismo le ocurría a los demás depredadores:

de modo que la multitud formó rueda en torno a la nube que se diluía en el aire.

Cuando, por fin, quedó el sitio despejado, sufrieron los espectadores una leve decepción pues, entre el cúmulo de escombros, no era fácil distinguir los trozos de mármol que correspondían a la figura del ángel. No era fácil distinguirlos. Mejor dicho, era imposible, ya que ninguno aparecía entre las ruinas. Ni una partícula de mármol en el revoltijo de alfarías, baldosas, piedra-parís, ladrillos, vidrios y cenefas. Con América en primera línea dieron tres pasos hacia el montón de escombros para iniciar la búsqueda. Tres pasos dieron. Más o menos.

Fue en ese instante que se registró un ligero movimiento en las ruinas. Rodaron cascotes, desprendióse algo de polvo, se escuchó un murmullo leve. La multitud paró en seco, como fulminada por una premonición, fijos los ojos en el montículo de escombros. Y entonces, de entre las alfarías y las baldosas y la piedra-parís y los ladrillos y los vidrios y las cenefas salió volando una paloma. Una paloma blanca. Muy blanca. Una paloma blanca que se elevó hacia las nubes, veloz. Una paloma blanca que se perdió en el cielo, más allá de las azoteas y de las antenas de televisión y de la ropa tendida por los vecinos de la calle General Hornos. Un silencio total se aposentó en el barrio de Constitución. Un silencio que permitió oír, dulces y distintas, algunas notas musicales que llenaron la tarde. Luego, para explicar el suceso, alguno afirmaría que los hilos de teléfono, mecidos por el viento, producen a veces sonidos que recuerdan las notas de un laúd.

Más tarde varias palomas, algunas blancas, vinieron a posarse en las ruinas de la casa, otra vez solitaria.

XI

EL INGLES DE LA ISLA

La misión que el doctor Olañeta se reservara para si tenía alguna afinidad con aquellas batallas legales que, en calidad de defensor honorario de las prerrogativas estatales, librara contra variados complejos económicos cuyas actividades, a entender del jurista, perjudicaban a la sociedad burlando disposiciones tendientes a una mejor distribución de la riqueza. Tal gimnasia pleitista le había otorgado experiencia y aptitud para moverse en el intrincado mundo de las vinculaciones comerciales encubiertas, los Directorios de paja, el control de paquetes accionarios mediante sutiles mecanismos, las dobles contabilidades, los asientos fraudulentos... Por lo tanto, llegado el momento de poner al descubierto la intervención que, en los sucesos acaecidos a partir de La Rebelión de los Semáforos, le pudiera haber correspondido a La Angurria Acumuladora, Olañeta entendió hallarse en condiciones óptimas para demostrar tal intervención, como así también los vínculos existentes entre esa fuerza con La Gran Conjura que —siempre conforme a la tesis de aquel— preside el derrumbe de la Civilización Occidental. En consecuencia, fue el mismo Olañeta quien se lanzó tras los pasos de Richardson Lamadrid R. C.

Richardson Lamadrid provenía del hogar formado por el gerente británico de un ferrocarril también británico por entonces, que contrajera matrimonio con

una niña de la sociedad porteña, descendiente ella de guerreros de la Independencia y de estancieros tronados en la crisis del 29. Estudió el chico en un colegio inglés de Quilmes donde llegó a destacarse como "pitcher" en los "sports" anuales, amén de desempeñarse aceptablemente en carácter de medio-scrum cuando el equipo de rugby del colegio realizó una discreta campaña en cuarta división. Luego, el pequeño obtuvo una ambigua licenciatura en Gran Bretaña y, provisto de estimable musculatura, varios trajes bien cortados, un lenguaje lleno de carraspeos, cierta afición al golf y una condecoración obtenida en El Alamein, retornó al país para emprender la carrera de los negocios.

Tal vez el éxito obtenido obedeciera a las numerosas relaciones anudadas por su padre —Vigilante del Gran Secreto según el rito escocés—; quizá le ayudara la expresión franca de sus ojos celestes; acaso influyera el aire de absoluta incomprensión que asumía cuando se le planteaba un problema delicado —cualquiera de esas circunstancias pudo influir. Vaya a saber cual. Pero lo concreto es que el más fulgurante de los éxitos acompañó la trayectoria de Richardson Lamadrid. Vinculado primeramente a los intereses británicos rigió frigoríficos, compañías de seguros, importadoras y agencias de navegación. Cuando declinó el predominio inglés, fundado en su apellido materno mezclóse con la juventud aborígen lanzada al mundo de la especulación financiera. Luego ganó la confianza norteamericana y, como mascarón de proa de varias empresas yanquis, se internó en los mares del petróleo, las gaseosas, los cosméticos... No se crea, sin embargo, que esas variaciones en la actividad del muchacho implicaran reemplazos o sustituciones. De ningún modo. Nunca reemplazaba sino que sumaba. Cuando se dedicó a la especulación financiera —codo a codo con el patrio— no cedió posiciones en el campo de la industria frigorífica, del seguro, de las importaciones. Al irrumpir en los ambientes petroleros, gaseosos, perfumistas, tampoco dejó de especular. Así, mientras los trépanos de una compañía por él presidida horadaban la plataforma submarina cerca de la isla de los Esta-

dos, desde las mesas de dinero de sus financieras se anudaban operaciones que reportaban comisiones a varias puntas, sin que por ello las cámaras de sus plantas frigoríficas dejaran de enfriar medias reses.

Claro que al mencionar algunas de las actividades de Richardson Lamadrid me he dejado llevar por la acepción convencional de las palabras pues, en efecto, sería discutible emplear el vocablo *actividades* para la tarea desarrollada por nuestro héroe. Y vuelvo a equivocarme al hablar de tarea ya que, en rigor, aquello que llenaba su tiempo y daba sentido a sus horas tampoco podría calificarse como tarea. Porque sabido es que la gente muy ocupada ya no se ocupa de nada. Nadie ignora que una persona que tiene muchos puestos no trabaja en ninguno. Esa era la situación de Richardson cuyo cometido, al frente del imperio económico que encabezaba, se reducía a firmar algún acta de vez en cuando, concurrir a ciertos almuerzos ineludibles, acompañar a funcionarios suyos cuando debían exponer problemas a un Ministro o viajar al extranjero para toser en determinadas reuniones internacionales. Esto, sin embargo, es apenas una disgresión, ya que no empaña el hecho básico e indubitable de que Richardson Lamadrid R. C. constituía una potencia económico-financiera. En cuanto a las iniciales que seguían a sus apellidos, nadie sabía a ciencia cierta qué querían decir. Múltiples enigmas encierra el alma inglesa y estos se hacen patentes en pequeños detalles que sorprenden a las gentes del continente: de los continentes para ser más preciso. Uno de tales detalles, tan incomprendibles como la popularidad en las islas de ese libro idiota que es "Alicia en el país de las maravillas", lo constituyen las misteriosas letras que los súbditos de Su Graciosa Majestad suelen enganchar a la zaga de sus nombres respectivos. En lo que se refiere a las que Richardson colocaba como furgón de cola del Lamadrid materno, habían dado lugar a toda clase de hipótesis. La menos respetuosa de esas hipótesis fue la formulada por un cadete de su importadora, quien suponía que las mismas —R. C.— indicaban sencillamente que el míster era hinchado de Rosario Central.

La reseña que antecede resulta ilustrativa para enten-

der porqué Olañeta había elegido a Richardson Lamadrid R. C. como arquetipo de la Angurria Acumuladora, fuerza nefasta ésta vinculada con la Gran Conjura. En efecto, dentro del territorio nacional pocas personas reunían en sus manos tal número de hilos como los que confluían en los dedos de Richardson, capaces de mover intereses tan variados e importantes. Vacas y novillos ingresaban a sus mataderos y, por medio de sus exportadoras, salían de sus muelles atravesando los mares en sus buques, cubiertos por sus compañías de seguros, cuyas carteras eran alimentadas con pólizas impuestas por sus financieras a los tomadores de créditos que se reinvertían en acciones de sus petroleras; quienes proveían de materia prima a sus perfumerías, las cuales colocaban sus ganancias en tierras aptas para producir vacas y novillos que ingresaban a sus mataderos... Tan vasta satrapía pecuniaria descansaba sobre infinitos vínculos formales y tácitos, constituídos por contratos, actas, documentos y contradocumentos, cartas de intención, certificados de depósito de acciones, compromisos verbales, palabras de caballero, lazos de parentesco, coacciones, simpatías, estados de necesidad, chantaje, vínculos muchos de ellos conocidos por Olañeta que había dedicado largas horas a descubrirlos, estudiarlos, clasificarlos, verificarlos. Gracias a sus pacientes pesquisas, El Extravagante Picapleitos sabía a ciencia cierta el papel que jugaban en el poderoso grupo económico 54 empresas aparentemente independientes entre sí. No obstante tan loable empeñó investigador, ignoraba Olañeta que —de un modo u otro— también integraban dicho grupo 79 compañías más. Pero aquello que ya conocía bastaba, aparentemente, para confirmar sus teorías relativas a la Angurria Acumuladora. Si de lo que se trataba era de hallar al perfecto representante del monopolio, el acaparamiento y el poderío económico multiplicador, allí estaba Richardson Lamadrid R. C. como su exponente más acabado. De modo que era lógico lanzarse tras la cabeza del pulpo para conocer sus andanzas y, por medio de ellas, acreditar fehacientemente la participación de la Angurria Acumula-

dora en la Gran Conjura y la participación de la Gran Conjura en la Rebelión de los Semáforos. A las doce en punto, tal como se había convenido, el doctor Olañeta se puso en campaña.

A las doce en punto, tal como se había convenido, el doctor Olañeta ingresaba a un gran edificio de la Avenida Corrientes en cuyas puertas de vidrio, escrito con letras doradas, leíase: "La Previsora del Cosmos". En caracteres más pequeños y a modo de lema decía: "A seguro lo llevaron preso". Era aquella, por supuesto una de las compañías del grupo Richardson Lamadrid.

En el indicador de la Planta Baja figuraba: *Piso 14º - Directorio - Presidencia - Gerencia General*. Olañeta emprendió la subida por las escaleras, pues la ausencia de electricidad había inmovilizado los ascensores. Llevaba un plan perfectamente trazado. En efecto, la posibilidad de acceder a Richardson no estaba al alcance de cualquiera, desde el momento que infinitas secretarías oficiarán sin duda de filtro, donde quedarían detenidos todos aquellos visitantes molestos que intentan perturbar la fecunda tranquilidad de los grandes hombres, como ser: pechadores, postulantes, propietarios de ideas irrealizables, locos lúcidos y cuerdos tupidos, olvidados compañeros de colegio, primos ignotos, vendedores... Pese a las justificadas resistencias con que suelen tropezar los vendedores para atravesar el umbral de los despachos importantes, Olañeta había resuelto hacerse pasar por uno de ellos a fin de acercarse a Richardson Lamadrid R. C. Claro que, para eso, eligió cuidadosamente la mercadería que simularía ofrecer, la cual debía resultar suficientemente atractiva como para voltear cuantas barreras le cerraran el paso. Nada de libros, nada de telas de contrabando, nada de artículos-para-el-hogar, nada de loteos llenos de futuro... Nada de eso.

Olañeta, como sabemos, había estudiado con cuidado sumo el rompecabezas societario que constituía el reino de R. C. Pero no se redujo a eso. Así como llegó a conocer buena parte de las piezas con que contaba tal rompecabezas, supo también qué piezas le faltaban.

Mediante concienzudo análisis pudo determinar cuales eran las compañías cuya existencia impedía al grupo Richardson ejercer el control total en ciertos sectores productivos o comerciales. Una de esas compañías clave, una de esas piezas ausentes, era cierta pequeña empresa elaboradora de un producto anti-caspa. Con tiempo y paciencia el emporio Richardson habíase erigido en único enemigo de la caspa en el país; mejor dicho, casi único. Casi único porque allí estaba "Caspex S.R.L.", diminuta sociedad que, dueña de una fórmula casera tremendamente eficaz, vendía sus productos a precios que distorsionaban el mercado. Inútiles fueron los esfuerzos realizados para eliminar tan molesta competencia: succulentas ofertas de compra; intentos de fusión; *dumping*, soborno. No hubo caso. Dados estos antecedentes, Olañeta supuso con fundamento que, para acceder a Richardson, bastaría hacerle saber que portaba una oferta de venta de las cuotas sociales correspondientes a "Caspex S.R.L."

Pues bien, portador de su supuesta oferta, El Extravagante Picapleitos subía las escaleras de "La Previsora del Cosmos - A seguro lo llevaron preso" rumbo al piso 14º donde se aposentaban el Directorio, la Presidencia, la Gerencia General. Ardua subida por cierto.

Ardua e inútil subida, pues cuando Olañeta llegó al piso 14º, en vez de una disciplinada legión de secretarías que le cerrara el paso, se encontró con el caos. Con el caos que también había llegado a "La Previsora del Cosmos - A seguro lo llevaron preso". Muebles en desorden, alfombras chamuscadas, papeles dispersos, muchos por el piso, latas vacías, cortinas utilizadas como cobijas... Olañeta tomó escaleras abajo.

Panoramas análogos halló El Extravagante Picapleitos a lo largo de la gira que realizó, visitando sucesivos eslabones de la cadena que constituía el imperio Richardson. Incluso topó con algunos edificios calcinados hasta los cimientos. Así recorrió inútilmente "Internavy Líneas Marítimas", "Ice Carnaza Argentina S.A.", "La Londinense de González y Cía.", "La Madrileña de Smith & Sons", "Perfumes Snif" y otras. Siempre topó con el caos y la destrucción, sin encontrar a Richardson Lamadrid. Por fin, francamente desalenta-

do, entró en las oficinas de "Cash, Corporación Financiera SAFI", donde un ordenanza de marcado aire autóctono procuraba poner orden barriendo concienzudamente el piso, luego de acomodar los muebles y colgar las cortinas arrancadas. Se adivinaba en él a un hombre pacífico y respetuoso que, en el ojal de la solapa, lucía con orgullo un botón plateado con las siglas de la empresa. Olañeta, sin mayores esperanzas, se dirigió a él para preguntarle:

—Mister Richardson Lamadrid? Necesito verlo urgente.

—El señor no está.

—Y dónde lo puedo encontrar?

Desconocía el ordenanza la estrategia evasiva que aplicaba el personal próximo a R. C. para despistar visitantes. Seguramente por eso contestó con sencillez:

—Ha de estar en la isla.

—En la isla?

—No se lo garanto. Pero el patrón, en cuanto puede, se va a la isla. Eso es lo que le gusta y como aquí hace días que ya no se puede trabajar, digo yo que se habrá ido para la isla.

—Tengo que verlo por un asunto importante ¿podría decirme donde queda la isla?

—Si es por cuestiones de negocios, el señor no lo va a querer recibir allá.

—Es un asunto que a él le interesa mucho.

—Bueno, si usted lo dice.

El ordenanza suministró los datos necesarios para ubicar la isla, que resultó hallarse en pleno delta, sobre un riacho a trasmano, embozada por juncales extensos. Agradeció el abogado la información y se alejó, mientras el ordenanza seguía cumpliendo su deber en medio de la ciudad desmandada: resultaba conmovedor comprobar el cuidado con que manejaba el lampazo y la escoba.

Olañeta se fue a la Boca y, junto a un puente transbordador en desuso, negoció con varios boteros y patronos allí reunidos. Cerró trato con un calabrés setentrional, de manos enormes y brazos recorridos por abul-

tada hidrografía. El calabrés, dueño de una embarcación provista de un motor asmático, era un conocedor acabado de los secretos de agua, y aceptó la condición impuesta en el sentido de arribar a la isla con las primeras luces del alba, haciendo la travesía de noche. Declinaba el día cuando el barquito surcó la corriente oleosa del Riachuelo, derivando hacia el norte. Desde la popa, Olañeta dejó discurrir su mirada entre mástiles y jarcías, entre banderas y banderines, entre guinches y grúas, entre barracas y estibas, entre chimeneas signadas por anclas, estrellas y tritones... El calabrés masticaba un toscano.

Hacia el naciente comenzaba a desleírse el fulgor de las constelaciones cuando el patacho, abandonando la amplitud del canal cuyas olas jineteaba, se internó en un riacho mínimo que disimulaba su desembocadura entre juncales. Los ojos del calabrés horadaban la noche y establecían el oculto fluir de correnteras propicias; con idéntica precisión habían registrado el destello intermitente de las boyas y previsto el acecho de troncos flotantes, de cascos hundidos, de camalotes en marcha. Mediante poderoso impulso el barquito se lanzó contra la pared de juncos que se abrió ante su proa, delatando una canaleta que se internaba entre la arboleda de la costa. Dado lo arduo de la navegación, el calabrés prosiguió el avance usando un bichero a manera de botador. El grito áspero de una *viuda de agua* puso sobresalto en la madrugada.

El recorrido fue largo. A la indecisa palidez del alba sucedió una franca claridad que encendió el cielo y descubrió el panorama. Consistía éste en una vegetación tupida donde a trechos sangraba la lastimadura de algún ceibo.

Por fin llegaron a un recodo del riacho que se remansaba en una laguna cuya margen derecha prolongábase en una playita, a partir de la cual se extendía un limpión cubierto de pasto. En medio del limpión había una casa.

La construcción era de madera y un conocedor habría afirmado se trataba de una de aquellas casillas prefa-

bricadas que, en épocas ya lejanas, se importaban de Inglaterra para ensamblarse aquí, con destinos tan variados como cabinas de señales ferroviarias, cuartos de plancha en las estancias de la provincia de Buenos Aires, depósitos de palos de golf, vestuarios en incipientes clubs de fútbol. . . . Tenía el techo de zinc, ventanas guillotina, una galería perimetral con baranda y se asentaba sobre altos pilotes. La intemperie había sorbido viejas manos de pintura, de modo que la tablarazón aparecía blanquecina y reseca, como esos restos de naufragio que el mar abandona en las playas. Entre los pilotes que sustentaban la casa había un bote, redes colgadas, varios bicheros, algunos barriles. Dos perros dormían frente a los escalones que llevaban hasta la galería. El lugar exhibía ese orden precario que establecen los hombres solitarios en torno suyo y que se hace patente en los cuartos de pensión y en los refugios de montaña. Un orden utilitario, con reminiscencias castrenses y trashumantes. Desde la chimenea se levantaba una columnita de humo azul.

—Espéreme aquí —dijo Olañeta al calabrés, luego de desembarcar en un muelle fabricado con troncos, atado al cual se veía una línea de pesca, tensa por la corriente.

El sol asomaba el lomo sobre el horizonte; pero, como el horizonte no se veía desde el lugar, su llegada era un incendio que abrasaba el perfil de la arboleda por el este. Cuando avanzó Olañeta los perros empezaron a ladrar. Se detuvo el jurista y en lo alto de la escalera apareció Richardson.

El anglo-criollo tenía un lindo tipo de varón, flaco y musculoso. Una barba rubia, de varios días, le cubría la cara curtida y llevaba una camisa militar desteñida, pantalones cortos verdeoliva y botines de montaña con medias de rugby; usaba el pelo bastante largo y, cuando se asomó a la galería, esgrimía un tenedor con un pescado ensartado.

—Buen día —saludó Olañeta.

—Good morning —contestó el dueño-de-casa y se quedó callado.

A Olañeta se le había venido abajo la estantería. Perspicaz intuyó que la venta de "Caspex S.R.L." le impor-

taría un rábano al hombre cuyo austero placer consistía en alejarse del mundo, recluyéndose en los meandros del delta para vivir de un modo primitivo, inmerso en la naturaleza. De modo que se quedó sin pretexto para justificar su temprana visita. Para peor el inglés no era locuaz y se mostraba poco dispuesto a romper el silencio para facilitar una explicación.

—Va a hacer calor —comentó Olañeta por decir algo.

—Yes —respondió Richardson, escueto.

—Podría desayunar? —solicitó por fin el jurista para forzar la situación.

Vaciló Richardson, francamente molesto ante la irrupción de ese señor de chaleco y corbata que, curiosamente, se presentaba al alba en lo más agreste de las islas. Cedió sin embargo, contestando apenas:

—Yes.

—Gracias —murmuró Olañeta mientras subía la escalera, luego que el inglés chistara a los perros.

Entraron los dos en el único cuarto, donde ardía una llama que salía de cierto tubo clavado en el piso.

—Gas de los pantanos? —preguntó el visitante.

—Yes.

El cuarto estaba casi vacío. Había un coy naval atado a dos esquinas alternas, un machete de monte y anteojos largavista colgados de una percha que también sostenía un casco de corcho; dos sillas de mimbre; un ejemplar de la Biblia y otro de "Allá lejos y hace tiempo", ambos en inglés; apuntando hacia el remanso del riacho, un telescopio con trípode. Casi nada más.

Olañeta advertía que su presencia allí era inexplicable y falsa su posición. Pero no se le ocurría nada para justificarse. Deslizó vagamente:

—Estoy haciendo estudios.

—Well —aceptó Richardson, indiferente.

Cantaba el agua sobre la llama, Richardson abrió el pescado que estaba aderezando y lo colocó en una sarten. Arrimó una canasta con fruta, un pote de miel y galleta marinera. Luego dijo:

—Jumm. . . usted no vino solo.

—No, me trajo un hombre.

—That man no desayunó.

—No.

—Vaya a llamarlo.

Olañeta fue a buscar al calabrés. Los tres, silenciosos, tomaron un desayuno eglógico, con reminiscencias bíblicas. Ya concluían cuando el abogado no pudo contener su curiosidad y preguntó:

—Para qué el telescopio?

—Miro los pájaros.

—Ah.

No había caso de entrar en conversación. Richardson era correcto, hospitalario, respetuoso al extremo de la intimidad ajena o, tal vez, indiferente en absoluto a todo cuanto resultara extraño a su mundo fluvial y despojado. No se negaba a responder pero nada preguntaba. Probablemente tampoco hubiera preguntado nada si, en vez de Olañeta y el italiano, hubiera llegado a la casa un criminal prófugo o un astronauta.

Callados, terminaron el desayuno. Pese a que casi no habían cambiado palabra, una suerte de seca camaradería se había anudado entre los hombres: un sentimiento primario parecido al que vincularía a los integrantes de una patrulla de la Legión Extranjera en pleno desierto. Olañeta se puso en pie y tendió la mano a Richardson.

—Gracias, amigo —dijo.

—Don't mention it.

Apenas serían las seis de la mañana cuando el jurista y el calabrés emprendieron la vuelta. Richardson quedó fumando en la galería, sentado en una mecedora destartalada, los pies sobre la baranda y la mirada perdida en el follaje. Los del barquichuelo dejaron de verlo al doblar un recodo.

Ya en aguas abiertas, el motor impulsaba nuevamente la barca entre toses y estornudos. En proa, Olañeta viajaba perplejo. No obstante la existencia indudable del imperio económico de Richardson Lamadrid, se había equivocado al elegir al arquetipo para la Angurria Acumuladora. La voz del patrón lo arrancó de sus cavilaciones.

—El viaque ha sito más largo de lo que había pensado, dottore —dijo.

—Largo, sí —admitió El Extravagante Picapleitos.

—Troppo lungo.

—Así es.

—Io pierdo plata con cuesto viaque.

—Ya arreglamos precio y le pagué la mitad por adelantado.

—Non dico que no. Pero pierdo plata, dottore.

—Cómo que pierde plata? Con el barullo que hay en la ciudad son pocos los que hubieran contratado sus servicios. Además, usted normalmente no trabaja de noche, seguramente. De manera que no pierde nada.

—Trabaco notturno, tarifa speciale.

—Y qué es lo que quiere, al fin de cuentas?

—Para hacer negocio tengo que cobrarle el doble.

—El doble??!! No se aproveche!

—Como guste, dottore. Poedo decarlo in el porto de Olivo.

La codicia brillaba en los ojos del italiano. Y a Olañeta, además del malhumor que le producía la falta de palabra del nauta, el reclamo venía a herirle en un punto débil: *era bastante amarrete para algunas cosas.*

—Si me deja en Olivos no cobra ni un peso más de lo que le pagué. Pierde la mitad del viaje.

—Non se ponga así. ¿Partimo la diferencia?

—No partimos nada. Le doy un diez por ciento más.

—Chincuenta perchento más.

—Quince por ciento.

—Cuarenta e chincue.

—Veinte y me planto.

—Cuaranta perchento y areglamo.

XII

LA BATALLA EN EL TALLER POLENTA

A Marcial no le gustaba el disimulo. De modo que ni se le ocurrió cambiarse el uniforme que llevaba puesto cuando, a solicitud de Mario —el Poeta— se incorporó al cónclave convocado por Alcaraz junto a los pesebres de la calle Posadas. Con ese uniforme que seguía perfectamente planchado, lucientes las botas, ceñido el nudo de la corbata, Marcial inició su cometido en pos de La Violencia Extraviada.

Conforme a la documentación de Olañeta, La Violencia Extraviada tenía, para el caso, nombre y apellido. Mejor dicho, tenía nombre. O, mejor aun, tenía sobrenombre. Se llamaba Coco. Comandante Coco, con más exactitud.

La capacidad de Olañeta para reunir información era asombrosa. Hasta el punto de contar con datos notablemente fidedignos respecto al hermético mundo subversivo, encubierto por secretos mantenidos bajo juramento, alias impenetrables, capuchas, sistemas celulares intercomunicados por lazos sutilísimos... Pese a todas esas dificultades, El Extravagante Picapleitos sabía infinidad de cosas sobre aquel universo clandestino regido por la inclemencia y la dialéctica. Pues bien, entre el cúmulo de datos reunidos, el jurista seleccionó los correspondientes al Comandante Coco, cuya ficha extrajo de sus archivos y, junto con varios legajos, entregó a Marcial para que éste planeara el modo que estimara más oportuno a fin de ponerse tras los

pasos de dicho arquetipo guerrillero. Peligrosa misión, por cierto.

Precisamente el peligro resultó un aliciente para Marcial quien, luego de establecer un plan de campaña, completa la carga de su Browning 9 y, con un par de granadas en los bolsillos, a las doce en punto avanzaba tras su objetivo por la calle Acevedo, en el barrio de Palermo.

Los plátanos sombreaban el frente prolijo de las casitas que, hasta días antes, se alineaban junto a veredas bien barridas, aptas para la charla y el mate vespertino. Claro que eso era hasta dos días antes: ahora, la rebelión también había dejado impresa allí su huella deletérea, definida por la mugre y el disgusto. La sucesión de casas familiares cada tanto dejaba lugar al portón de una fábrica de soda que ponía burbujas en los almuerzos sabatinos; de alguna mercería cuya vidriera exigua anunciaba asimismo su misterioso carácter de bonetería; de talleres mecánicos donde se curaban motores bajo frescos parrales. Un taller era, precisamente, la meta de Marcial en su avance apenas recatado. Apenas recatado porque Marcial no era amigo del disimulo.

Taller Mecánico "Polenta" decía en la cortina metálica que cerraba la entrada. Borroso el recuerdo de Riganti, ya nadie advertía aquel homenaje que entrañaba el nombre del taller, bautizado así cuando el formidable gringo acaparaba triunfos entre barriales y polvaredas. La entrada del lugar daba a la ochava de Acevedo y Honduras y, como se dijo, estaba clausurada por la cortina metálica baja.

Muertos tiempo atrás los dueños del taller (ay, orfebres de la crapodina y el chicler!) sus herederos pusieron en venta el local que fue adquirido por dos hombres jóvenes, quienes instalaron en él una herrería. Ambigua herrería ésta ya que allí casi no aceptaban trabajos de encargo, manifestando los propietarios que debían hacer urgentes entregas a "un cliente grande". Ante las reiteradas negativas, en el barrio se fueron acostumbrando a no solicitar esas pequeñas soldaduras

y reparaciones domésticas que suelen encomendarse a las herrerías próximas. Sin embargo el "cliente grande" debía ser exigente, ya que los martillazos sonaban incansables dentro de la finca. Además, ingresaban materiales y partían camionetas con frecuencia, no siendo raro que tales movimientos se llevaran a cabo en horas de la noche. Además de los dos herreros, en el ex taller "Polenta" vivía una mujer. Los sosegados vecinos de la calle Acevedo ignoraban con cuál de los nombres estaba casada la mujer que, por cierto, era notablemente bonita. Tenía el pelo rubio muy corto y siempre andaba de pantalones, respondiendo escuetamente a las preguntas que, en el almacén o la panadería, le dirigían las matronas zonales. En una palabra, aquella no era gente corriente, si bien su conducta retraída y su urbanidad distante excluían motivos de queja al respecto. Hasta ahí lo que sabían los sosegados vecinos de la calle Acevedo.

Pero Marcial sabía muchas más cosas que los sosegados vecinos de la calle Acevedo. Marcial sabía que, detrás de esa cortina metálica donde aún rezaba "Taller Polenta", funcionaba un activo centro guerrillero. La casa había sido comprada con fondos de REPOPO (Rejimiento Popular Potemkin) y, mientras en el galpón del fondo se forjaban piezas que, junto con las manufacturadas en otros lugares, se ensamblaban luego para armar bazookas y metralletas, varios recintos subterráneos oficiaban de calabozos, imprenta y polígono de tiro. Tal complejo se comunicaba con la superficie mediante un acceso que partía desde la fosa del viejo taller. Y, en cuanto a ese acceso, estaba clausurado por una losa de hormigón, movida por contrapesos que se accionaban eléctricamente mediante el botón de arranque de un Ford "A" que, destartalado, yacía en un rincón del tinglado.

También sabía Marcial que la dotación estable de aquel "bunker" la constituían Boris, un refugiado poco que no se llamaba así y que, amén de marxista consumaz, era habilidoso artesano; Vera, cuyo nombre tampoco era veraz, hija de un banquero, linda a más no poder; y Coco, el Comandante Coco, figura destacada de la subversión que contaba en su foja de servicios

con secuestros, asaltos a cuarteles, asesinatos de vigilantes, voladuras... Aquella era la dotación estable sin prejuicio de una constante rotación de guerrilleros perseguidos que allí recalaban, operarios especializados que a veces reforzaban la producción de piezas en el taller, jefes y capitanejos de la organización clandestina, que permanecían algún tiempo y se iban. Incluso funcionaba en el lugar un Tribunal Revolucionario que, cada tanto, se reunía en el polígono de tiro para juzgar prisioneros o a miembros del propio REPOPO que hubieran incurrido en falta conforme a los rígidos cánones que lo regían. El hecho que el Tribunal se reuniera en el polígono de tiro no resultaba casual, toda vez que sus fallos siempre eran condenas a muerte que se ejecutaban "in situ" y de inmediato: por la noche, llevaba los cadáveres una camioneta cerrada, en cuyas puertas lucía el nombre de cierta compañía laminadora.

Ya está dicho que Marcial no era amigo del disimulo. Por lo tanto, su plan de acción resultaba frontal. El no perseguiría subrepticamente al Comandante Coco para enterarse de sus actividades. Faltaba más. Sencillamente lo atacaría y lo vencería en su propio terreno; después, a punta de pistola, le haría confesar sus actividades. Un asunto de hombres, pensaba Marcial. Lo lamentaba por aquellos que se interpusieran en su camino y no abrigaba dudas respecto al desenlace del duelo personal que sostendría con Coco: triunfaría. Si, por alguna casualidad imprevisible, las cosas se daban mal, caería como caen los guerreros, en el campo de batalla y empuñada el arma. Dadas estas razones y por que no era amigo del disimulo, Marcial avanzaba apenas recatado por la calle Acevedo, poco después del mediodía.

Cuando llegó a la esquina de Honduras, se parapetó tras un plátano que hacía cruz con la ochava ocupada por el Taller Polenta. Verificó la carga de su Brownning y la amartilló; quitó el retén de una granada. *La furia ganó su corazón.* Ningún ruido llegaba desde el taller y el sol caía a plomo sobre las veredas. Se agazapó para cruzar la calle a la carrera, iniciando el asalto

Además del Fiscal, dos hombres y una mujer formaban el Tribunal Revolucionario. Lo cual no era fácil de establecer desde el momento que todos llevaban puestas capuchas negras e idéntico uniforme igualaba la condición de los jueces, que estaban sentados tras una mesa de pino. Prestaba fondo al estrado una gran bandera fija en la pared: bandera violácea con una estrella amarilla, flanqueada por dos puños peludos; bajo la estrella y los puños se leía REPOPO.

Hallábase instalado el tribunal en un sótano angosto, alumbrado con tubos de neón, en uno de cuyos extremos había bolsas de tierra y, frente a ellas, se erguían tres siluetas de acero para tirar al blanco. Las bolsas estaban perforadas una y mil veces.

Custodiados por centinelas armados con metralletas y esposadas las muñecas, un hombre y una mujer jóvenes, de pie, enfrentaban a los jueces. El varón era blanco de piel y una barba clara le cubría el mentón; tenía ojos negros y alucinados. La mujer llevaba el pelo muy corto, su figura se adivinaba perfecta bajo el uniforme pasto y sus ojos eran azules. Decía el Fiscal:

—Los camaradas que deben aplicar aquí la justicia revolucionaria tienen ante sí una empresa sencilla pues el caso no admite duda ni clemencia. Resumiré los hechos que han llevado a los ex camaradas Coco y Vera a enfrentar este tribunal para, luego, pasar a la acusación que formularé en nombre de la Revolución, de la Clase Expoliada y de la Humanidad Concientizada. Después, a los camaradas jueces no les quedará sino callar y al pelotón ejecutar la sentencia.

“El ex camarada Coco alcanzó la jerarquía de Comandante en base a actuaciones que acreditaron su adhesión a la causa y su carencia de sensiblería. Puesto a prueba en ocasión del secuestro de su padre, hecho en el que tuvo papel destacado, resultó aprobado; otro tanto cuando fue elegido para eliminar al agente de policía que durante muchos años estuvo de facción en la esquina de su casa, llegando a trabar con él relaciones cordiales. Supo demostrar resolución y energía montando, aparentemente, con un correcto criterio revolucionario. Cuando puso la bomba en el Jardín de

Infantes obtuvo el efecto deseado. Tales antecedentes le valieron el grado alcanzado en la "orga" y justificaron se lo pusiera al frente del Complejo Polenta en carácter de responsable.

"Para secundar al ex camarada en el Complejo se designó a la ex camarada Vera, que también contaba con excelente foja de servicios: ella fue quien colocó bajo la cama de su tío el "caño" que concluyó con aquel explotador; no le tembló el pulso cuando debió rematar los heridos después del copamiento de una caminera; mediante seducción obtuvo informes de un mayor y un coronel... En fin, la decisión de destinar a ambos en el Complejo Polenta apareció como razonable, dada la trayectoria que acreditaban. A los ex camaradas Coco y Vera se sumó el camarada Boris, con funciones fundamentalmente técnicas.

"No obstante las tajantes prohibiciones contenidas en el "Decálogo del Combatiente", en el "Reglamento para la Acción Revolucionaria" y en el "Código 16", resulta evidente ahora que los ex camaradas Coco y Vera iniciaron una relación encaminada a adquirir características estables, de la cual resultó primer perjudicado el camarada Boris, a quien no se permitió ejercer los derechos que en materia sexual establecen los artículos 37, 39 y 40 del Reglamento citado y la cláusula 23 del Código para todo militante en campaña, hombre o mujer, disposiciones éstas que acuñan las correlativas obligaciones por parte de los y/o las camaradas requeridos al efecto. Tal situación, violatoria de cánones expresos y que tuvo origen en una debilidad burguesa de los acusados, que nos proponemos erradicar de la sociedad futura, determinó tensiones en la dotación del Complejo Polenta que conspiraron contra la eficacia del accionar revolucionario. Concretamente, a raíz de ello disminuyó la producción de piezas para el montaje de armamento, se descuidó la vigilancia y resultó afectada la cohesión de la unidad combatiente. Pero se alcanzarían extremos más graves aun.

"En la noche del día 19, el Comisionado Poroto, responsable del área Sudoriental de la Organización, debió buscar refugio en el Complejo Polenta, perseguido

por una partida militar que se hallaba sobre su pista. En horas de la madrugada, alejado el peligro, el camarada Poroto invocó los artículos 37, 39 y 40 del Reglamento, como así también la cláusula 23 del Código, requiriendo la compañía de la ex camarada Vera. Negóse ésta a cumplir sus obligaciones revolucionarias y, ante la legítima insistencia del Comisionado, pidió el auxilio del ex camarada Coco, quien irrumpió empuñando una metralleta con la cual hizo fuego sobre el Comisionado que murió en el acto. Resueltos los cómplices a ocultar su crimen, lo hubieran logrado de no mediar la oportuna intervención del camarada Boris, que puso sobre aviso a la Organización. Reducidos los culpables, corresponde a este Tribunal juzgar su conducta, que resumiré seguidamente:

I — Establecieron una relación amorosa estable que, según dichos de un testigo, proyectaban transformar en matrimonio conforme a las prescripciones civiles y religiosas de la sociedad burguesa.

II — Planearon una deserción conjunta de las filas de nuestra Organización, paso previo ineludible para llevar a cabo la unión conyugal mencionada en el punto primero.

III — La ex camarada desconoció los citados artículos 37, 39 y 40 del Reglamento para la Acción Revolucionaria y la cláusula 23 del Código 16.

IV — Incurrieron en insubordinación con muerte subsiguiente de un superior jerárquico, fundada en causas que actúan como agravantes.

V — Ocultaron los hechos a la Organización.

VI — Intentaron resistirse en oportunidad de su presamiento.

CONCLUSION — No ignoran los camaradas jueces que para todos y cada uno de los delitos enumerados cabe la pena de muerte, cuya aplicación solicito conforme al Derecho Revolucionario. Para el supuesto de llegar los acusados alguno de estos cargos, me reservo la facultad de ofrecer y producir las pruebas tendientes a demostrarlos."

Un instante de silencio siguió a la acusación del fiscal. El llamado Comandante Coco apretaba las man-

díbulas, fija la mirada al frente. La mujer aparecía abstraída, lejana.

—Pueden defenderse los acusados —dijo el encapuchado que ocupaba el centro del estrado.

Los prisioneros permanecieron callados.

—¿Nada tienen que decir en su descargo? —preguntó otro miembro del tribunal.

Siguió el silencio.

Fue entonces cuando el conocido como Boris, deseoso de aportar su grano de lodo, impaciente por colaborar en la muerte de aquellos sobre quienes convergía su despecho, dijo:

—Soy testigo. Puedo contar todo.

—Cállese, camarada —lo apercibió un encapuchado—. Por ahora no es necesario su testimonio. Y advierto a los acusados que su silencio será interpretado como un reconocimiento de los hechos. ¿No tienen nada que decir los acusados? —insistió.

Siguieron callados Vera y Coco. Pero, súbitamente, éste pareció cambiar de idea y, presa de emoción patente, anunció:

—Tengo algo que decir.

—Cuenta con la venia del tribunal: hable.

—Muy bien. No intentaré una defensa que no servirá de nada. Los hechos son ciertos. Lo que no acepto es el derecho que quieren aplicar. Apelo al resto de cordura que conserve cada uno de ustedes. Estamos viendo una locura. Una locura de la cual participamos Vera y yo. Una locura que abandonamos antes de morir. Ustedes están a tiempo de volver atrás. ¿No ven que todo esto es un desatino cruel y perverso? Locura esa bandera y este tribunal; locura nuestros crímenes; locura la Revolución, la Clase Expoliada y la Humanidad Concientizada que invocó el Fiscal; locura que asesináramos inocentes, olvidando los vínculos de la sangre y de la amistad en aras de abstracciones implacables; locura contrariar los mandatos de Dios... Y adviertan que hablo de Dios... Porque Vera y yo dejamos atrás la locura. Bendecimos el camino que nos sacó de ella aunque nos lleve a la muerte. Bendecimos el amor que nos puso en ese camino...

No pudo seguir hablando el Comandante. Un revuelo infernal estalló en el sótano y en medio del vocerío indignado, alguno de los centinelas abatió al acusado de un culatazo mientras otro sujetaba a Vera, que reaccionó impetuosamente cuando vio caer al prisionero.

Restablecida apenas la calma, el tribunal se expidió sin más trámites. Puesto en pie, el encapuchado que ocupaba el centro de la mesa dijo:

—A confesión de parte relevo de prueba. Los dichos del propio acusado, convalidados por la actitud de la acusada, resultan suficientes para que este Tribunal Revolucionario dicte sentencia. La sentencia es de muerte por fusilamiento y se ejecutará de inmediato en este polígono, previa degradación de los reos.

La ceremonia de degradación fue breve. Recuperado el Comandante Coco, lo transportaron, junto con la mujer, hasta el fondo del polígono, frente a la pila de bolsas de arena. Una vez allí a ambos se les arrancaron vendas estrellas que lucían en la manga; en el caso de Coco —comandante— también fue despojado de un par de tiras violeta que, cruzadas, llevaba bajo la esbrella.

El brillo glacial del neón alumbraba la escena.

Dos guerrilleros armados asieron a los prisioneros y los situaron frente a las siluetas de acero, fuertemente empotradas en el piso. Luego les quitarían las esposas para pasarles los brazos por atrás de la silueta y volver a esposarlos. A pedido de las víctimas se les vendarían los ojos o no.

Una vez degradados los condenados y antes que se les retiraran las esposas para amarrarlos definitivamente, Coco habló:

—Es costumbre otorgar una gracia a los que van a morir.

—¿Qué quieren?

—Un confesor.

—¿Cómo??!!

—Un confesor he dicho. Vera y yo hemos desandado un largo camino y queremos morir en paz.

Deliberó el tribunal.

—Denegado el pedido. No hay aquí ningún cura y la sentencia debe cumplirse de inmediato. Lo siento.

Los ojos febriles del ex Comandante se clavaron en el guerrillero que había oficiado de Fiscal. Mirándolo fijamente replicó:

—No es cierto. Aquí hay un sacerdote.

Un silencio agobiante siguió a la afirmación del sentenciado. El Fiscal estaba pálido. Balbuceó:

—Ya no soy sacerdote. Hace mucho que estoy fuera de la Iglesia. Hace mucho que no creo.

—Usted sabe que es sacerdote para siempre —dijo Vera lentamente.

—Yo no sé nada. Yo no creo nada. Soy un soldado de la Revolución.

—No nos importa lo que usted crea. No nos importa. Sólo nos importa que usted tiene facultad de perdonar los pecados. Lo crea o no. Le exigimos que use esa facultad para abrirnos las puertas de la eternidad.

El Fiscal se apoyó en la mesa de pino. Un sudor frío le bañaba la cara y le empapaba la camisa verdeoliva. La palabra “eternidad” se había incrustado en su entendimiento y encontrados sentimientos lo agitaban.

—No puedo, no puedo —repitió.

—Claro que puede. Sabe que puede. No apelamos a su Fe. No apelamos a su Caridad. Apelamos apenas a su solidaridad. Apelamos al resto de buenos sentimientos que pueda conservar. ¿Es capaz de abandonar a dos personas en trance de muerte? ¿Es capaz de abandonarlas por cobardía? —Coco hablaba con fuerza. Era el cura apóstata quien parecía un condenado a muerte. Se resistió aún:

—Pedí la reducción al estado laical para casarme. Renuncié a mi ministerio. Maté, robé, odié. Si los confesara sería una farsa.

—Sus manos pueden consagrar. Sus palabras pueden absolver. Usted lo sabe... En nombre de Dios se lo pedimos. ¡En nombre de Dios se lo exigimos!

Repentinamente determinado se irguió el Fiscal. Su expresión había cambiado y una luz extraña le alumbraba las facciones cuando dijo:

—Muy bien. Pero debo prepararme. Sólo unos minutos.

Salió del cuarto. Retornó enseguida. Se acercó a Vera e indicó a quienes la custodiaban:

—Retírense.

Todo fue breve. Apenas un murmullo por una y otra parte. Se arrodilló la mujer y la mano del sacerdote dibujó un amplio signo en el aire. Después le tocó el turno al ex Comandante.

Ninguno de los circunstantes pudo sustraerse al dramatismo de la escena. Boris lloraba.

Sujetaron a Vera a la silueta. Después quitaron las esposas del condenado para sujetarlo a su vez.

El tableteo de una ráfaga de ametralladora llegó nítido a los oídos de Marcial, en el momento que iniciaba el asalto del taller Polenta. Se detuvo en seco y prestó atención. El sol hervía en las veredas de la calle Acevedo.

Seguía llorando Boris cuando quitaron las esposas al ex Comandante. Seguía llorando cuando, en un arranque súbito, apuntó su metralleta contra el grupo que permanecía cerca de la mesa de pino, al amparo de la bandera con la estrella amarilla. Lloraba cuando disparó una ráfaga interminable. La puerta del reducto estaba abierta y los disparos pudieron escucharse desde la calle.

Marcial prestó atención. Hubo un corto silencio. En seguida, una tormenta de estampidos se desató en el interior del taller. Entre el morse de las ametralladoras podían percibirse los estampidos de una itaka y tiros de pistola.

Coco advirtió la acción de Boris y reaccionó instantáneamente. Se liberó de sus custodios, tomados de sorpresa, arrebatando el arma a uno de ellos para apoyar el fuego iniciado por el imprevisto aliado. Desde enfrente empezaron a responder.

También el Fiscal actuó con celeridad. Pese al anadamiento consiguiente al repentino caudal de Gracia que le invadiera el alma, advirtió de inmediato el vuelco de la situación. Y advirtió también que, en medio del fuego, Vera estaba amarrada a la silueta de acero. Atravesó entonces el reducido campo de batalla y, no obstante ser rozado por una bala, se colocó a modo de escudo frente a la mujer. Incansable repetía:

—Perdón, perdón, Señor...

El estruendo era ensordecedor. Saltaban trozos de mampostería. Gritos y quejidos cruzaban el aire. Había sangre. El polígono se iba llenando de humo.

Tan repentinamente como comenzó, así concluyó el violento tiroteo. Marcial dejó correr unos momentos hasta asegurarse que la batalla había terminado. Después reinició el avance.

No vaciló en disparar contra la cerradura de la puer-tita que se abría en la cortina metálica. Franca la entrada, una granada en la mano izquierda y su Browning en la derecha, cruzó bajo el parral que entoldaba el patio del taller y llegó al amplio tinglado del fondo. Estaba vacío. Sin embargo, un fuerte olor de cordita llenaba el lugar y, a poco observar, notó una leve humareda que sabía desde la fosa de engrase. El acceso que vinculaba la fosa con las instalaciones subterráneas estaba abierto. Con pocas precauciones recorrió la rampa que desde allí partía. Alcanzó una puerta por donde se escapaba el humo y la luz helada del gas neón. El interior de aquel recinto era un caos sangriento.

Una mujer, maniatada, parecía ser la única sobreviviente.

XIII

EL EMPERADOR DE LA PORNOGRAFIA PORTEÑA

La noche en que el doctor Olañeta asignara su papel a cada uno de Los Convocados de Alcaraz, a Ulogio Roncoroni le tocó en suerte perseguir a quien —según El Extravagante Picapleitos— resultaba principal agente y máximo responsable en Buenos Aires de La Impudicia Multitudinaria. Llegado que le hubo su turno dijo el jurista:

—Bueno, Eulogio, usted se va a pegar a los talones de Manasés Arbolave y así podrá descubrir que este hombre, en combinación con los demás que hemos de seguir, ha tenido un papel fundamental en la organización del caos que vivimos.

—Así será si usted lo dice, doctor —aprobó condicionalmente Ulogio— Pero —agregó— ¿quién es don Manasés y dónde lo puedo hallar?

—Manasés Arbolave es El Emperador de la Pornografía Porteña y ahora le voy a explicar sus actividades principales —aclaró Olañeta, separando dos mazos de fichas y tres carpetas—. En primer lugar debo informarle que Arbolave no está en la procacidad burda y, casi diría, inocente. A él lo tiene sin cuidado el pirin-gundín donde una desgraciada canta zafadurías; desprecia el exhibicionismo elemental de la que camina calles en busca de unos pocos pesos nocturnos; sobrevuela muy por arriba del mundo miserable de coperas y yirantas. . . No, señores, el próspero y respetado don Manasés se ha instalado mucho más alto, aunque las

bases de su prestigio se asienten, al fin de cuentas, en las mismas zonas de la miseria humana. Pero no es fácil advertir a primera vista tal afinidad profunda, disculpable tantas veces en aquellas, calculada y páfida en el caso de Arbolave.

—¿Y cuáles son las actividades de ese hombre. —instó Alcaraz, que también escuchaba al abogado.

—Aunque lo sorprenda, Arbolave no es dueño de ninguno de esos subsuelos cuyas entradas anuncian sesiones continuadas de "strip tease" para imbéciles, ni tampoco de ningún teatro de revistas. En cambio posee, sí, un teatro. Mejor dicho, varios teatros. Pero teatros que pasan por serios. Teatros donde se estrenan piezas que diarios y revistas comentan en tono sesudo, diciendo cosas tales como: "...no obstante las crudezas del diálogo y la audacia de muchas escenas, que culminan con el tremendo episodio del acto tercero, la obra es portadora de un mensaje desgarrante de profundo contenido humano". No se si me entienden. Ese es el tipo de representaciones que, siempre, suben al escenario de los teatros de Arbolave. Piezas donde la pornografía viene envuelta en retórica sofisticada y barnizada con pinceladas culturales. Y donde, además, el texto justifica lo injustificable y pone en tela de juicio todo aquello sobre lo cual no cabe dudar. Infinitos han sido los éxitos obtenidos por Manasés, hasta el punto que estrenar en una de sus salas se ha convertido en privilegio, pues ello basta para asegurar el triunfo al autor y al elenco que, en pos de la gloria, ajusten su inspiración a las pautas fijadas por nuestro hombre. Arbolave nunca se equivoca al mezclar los ingredientes de su copetín: un conflicto algo incestuoso que se resolverá del peor modo; oblicuas justificaciones para la homosexualidad; algunos toques metafísicos que incluyan un poco de sacrilegio y cierta aparente profundidad; un tono general fuertemente intelectualizado y toda la carga de pornografía que puedan soportar los inspectores municipales sin verse obligados a hacer prohibir el espectáculo. Claro que, con estos ingredientes, el riesgo de clausura dura breve tiempo pues, en cuanto la crítica se haya encargado de poner la pieza por los cuernos de la luna, ya nadie se animará a ve-

tarla. Luego desfilará por el teatro la incontable legión de los hipócritas. Digo hipócritas pues todos, unánimes, manifestarán haber acudido atraídos por los relevantes méritos artísticos de la obra cuando, en realidad, sólo fueron a buscar procacidades orales y visuales. Pues bien, ésta es una de las actividades de don Manasés y, para más datos, sus teatros son el "Siglo XXI", el "Planetas" y el "Testimonial".

—Usted dijo que esa era una de las actividades de Arbolave... ¿tiene otras? —preguntó alguien.

—Tiene varias más. Otra es su cadena de revistas científicas.

—¿Científicas? Y eso qué tiene de malo?

—Tiene de malo que, así como el intelectualismo cultural le sirve a Manasés para encubrir las procacidades representadas en sus teatros, la envoltura "científica" le sirve para encubrir la procacidad de sus publicaciones. Publicaciones en "fascículo cerrado", "aptas sólo para personas formadas", "la solución de los problemas de la pareja". ¿Les suena este idioma? "Lo que nunca se dijo sobre el sexo expuesto valientemente", "el origen de la vida sin tabúes", "la homosexualidad a nivel de la ciencia", "iniciación erótica del lactante"... Todo muy científico, todo muy profesional. Con un científicismo y una profesionalidad que, curiosamente, casi nunca se menean para editar revistas dedicadas a la nutrición, el reumatismo o los problemas circulatorios. Y que, por supuesto, no engañan en ningún momento a los lectores que, al adquirir tales publicaciones, no buscan ciencia sino pornografía. Y que no se ven defraudados, por cierto. Multitud de lectores que no está compuesta por "personas formadas", ya que las personas formadas, como todo buen hijo de vecino, jamás han necesitado de "publicaciones científicas" para aprender lo que ha de saberse sobre algunos temas, ¡qué jorobar!

—¿Y cuáles son las revistas de Manasés?

—Entre otras "Amor y Ciencia", "Plenitud en la pareja", "Paternidad Responsable", "Homo" y "De carne somos". Pero aquí no termina la cosa: también están las agencias de publicidad.

—¿Qué pasa con eso?

—Me refiero a las agencias de publicidad agrupadas en la cadena “El Pájaro y la Planta SACIPFI”.

—¿No está usted hilando demasiado fino? Mire que agencias de publicidad hay muchas y cumplen una función útil.

—Habría que discutirlo. Pienso que la publicidad es dañina en tanto procura multiplicar las necesidades de la gente: inventa apetencias que atentan contra la sobriedad en la cual se templan las razas. Pero no voy a eso. Admitamos provisoriamente que la publicidad resulte útil o, al menos, inocua. Sin embargo, a las agencias de Manasés Arbolave no cabe ponerlas a la par de tantas otras agencias. No, señor. El Emperador de la Pornografía Porteña también imprime carácter a sus agencias.

—¿Y en qué se nota?

—Muy fácil. Un aviso producido por la cadena “El Pájaro y la Planta” jamás dejará de presentar una señorita en cueros y nunca omitirá una frase de doble sentido, cuando no derechamente lujuriosa. Tanto da que se anuncie un desodorante o cinta para frenos, píldoras contra la acidez de estómago o refrigeradores, cortadoras de césped o callicidas, alimentos balanceados para aves o tabaco correntino. Siempre, indefectiblemente, una bikini en primer plano o un desnudo a contraluz servirán para difundir las bondades del producto anunciado, mientras una voz mimosa modulará párrafos equívocos que, aun con escasa imaginación, sólo podrán interpretarse en forma inequívoca. Ahí tienen ustedes las actividades de Manasés Arbolave.

—¿No habrá más, no?

—En realidad hay algunas más, pero no las tengo estudiadas. Sé que el hombre tiene intereses en una productora cinematográfica y en ciertas empresas dedicadas a diseñar y difundir modas pero, ya les digo, estos rubros no los tengo analizados debidamente. Sólo les puedo decir que la productora de cine no sólo le ha dado un trabajo ímprobo a la censura sino que, por vía judicial, derrotó a ésta y logró estrenar varias cintas que, por supuesto, obtuvieron esos éxitos aplastantes que obtienen las cintas nauseabundas que se estrenan pese a la censura. En cuanto a las empresas dedicadas

a la moda, impusieron las "tangas" en nuestras playas y se han propuesto difundir el mokini.

—Muy bien, doctor —aceptó Ulogio Roncoroni—. Todo está muy bien pero ¿dónde lo puedo encontrar a don Manasés?

—Va a tener que buscarlo. Aquí tiene las direcciones de sus teatros, el domicilio legal de sus revistas, la sede de sus agencias de publicidad, las señas de su casa particular... ¡Ah! también le puedo indicar dónde queda su Galería de Arte.

—¿También tiene una Galería de Arte?

—Sí, me había olvidado. Arbolave es el fundador de una corriente artística que ha hecho camino y que, por supuesto, resulta coherente con sus demás ocupaciones. Esa corriente se llama el "Expresionismo Genital" y realiza casi todas sus exposiciones en la Galería Exposexus, perteneciente a Manasés, como es natural. No hace falta que les describa las características del "Expresionismo Genital" porque ya se las pueden ir palpitando... De modo que a Arbolave también lo puede hallar en la Galería Exposexus, Roncoroni.

No era Ulogio hombre de andarse con vueltas. Su intelecto no resultaba sutil ni alambicado. Dotado de aquella fuerza prodigiosa que lo hiciera famoso más allá de las fronteras de Boedo, estaba habituado a resolver las cosas del modo directo y llano con que las resuelven los grandotes, confiados en el obvio poder de convicción que emana de su poderío físico. Cuando Hércules aceptó llevar a cabo sus clásicos trabajos, seguramente lo hizo imbuido por análogo optimismo. Además, como la fortuna acompaña a quienes confían en ella, es frecuente que sonría a personas construidas al modo de Ulogio Roncoroni. Tal vez fue por ello que El Prolífico Pulseador de Boedo, en su primer intento, halló al Emperador de la Pornografía Porteña. Y llegó hasta él con métodos sencillos y contundentes.

La Galería Exposexus abría sus puertas sobre la calle Florida, muy cerca de donde arranca en Plaza San Martín. A poco de trasponer dichas puertas se encontraba uno ante un fantástico despliegue de cristal y

acrílicos montados sobre ligeras cañerías cromadas. Normalmente, rayos de ocultos reflectores iluminaban vivamente las distintas zonas del local, en las cuales se emplazaban las obras expuestas al público. Normalmente ello era así pero, aquel mediodía, las cosas eran distintas ya que la falta de electricidad también había afectado al local de la calle Florida. Dado que en el lugar trabajaban dos personas y ambas (artistas enrolados en la corriente del Expresionismo Genital) tenían interés en la buena conservación del mismo, allí no se veían los destrozos que afectaban tantos otros sitios a partir de La Rebelión de los Semáforos. Sería la una de la tarde cuando entró Ulogio Roncoroni.

Al paso del gigante se bambolearon estructuras y paneles. Miró el hombre en torno suyo, advirtiendo los diversos cubículos y las obras de arte que los ocupaban. Claro que sería aventurado calificar aquello como obras de arte. Esculturas monstruosas, fabricados con materiales innobles sugerían, pese a la deliberada ambigüedad de sus formas, toda clase de aberraciones. Botellas rotas y latas oxidadas, mingitorios averiados y tubos de pasta dentrífica, trapos sucios y algodones manchados, pedazos de manguera y fajas ortopédicas, se juntaban en discordante concierto para formar composiciones de abominable significado y fealdad notoria. Porque la fealdad, apareada a la obscenidad en ayuntamiento reprobable, parecían constituir la médula del Expresionismo Genital. Hemos catalogado tales obras como esculturas pero, a decir verdad, también pudimos llamarlas pinturas pues —en algunos casos— los elementos empleados habían sido distribuidos en un solo plano y encastrados con salpicaduras varias hasta configurar “collages” estremecedores.

Todo eso notó Roncoroni al ingresar a la Galería, *sintiéndose turbado por aquella exhibición corruptora*. Repuesto, notó también a un joven pálido instalado tras un escritorio. A él se dirigió Ulogio para preguntar:

—¿Está el dueño del circo?

Tembló el joven, alcanzado de lleno por la onda expansiva que difundía el vozarrón de Roncoroni.

—¿Cómo dice? —preguntó por contestar algo.

—¡QUE SI ESTÁ EL DUEÑO DEL CIRCO!! —gritó el gigante, provocando la caída de seis latas, dos botellas y un rulemán que decoraban las obras expuestas. El joven se tapó las orejas y su temblor vino a acentuarse visiblemente.

—Ssssí... ssí... digo, no... nnó...

—¿Sí o no?

—Nnó... no.

—NO??!!! —preguntó Ulogio, alzando la voz ya molesto.

Ahora se cayó una palangana y saltaron dos planchas de telgopor.

—Ssssí... ssssí... Digo, sí.

—¿Sí!

—Sí.

—¿Y dónde está?

—A... a... adentro.

—¡Adentro y se acaba, mi alma! ¿Adentro, dónde?

—Adentro allí —precisó el jovencito señalando la puerta de un despacho que se abría al fondo.

Hacia el fondo se dirigió Roncoroni y tanteó la puerta, que estaba cerrada con llave. Tiró del pestillo y se quedó con él en la mano. Entonces apoyó el hombro contra el tablero y sin esfuerzo aparente abrió la puerta, que giró en sentido contrario al correcto, arrastrando atrás suyo astillas y bisagras. Tan delicada operación no se llevó a cabo sin ruido, de modo que un estampido acompañó el ingreso de Ulogio a la oficina de Arbolave. Este, naturalmente, fue presa del pánico ante la inesperada aparición.

Manasés Arbolave era menudo, regordete, y su tez lechosa no parecía conocer los rayos del sol. Miraba al través de unos anteojos cuyos vidrios interponían anulares dioptrías entre sus pupilas y el interlocutor. Una melena diezmada y color zanahoria velaba apenas su calva signada por grandes pecas. Llevaba varios anillos en las manos y abierto el cuello de la camisa, que se volcaba sobre las solapas de un traje verdoso y brillante. Tenía mal aliento.

—¿Manasés Arbolave? —preguntó derechamente Roncoroni.

—Para servirle —respondió el aludido, con amabilidad untuosa—. En qué puedo serle útil?

—Le tengo que hacer algunas preguntas.

—A sus órdenes, a sus órdenes, mi estimado caballero. ¿Tal vez sea usted un funcionario? —aventuró Manasés, que contaba con amplia experiencia en coimas y sobornos, sospechando que aquel mastodonte pudiera ser un enviado de la cercana comisaría, o un inspector del Municipio, la Dirección Impositiva o de algún ente previsional.

—¿Funcionario?

—Digo yo, mi distinguido amigo... solamente una suposición. Porque sabrá que recibo con frecuencia visitas de funcionarios, a los que atiendo con el mayor gusto, procurando solucionar sus problemas en todo aquello que esté a mi alcance... —se explayó Arbolave, insinuante.

—Tenga mano, tallador —atajó Ulogio—. Ni funcionario, ni amigo suyo, si le parece...

—Bueno, bueno, no se ponga así, querido.

—QUERIDO????!!! —se agravió El Prolífico Pulseador de Boedo y su voz sacudió las mamparas del despacho, agitando la melena de Arbolave.

—Perdón, perdón, no quise molestarlo... Usted dirá...

—¿Esta Galería es suya?

—Así es, en efecto.

—¿Y son suyos el teatro "Siglo XXI" y el "Planetas" y el "Testimonial"?

La requisitoria empezó a no gustarle a Manasés, pero tratándose de hechos notorios, respondió:

—Sí.

—Y las revistas "Amor y Ciencia", "Plenitud en la Pareja", "Paternidad Responsable", "Homo" y "De carne somos", ¿también son suyas?

—En fin, más o menos... tengo algún interés en ellas.

—¿Son o no son?

—Vea, es un "holding" con un Directorio responsable. Yo no estoy en ese Directorio... Claro que hay algunos conocidos allí...

—Hable claro. ¿Son suyas o no?

Arbolave estaba incómodo a más no poder. Y cayó en la cuenta que respondía las preguntas de un desconocido. Procuró entonces recuperar terreno y aparentar energía. En mala hora.

—¿A qué viene este interrogatorio! —inquirió con cierta arrogancia.

—Le avisé que le haría algunas preguntas y usted estuvo conforme. Ahora se aguanta.

—¡Pero esto es intolerable!

—¿Va a contestar?

—No tengo porqué contestar.

—No ME DIGA? —ironizó Roncoroni, alzando el tono. Y acto seguido tomó a Manasés del cogote y lo levantó en el aire. Cerca del escritorio había una escultura fabricada con trozos de hierro soldados entre sí, como de tres metros de altura e identificada con un cartelito donde se leía: “Plasmación Espacial Abortiva”. Al tope de aquella plasmación abortiva sobresalía una barra transversal y de ella quedó suspendido Arbolave por el cuello del saco. Como las costuras cruzan, Manasés dejó de patear y respondió:

—Usted gana. Las revistas son mías.

—¿También son tuyas las agencias de publicidad de la cadena “El Pájaro y la Planta”?

—Sí, sí. ¡Bájeme de aquí!

—Tranquilo, Venancio. ¿Y tiene usted una productora de cine?

—Sí, tengo, sí... Bájeme —transpiraba Arbolave, agitando los brazos allá arriba.

—Aguarde, don. ¿Por casualidad es propietario de una casa de modas?

—Sí, ssiii... “Formas en Libertad” es mía!

—Nos vamos entendiendo. Bueno, lo bajo un rato. Pero si se me vuelve a retobar vuelve al gancho, ¿estamos?

Ulogio descolgó al pajarraco y dijo:

—Hasta aquí el doctor tiene razón. Vamos a ver si acierta con lo demás...

—¿Qué doctor? ¿Cómo dice?

—¡Shhh! Eso a usted no le importa. Una pregunta más y termino. Pero cuidado con lo que contesta. Si me miente vuelve al gancho. Y en cuanto se rompan las

costuras del saco lo abarajo de sobrepique —advirtió Roncoroni balanceando expresivamente su pie derecho, calzado con un tamango lo menos del 49.

—Venga la pregunta.

—Ahí va. Y piense lo que contesta. ¿Qué tuvo usted que ver con este batifondo que se ha armado en Buenos Aires?

—Aclare la pregunta... Digo, si le parece bien.

—Aclaro. ¿Tuvo usted alguna participación en la organización de este lío?

—No tuve nada que ver.

—Ya está mintiendo. Al gancho.

—¡No! ¡Al gancho no! Le digo que no tuve nada que ver, nada, nada, querido!

—QUERIDO??!!

—No, no, nada de querido... Nada de nada...

—Al gancho.

—Te digo querido... no, nada de querido... Te digo, le digo, que no tuve nada que ver!

Demasiado grande era el miedo de Arbolave para mentir y eso lo advirtió Ulogio, que empezó a creerle. Y que se convenció cuando Manasés le opuso un argumento irrefutable. Dijo:

—¿Cómo voy a organizar yo este asunto si este asunto me va a fundir?

—¿Cómo?

—Está clarito. Si la gente anda desnuda por las calles, si la gente anda desnuda y hace cualquier cosa en cualquier parte, para qué irá a mis teatros? ¿Para qué comprará mis revistas? ¿Para qué mirará mis avisos? ¿Para qué seguirá mis modas? ¿Para qué verá mis películas? ¿Para qué comprará las obras de arte de mis Galerías? ¿Para qué? ¿Para qué? —Ante la perspectiva de su ruina inminente El Emperador de la Pornografía Porteña se puso a llorar desconsolado. Repetía:

—¿Para qué? Ya tienen todo en vivo y en directo. ¿Para qué? Yo me fundo, querido. Mirá qué injusticia. ¡Mirá que indecencia!

Era demasiado. Ulogio se indignó otra vez.

—Tiene razón —reconoció—. Tiene razón. Pero eso no quita que usted sea un mal bicho. Al gancho, entonces.

Cuando Roncoroni se fue, Arbolave quedó como ave en el árbol. O como el Gallo de Morón. Chillaba y las costuras del saco crujían.

XIV

ASESINATOS ASEPTICOS

Mario, El Poeta, halló los laboratorios "Profilax" totalmente destruidos. La multitud desmanada había entrado en ellos a saco y aquello era un tremendo revoltillo. Tubos de ensayo, probetas, matraces y retortas, estaban reducidos a añicos que cubrían el piso. Polvos, ácidos, aldehídos, mordientes, álcalis y todos aquellos elementos químicos cuya existencia conocimos durante el bachillerato, con más buen número de otros que no conocimos y que, por ende, no estoy en condiciones de mencionar aquí, habían salpicado y espolvoreado los distintos ámbitos del edificio invadido. Invadido desde fuera y ocupado desde dentro por el personal que —mal pago y mal tratado— colaborara activamente con los invasores.

Pero los daños registrados en los laboratorios no se redujeron a lo material: como en muchos otros casos registrados durante esos días, hubo víctimas. Hubo víctima, para ser más preciso. La misma resultó el doctor Esculapio Cositorto, Director-Propietario de "Profilax, Especialidades Medicinales, S.A. en form." que se tiró desde una ventana del quinto piso ante el avance de la turba. Con la desaparición de Cositorto perdió el país al principal fabricante de específicos anticonceptivos elaborados dentro de sus fronteras. Elaborados bajo licencia norteamericana. Y Mario, El Poeta, se quedó sin nadie a quien perseguir pues, precisamente, había recibido del Dr. Olañeta la misión de ponerse tras los pasos de Cositorto.

—Bueno, Mario —había dicho Olañeta al momento de asignar tareas a cada uno de Los Convocados de Alcaraz— a usted le toca perseguir a Esculapio Cositorto, dueño de los laboratorios “Profilax”, cuya dirección es ésta.

—Muy bien, doctor —respondió Mario, prosiguiendo—. Puede explicarme brevemente por qué eligió a Cositorto como figura destacada del Homicidio Prenatal?

—Sí, brevemente. Cositorto nació predestinado para la medicina y no por nada sus padres lo llamaron Esculapio. Viene de una familia de médicos ilustres, vale decir de gente que se dedicó a luchar en favor de la vida. Pero él se dedicaría a luchar contra la vida. Se dedicaría a lucrar impidiendo la vida. Se hizo rico fabricando píldoras anticonceptivas. Una actividad similar a la de un asesino sistemático. En cierto país, cuando un loco se sube a una torre provisto de un fusil y mata unos cuantos transeúntes lo mandan a la silla eléctrica. Pero, paradójicamente, es objetivo básico de su política exterior suprimir la vida allí donde impone los “planes de contención demográfica” que van anejos a sus créditos y a su asistencia económica. Contracepción, esterilización, aborto...

—Sigo sin ver clara la relación del Homicidio Prenatal con la Confortabilidad Electrónica, como usted la llama.

—Creo que ya lo expliqué el otro día, pero trataré de ser más claro. Por muchas planificaciones internacionales que existan, por muchas campañas reguladoras que haya, siempre serán los padres —aquellos que debieron ser padres— quienes adopten la decisión última de lograr el placer sin asumir responsabilidades. En algunos casos esta decisión obedecerá a cobardía. Pero, casi siempre, se fundará en motivos de comodidad. Los hijos molestan, requieren sacrificio y esfuerzo. Una capacidad de sacrificio y esfuerzo incompatible con la búsqueda desesperada de comodidad que caracteriza nuestros tiempos. Además, cerrar el camino a la vida implica desconfiar de Dios y del mundo; implica mezquindad; implica ausencia total de esperanza... Ausencia de esa esperanza que es acicate para empre-

der grandes empresas, que es presupuesto para la grandeza...

—Pero hay algunos casos...

—Cierto, hay algunos casos. Muy pocos casos. Muy pocos casos que se han pretendido erigir en regla general y que no invalidan lo dicho.

Anoticiado del suicidio de Cositorto, Mario, para ordenar sus ideas, se sentó en un banco que permanecía intacto. Hallábase el banco en la farmacia donde se vendían directamente al público los productos elaborados en aquel laboratorio, con algún descuento. Y era constante el desfile de tristes compradores. Mario estaba abstraído cuando, casi furtivamente, entró al local una pareja.

Era un matrimonio joven, de clase media, bonitilla ella, no mal parecido él, que entraron tomados de la mano. Denotaban alguna cortedad y vacilación. Miraron para todos lados y se quedaron parados, en medio de la devastación, sin resolverse a irse ni quedarse. Fue cuando Mario reparó en ellos. Sintió lástima ante la perplejidad patente de los muchachos y su extrema juventud anudó lazos solidarios con la extrema juventud de Mario. Puesto de pie preguntó El Poeta:

—Buscan algo?

Dudaron los interrogados, insistiendo Mario:

—Tal vez les pueda ser útil.

—Gracias... no te molestes... Atendés aquí?

—No, nadie atiende aquí. Necesitan alguna cosa? Un remedio?

—Bueno, si... queríamos comprar...

—Acá está todo roto y todos se han ido. Pero miren, el piso está lleno de cosas tiradas. En una de esas encuentran el remedio que buscan. Total...

—Claro... pero... no es justamente un remedio lo que queríamos comprar... Nos dijeron que acá vendían... vendían...

Recién entonces descubrió Mario qué buscaban los recién casados y comprendió el motivo de aquella cor-

tedad que saltaba a la vista. Y en su alma nació una compasión grande. Una compasión grande impregnada de pena. Miró a los muchachos tomados de la mano y muchas cosas se le revelaron. Mensuró el atenuante de la ignorancia y midió la responsabilidad de quienes moldean las sociedades y de quienes renuncian a moldear las sociedades. Supo que debía explicar muchas cosas y se sintió abrumado por la inercia. Demasiadas cosas debía explicar. Se sobrepuso sin embargo y dijo, con ternura y con ánimo docente:

—Voy a contarles un cuento. Un cuento que son tres cuentos y tres cuentos que son un cuento. El cuento del Rey, el cuento del Sabio y el cuento del Santo. O, dicho de otro modo, el cuento del Rey, el Sabio y el Santo.

Se sentaron los muchachos en el banco de madera, rodeados de probetas, de retortas, de matraces destrozados; rodeados de ácidos, de álcalis, de aldehídos derramados.

Y El Poeta acudió a la Metáfora, bella herramienta de su oficio.

Había una vez un Rey. Un Rey que ocupó el trono de su pequeño reino cuando el mundo entero marchaba hacia la perdición. Aquel Rey era justo, aquel Rey era fuerte, aquel Rey era prudente. Era justo, fuerte y prudente en medio de un mundo que, junto con muchas otras cosas, había olvidado la Justicia, la Fortaleza y la Prudencia. Bajo su buen gobierno, los súbditos del pequeño reino regido por aquel Rey alcanzaron tanta felicidad como pueden alcanzar los súbditos regidos por un buen gobierno. La justicia del Rey otorgaba a cada uno lo suyo. La fortaleza del Rey era una muralla que acorazaba las fronteras del pequeño reino contra la rapiña de sus vecinos. La prudencia del Rey le llevaba a discernir lo oportuno en cada caso y en cada circunstancia. Sabido en el mundo que el Rey era justo y estando el mundo huérfano de Justicia, vinieron desde otros países para someter al Rey las causas de sus pependencias. Y el Rey falló con Justicia en las causas que ponían pendencia entre los pises. Sabido en el mundo que el Rey

era fuerte y estando el mundo huérfano de Fortaleza, vinieron de todas partes los débiles a pedir el amparo del Rey. Y el Rey amparó con su Fortaleza a los débiles de todas partes. Sabido en el mundo que el Rey era prudente y estando el mundo huérfano de Prudencia, llegaron los confundidos y los extraviados para escuchar la prudente palabra del Rey. Y la Prudencia del Rey orientó a los confundidos y a los extraviados. Y así el Rey, desde su pequeño reino, enderezó los caminos del mundo. Y el mundo dejó de correr hacia su perdición. Y hubo alegría en el mundo.

Había una vez un Sabio. Un sabio que tenía Sabiduría y tenía Ciencia. Y que puso la Ciencia al servicio de la Sabiduría. Y que buscó en lo alto las primeras causas y que buscó en la tierra los últimos efectos. Era observador, era tenaz, era humilde. Y porque era observador descubrió las íntimas leyes de la naturaleza y descifró las herméticas armonías que ordenan el comportamiento de la materia. Conoció así la topografía y la fisiología de cada componente asociado en el universo del átomo y dedujo con precisión exacta las órbitas de planetas que ruedan en galaxias conjeturales. Porque era tenaz perseveró sin desfallecer hasta confirmar cada una de las intuiciones que el alma del hombre guarda con respecto a los reinos que le están subordinados. Ratificó por esa vía las aproximaciones científicas vislumbradas por remotos alquimistas y curanderos sospechosos. Y porque era humilde se sometió al orden natural de las cosas, sabiéndose señor de ellas pero sujeto al imperio de otro Señor. Difundiéndose la fama del Sabio por los cuatro rumbos de la tierra y de los cuatro rumbos de la tierra vinieron hasta él quienes padecían dolor para buscar alivio. Y el Sabio prodi-

gaba su Ciencia para aliviar el dolor de los hombres. Y hubo menos dolor en el mundo.

Había una vez un Santo. Un Santo que nunca se tuvo por Santo porque cuanto más cerca se encontraba de la santidad más lejos se creía de ella. Era un Santo diferente de los santos en que uno piensa cuando piensa en un santo. Era un Santo que no vestía un manto rojo, ni un manto verde, ni un manto azul: era un santo que vestía saco y corbata. Era un Santo que no tenía en los dedos un báculo ni una palma: era un Santo que en los dedos tenía un lápiz o una pala. Era un Santo que en la cabeza no usaba aureola: era un Santo que en la cabeza usaba gomina. Este Santo era tan santo como los santos que visten un manto rojo, verde o azul; que en los dedos tienen báculos o palmas; que en la cabeza lucen aureolas. Este Santo era tan santo como aquellos santos porque amaba a Dios con toda su alma. Con toda su alma de Santo que siempre es un alma de hombre. Y que llenaba de amor el trabajo que, un día y otro día, realizaba vestido con saco y corbata, empuñando un lápiz o una pala, peinado con gomina. Ese Santo era tan santo como aquellos santos porque hablaba con Dios a toda hora. A Dios le hablaba de los hombres y a los hombres les hablaba de Dios. Y porque el Santo le hablaba a Dios de los hombres pudo el Rey enderezar los caminos del mundo y pudo el Sabio aliviar el dolor del mundo. Y porque el Santo les hablaba a los hombres de Dios, muchos hombres supieron que los caminos del mundo han de conducir a Dios y que el dolor puede ser fuente de alegría.

—Y qué nos quisiste decir con esos tres cuentos?
—preguntaron los muchachos a Mario.

—Esperen, que falta el final.

—A ver, contá.

—El final es triste. Es triste porque nunca existieron el Rey, ni el Sabio, ni el Santo de mi cuento. Nunca existieron porque los padres del Rey, del Sabio y el Santo, tomaban píldoras anticonceptivas. Ese Rey, ese Sabio y ese Santo, que debieron cambiar la historia del mundo, no existieron nunca porque sus padres no quisieron. No quisieron porque prefirieron comprar una heladera, un lavaplatos y una licuadora.

Cuando los muchachos se fueron, Mario supo que podría llegar al mundo un Rey, un Sabio o un Santo.

XV

EL BIFACHO DE NASIF

Nasif Hamed —El Paisano Nasif para todo el mundo— juntó sus primeros pesos levantando *carne chica* en el matadero clandestino de un compatriota. Popular era su figura bigotuda en esquinas tan clásicas como Tellier y Avenida de los Corrales, o Lafontaine y Homero, viéndosele discurrir con frecuencia por Larrazábal, Miralla o Albariños, en el barrio de Maderos. Sin embargo no fue esa la actividad que prestó base a su colosal fortuna. La reventa de menudencias vacunas le reportó un buen pasar. Algo más que un buen pasar, en realidad, ya que a los pocos años de iniciarse en el oficio poseía una flota de varias camionetas en cuyas cajas de aluminio se leía: “Empresa El Paisano - Transporte de substancias cárneas y derivados”, las cuales camionetas surcaban el mapa gástrico de la ciudad dejando apreciables ganancias a su dueño. Pero la opulencia llegó por un camino diferente, aunque afín al emprendido por Nasif. Si bien el rubro siguió siendo digestivo, ya no habría de incluir transacciones fundadas en chinchulines y riñonadas, en mondongos, mollejas y criadillas. Como tantas veces sucede, fue la casualidad —una casualidad paradójicamente vegetal— la que cambió el destino del carnívoro otomano.

La cosa se produjo así. Para sellar cierta complicada alianza comercial, con algún ribete censurable, Nasif invitó a un almuerzo en su casa al despachante griego de un frigorífico suburbano. Dado que notorias razones

históricas conspiraban contra la solidez del acuerdo mercantil arduamente logrado, Hamed resolvió extremar atenciones y rogó a su mujer preparara un festín pantagruélico, donde la abundancia se uniera con el sabor, la originalidad, la variedad y el ingenio. Acuciada por las instancias de su marido, la dueña de casa se empleó a fondo y aquello fue un heteróclito despliegue de fiambres, pollos, achuras, puchero, asado, budines, confituras, fruta, café (a la turca, desde luego), licores, mucho vino y poca soda. Pero, además de esos componentes previsibles del atracón, la eficaz consorte de Nasif agregó elementos curiosos, exóticos incluso, para conferir al banquete aquel toque original requerido por su cónyuge. Así, entre el batallón de pollos, aparecieron los alones y la picana de un ñandú; junto a las achuras chirriantes llegó una cola de iguana y, a la par de la lechuga y el tomate, hubo también ensalada de alfalfa. Todo ello mereció la aprobación amplia de los comensales, que ponderaron debidamente las habilidades de doña Zoraida, que así se llamaba la diligente turca. El problema (o el prodigio) tuvo por causa unas rodajas de rabisón.

Silvestre crece el rabisón en los campos de la provincia de Buenos Aires, donde su flor azulada se mezcla con las amarillas del nabo y el abrepuño, las violáceas del cardo o las blancuzcas del chamico. La raíz del yuyo, especie de rabanito desmesurado, tiene un gusto parecido al de esta hortaliza, razón por la cual doña Zoraida se propuso servir unas rodajas aderezadas con vinagre y con sal gruesa. Pero, durante una distracción suya, sucediéronse varios errores de la mucamita que secundaba su labor. En efecto, primero se derramó sobre las rodajas el contenido de un pote donde se conservaba cierto terrible condimento oriental, cuya fórmula era un secreto celosamente guardado por la familia de Nasif. Para ocultar el estropicio, la chica no encontró nada mejor que meter dentro del horno la fuente que contenía el rabisón, retirándola cuando la patrona salió para recibir al invitado que llegaba. No terminó allí el asunto. Como la fuente quemaba, quiso la fámula enfriarla echándole agua, con tan poco acierto que, en vez de la jarra respectiva, le

volcó encima un botellón de sangría. Advertida de su equivocación, escurrió la sangría y fue a rociar el rabisón con vinagre, tal como estaba previsto. Pero, nerviosa y apremiada, volvió a trastocar botellas y echó mano de un tónico capilar que Hamed utilizaba para conservar la lozanía de sus bigotes. En ese momento retornaba doña Zoraida, de modo que la doméstica empujó la fuente hacia un rincón donde aquella guardaba un paquete de abono químico que colocaba cada tanto en las macetas del zaguán. Como las desgracias no vienen solas, parte del abono también fue a dar en la fuente del rabisón. De aquel rabisón que, a esta altura de los acontecimientos, había sido tratado con un misterioso condimento turco y recalentado en el horno; enfriado mediante un chorro de sangría; rociado con tónico capilar y cubierto de abono químico.

Tembló la mucamita cuando doña Zoraida se dirigió al rincón donde ocultara la fuente y tembló más todavía al advertir que la llevaba a la mesa. En realidad nada tenía de extraño que la mujer presentara sin recelo dicha fuente pues, luego del tratamiento recibido, las rodajas de rabisón semejaban tajadas de carne: algo así como rebanadas de lomo en su justo punto de cocción. Tan bueno era su aspecto que el invitado se sirvió de inmediato dos de ellas. Y aquí lo sorprendente del caso: si bueno era el aspecto de aquel falso lomo, mejor aún era su sabor. Claro que no era el gusto de la carne asada, aunque en algo lo recordaba.

—Esto es lo más rico que he comido en mi vida! —exclamó entusiasmado el griego sirviéndose otra porción—. Qué mano para hacer el lomo, señora! —ponderó enseguida.

Doña Zoraida disfrutó el elogio pero, al momento, una sombra empañó su satisfacción: no había preparado lomo. Estaba segura. Entonces, otra sombra de duda turbó al griego:

—Sin embargo, este plato no parece carne... —dijo, masticando pausadamente—. Cómo lo preparó, señora? —inquirió al fin, dirigiéndose a la dueña-de-casa.

Veloz y modosa contestó la turca:

—Ah! es un secreto de la casa... Un secreto para darles bien de comer a los amigos...

Nasif miró de reojo a su mujer, con aire de interrogación. Esta respondió con gesto imperceptible que indicaba perplejidad. Al rato se levantó utilizando el "con permiso" ritual y se dirigió a la cocina. Allí encarró a la mucamita:

—Qué pusiste en la fuente de loza verde?

La chica sintió que la tierra se abría bajo sus pies.

—Nada, señora, no puse nada...

—Cómo que no pusiste nada? Y eso que yo llevé qué era? No vas a decir que la fuente estaba vacía!

—No sé, señora, no sé...

—Pero si no te voy a retar, mujer. El plato estaba lo más rico.

La mucamita abrió tamaños ojos. Rico aquello? No podía ser. Intuyendo una celada se mantuvo en la negativa.

—No sé. Usted preparó la fuente, señora.

—Yo?

—Fue usted la que cortó el rabisón, no?

—Cómo el rabisón??!!

—El rabisón, claro —la causante del estropicio, tan curiosamente derivado en acierto, se había pisado. Creció la curiosidad de la turca, que volvió a la mesa. Una vez allí se sirvió una rodaja de tan misteriosa vianda, la cortó, la observó, la paladeó. No obstante el atractivo color adquirido, reconoció las trazas del rabisón en el enigmático alimento. Pero no el gusto, que se había transformado en un sabor indefinible y grato. El asombro de la dueña-de-casa era completo. Profunda la curiosidad de Nasif, que desde el primer momento advirtió que algo raro sucedía.

Terminó el almuerzo sin mayores novedades. La alianza greco-otomana había quedado consolidada. Al despedirse, el invitado retomó la ponderación:

—Qué lomo, señora, que lomo! —Celoso como un turco, Nasif frunció el ceño ante el comentario, que consideró intencionado.

No bien se alejó el griego, doña Zoraida encargóse de informar a su media-naranja sobre los pormenores

del curioso incidente. Luego, ambos se dirigieron a la cocina.

El interrogatorio al cual se sometió a la mucamita fue un hábil interrogatorio. Obtenidas por parte de la indagada las inmunidades necesarias, reveló los pormenores del caso. Entonces comenzó la ardua empresa de reproducir aquella fórmula combinada por el azar. Mil veces repitió Nasif las operaciones descriptas por la chica, cambiando las proporciones del terrible condimento turco, del tónico capilar y del abono químico; manteniendo en el horno por períodos más o menos prolongados las rodajas de rabisón; proyectando con fuerza diversa los chorros de sangría sobre ellas. De tanto en tanto, la mucamita recordaba un detalle y corregía el experimento. Serían las tres de la mañana cuando, concluido una vez más el proceso, las rodajas de rabisón mostraron el aspecto y el gusto apetecidos. Hubo una explosión de alegría. Pero, lamentablemente, Nasif no había anotado los pasos seguidos para alcanzar el triunfo y no pudo reiterar el procedimiento coronado por el éxito. Hubo que empezar de nuevo. Rayaba el alba cuando, por fin, debidamente tratado, el rabisón volvió a revestir las cualidades deseadas. Fragante, tostado, sabroso, aromático. Y, apuntada en un papel, el Paisano Nasif conservaba ahora la receta que le permitiría obtener aquel manjar cuantas veces se lo propusiera. Había nacido "Suprabif, el bifacho de Nasif".

En el acto presintió Hamed la importancia de aquel acontecimiento. Las rodajas de rabisón, sometidas al proceso casualmente descubierto, podían reemplazar la carne en la dieta de los argentinos, con holgada ventaja en precio. La raíz de rabisón obteníase de balde o poco menos y, si de cultivarlo se trataba, el yuyo crecería sin requerir cuidado alguno. Nasif patentó la fórmula. Los análisis del producto, efectuados por Salud Pública, establecieron que el mismo no contenía sustancias tóxicas. Algunos créditos, cierta audacia financiera y una buena agencia de publicidad hicieron el resto. El nuevo alimento fue bautizado "Suprabif" por

el "staff creativo" de la agencia que, luego de expresarse los sesos, acuñaría a frase que la población vería y escucharía luego hasta el hartazgo: "Suprabif, el bifacho de Nasif".

"Suprabif, el bifacho de Nasif", "Suprabif, el bifacho de Nasif", "Suprabif, el bifacho de Nasif". La torpe rima inundó el territorio patrio y desbordó sobre los países limítrofes. Carteles, obleas, radio, televisión, altoparlantes, leyendas escritas con humo en el cielo. "Suprabif, el bifacho de Nasif". Pronto, una musiquita estúpida y pegadiza acompañó al ya famoso párrafo. Chicos y grandes, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, blancos y morochos, sanos y enfermos, civiles y militares, ricos y pobres, curas y laicos, todos, todos cantaban, canturreaban, silbaban, tarareaban, el fatal estribillo: "Suprabif, el bifacho de Nasif", "Suprabif, el bifacho de Nasif"...

Y como la propaganda es omnipotente, en poco tiempo la nación entera devoraba "Suprabif, el bifacho de Nasif". Aquello se transformó en un vicio colectivo al cual nadie pudo sustraerse. A cualquier hora la gente masticaba "Suprabif". A cualquier hora y en cualquier parte. En las oficinas debió prohibirse introducir los sobres transparentes que contenían el producto. Pero las prohibiciones se pasaban por alto. Tras las ventanillas burocráticas los empleados públicos atendían engulliendo las popularísimas rebanadas. En los estudios jurídicos, al dar vuelta los carbónicos, las dactilógrafas aprovechaban para saborear trocitos de "Suprabif" ("Suprabif" no engordaba). Los comandantes de jet, los colectiveros y los conductores de taxímetros paladeaban "Suprabif" mientras guiaban sus máquinas. Lo mismo hacían Vocales y Síndicos en las reuniones del Directorio. Y los jugadores de paleta. Y los campeones de ajedrez. No faltaron curas progresistas que permitieron rumiar "el bifacho de Nasif" durante las funciones litúrgicas. En los cócteles diplomáticos, en las recepciones oficiales, en las cenas navideñas, en las celebraciones familiares, "Suprabif" ocupaba lugar destacado. La gente comía "Suprabif" por toneladas. Y, mientras no lo consumía, aguardaba ansiosamente el momento para ha-

cerlo. Su ingestión reemplazó muchas veces el hábito del cigarrillo. Y, como si la colosal demanda del producto fuera escasa, la propaganda, incansable, instaba a multiplicarla permanentemente "Suprabif, el bifacho de Nasif", "Suprabif, el bifacho de Nasif"...

Si bien, como hemos dicho, el sabor del publicitado alimento no era igual al de la carne, cierta analogía existía con el gusto de un succulento bife. Precisamente fue esa analogía la que determinó el nombre elegido para las deliciosas tajadas y dio pie al sonsonete que las hiciera tan vastamente conocidas: "Suprabif, el bifacho de Nasif". Fue por ello que las campañas apuntadas a imponer el nuevo manjar tendían, paralelamente, a desprestigiar el clásico bife, su competidor más próximo en el paladar de los argentinos. Se trataba de expandir el propio mercado a costa del mercado de bife para, recién después, invadir otros colindantes. Todo eso lo consiguió la propaganda que rodeó el lanzamiento de "Suprabif". Lo consiguió con creces. Pero, como el Paisano Nasif era hombre prudente y no menospreciaba el fuerte arraigo alcanzado por los buenos bifés en la población, no cesó en su prédica dirigida a liquidar para siempre tal arraigo, manteniendo la intensa publicidad encaminada a ello. Así, el consumo de carne descendió vertiginosamente y una crisis sin precedentes afligió a la ganadería nacional.

Decía la propaganda: "El bife sin desperdicio, el bife con más proteínas, el bife del presente —Suprabif, el bifacho de Nasif"; "La carne es pasado, Suprabif es futuro — Suprabif, el bifacho de Nasif"; "Señora, no llene su cocina de humo, Suprabif el alimento pre cocido —Suprabif, el bifacho de Nasif"; "Por el precio de un bife compre veinte sobres de Suprabif, el bifacho de Nasif". Ello amen de las falacias habituales en estos casos que, al ponderar enigmáticas ventajas exclusivas, denigran oblicuamente aquellas mercaderías que, debe suponerse, carecen de las presuntas virtudes enumeradas: "Suprabif contiene siliconas"; "Suprabif, el único alimento con factor extrógeno KST"; "Suprabif es reversible, climatizado, indeleble". Con lo cual el público concluyó por despreciar cualquier comida que no contuviera siliconas, ni factor extrógeno

KST, ni fuera reversible, climatizada ni indeleble. Desde luego que tal fenómeno se producía sin que nadie se detuviera a pensar en cuales podían ser los beneficios derivados del hecho que un bife contuviera siliconas o factor restrógeno KST, como así tampoco nadie reflexionó sobre las bondades de masticar algo reversible, climatizado o indeleble. En fin, lo cierto es que Nasif declaró una guerra implacable a los auténticos bifés y sus viejos conocidos de barrio de Mataderos le cortaron el saludo. Por eso, el turco hubo de abstenerse de frecuentar aquellos lugares donde llegara a ser popular su figura bigotuda, tales como Tellier y Avenida de los Corrales, Lafontaine y Homero, Larrazábal, Miralla o Albariños.

Algún trabajo le costó al Cuca encontrar a Nasif Hamed, señalado por Olañeta como arquetipo de la Idolatría Gástrica. Fundado en los datos recibidos del jurista recorrió, uno por uno, los múltiples enclaves con que contaba en la ciudad el emporio de Nasif. Por infinidad de lugares anduvo El Cuca. Claro que, gracias a su profundo conocimiento del mapa secreto de Buenos Aires, tan vasta investigación le demandó un tiempo notablemente menor que el que le hubiera insumido a cualquier otro mortal. Cortó camino por cloacas y alcantarillas. Utilizó como atajos cornisas y azoteas. Transitó por túneles y desagües. Pero, no obstante la velocidad de sus desplazamientos, no halló a Nasif. Así pasó la tarde de aquel primer día de persecución. El Cuca, con buen sentido, resolvió entonces esperar al turco frente a su casa, a la cual seguramente tornaría para pasar la noche: no se equivocó. Y, pegado el oído a cierta cañería oportuna, pudo escuchar desde la terraza las quejas del Paisano Nasif. Este, durante el día y sin coincidir nunca con su perseguidor, había inspeccionado los engranajes de su compleja máquina comercial, verificando los efectos desastrosos que en ella había provocado el caos consiguiente a La Rebelión de los Semáforos. El turco estaba desesperado. Ni qué decir su mujer. El hogar del matrimonio pre-

sentaba un cuadro desolador, estremecido por lamentos plenos de dramatismo oriental.

—Este sí que no estuvo metido en el lío de la ciudad— se dijo El Cuca, hecho un ovillo bajo el tanque de agua de la casa. Sin embargo, fiel a la consigna recibida, allí permaneció vigilando durante toda la noche. Durante toda la noche y buena parte de la mañana pues, a causa de su prosperidad, Hamed ya no madrugaba.

Serían las diez cuando el Paisano salió de su domicilio. Y el Cuca no dejó de advertir que lo hacía con algún sigilo y cierto aire furtivo. Miró para todos lados antes de cruzar la calle y volvía la cabeza al torcer cada esquina. Parecía temer que alguien lo persiguiera. Sin embargo, no notó la presencia de quien realmente lo perseguía. Era imposible notarla. El Cuca se desplazaba por los lugares mas inverosímiles. Oculto tras el follaje de los árboles, se deslizaba por las cornisas; metros después ya había abandonado las alturas para reptar junto al cordón de las veredas, desapareciendo por una boca de tormenta para reaparecer luego suspendido de los cables del alumbrado. Así recorrieron varias cuadras perseguidor y perseguido. Este continuaba dando muestras de recelo y, como si tratara de despistar, realizó inútiles rodeos y detenciones súbitas. Tan curiosa actitud intrigaba al Cuca, que llegó a preguntarse:

—Qué esconderá éste? Y si, al fin de cuentas, tiene razón el doctor Olañeta? Irá a alguna reunión secreta?

Por fin, Nasif entró a una casita con aspecto de abandono. Inspeccionó en torno antes de hacerlo y cerró la puerta una vez traspuesta. El Cuca dejó pasar unos minutos antes de tantear el pestillo y comprobar que la puerta estaba cerrada y era decididamente sólida. Buscó entonces otro modo de ingresar al lugar sin ser visto.

Cerca de un cuarto de hora demoró El Cuca para introducirse en la casa, ya que hubo de retroceder va-

rias cuadras antes de hallar la tapa de registro por la cual accedió al túnel maestro donde desembocaban los desagües que lo llevaron al sótano de la misma. Con cautela infinita abrió la trampa del sótano, cosa de una cuarta. Desde allí pudo ver a Nasif.

El turco estaba solo y la expresión de su cara era radiante. En ese momento agregaba sal al bife que preparaba sobre la plancha de aquella oculta cocina. El aroma de la carne asada —de la auténtica carne asada— embalsamaba el lugar. Y *al Cuca se le hizo agua la boca* mientras Nasif decía por lo bajo:

—Si me descubren, estoy perdido. Pero, pase lo que pase, a mí nadie me quita el gusto de comer un buen bife a la hora de churrasquear.

XVI

LOS DEMONIOS DEL PARQUE JAPONES

Con diferencia de escasos minutos fueron convergiendo Los Convocados de Alcaraz en el local de la calle Posadas, cumplidas las persecuciones que a cada uno le cupiera llevar a cabo. El último en llegar fue el doctor Olañeta, que arribó desde el puerto a las doce en punto: venía contrariado.

Tres jornadas completas habían transcurrido desde aquella mañana en que comenzara La Rebelión de los Semáforos. Pasado el mediodía, la situación en Buenos Aires alcanzó un punto delirante. Y, para peor, el delirio no estaba circunscripto a Buenos Aires.

Sabemos que las multitudes vagaban en cueros por las calles, rompiendo, saqueando y quemando cuanto se les ocurría romper, saquear y quemar. Fundada en la tiranía del número, la muchedumbre obligaba a seguir su ejemplo. Pero, como si todo esto fuera poco, el cuadro se seguiría agravando hasta alcanzar extremos inimaginables.

Por lo pronto, desde que el viejo Adán vino a embarrullar los planes del Creador, la gente no anda desvestida impunemente. Y el único riesgo que se corre no es el de una pulmonía. Traspuesta la adolescencia, al menos. Conforme a ello, un desenfreno progresivo fue apoderándose de la población y los habitantes de Sodoma y Gomorra seguramente se hubieran escan-

dalizado ante las escenas que vieron las calles porteñas. Mónica Kramer Arizmendi hizo estragos.

No paró allí el asunto. Había que transgredir todo cuando significara una norma, un mandato, una regla, un principio de orden. Y la sintaxis es una regla. Y el lenguaje obedece a normas, es un sistema armónico, que requiere ordenados encadenamientos de voces y frases. Y la multitud no estaba para encadenamientos de ninguna naturaleza.

No llegó a saberse en qué momento la gente empezó a gruñir. No se pudo establecer si aquello resultó espontáneo u organizado. Lo que sí cabe afirmar es que la marcha hacia el gruñido fue un proceso, rápido pero gradual. Y sus manifestaciones iniciales consistieron en ciertas incoherencias al hablar, en algunos disparates que irrumpieron en las conversaciones, en palabras absurdas que aparecieron en varias leyendas.

Al tiempo que los lugares de trabajo eran ocupados, no faltó la mano anónima que, con tiza o carbón, escribió en las paredes carteles alusivos. Carteles que, por ejemplo, decían:

TODO ES DE TODOS
EXIJAMOS LO IMPOSIBLE
ABAJO LOS OTROS
LIBERACION TOTAL
BOICOT A PIRULO

Esta última inscripción no venía a cuento, pero apareció pintada en una columna del Mercado de Valores.

En algún momento alguien intercaló términos indecifrables en las frases que la muchedumbre dejaba escritas a su paso. Entonces pudieron leerse cosas de este tenor:

TODO ES DE FLOPI
PACHULOS LO IMPOSIBLE
ABAJO LOS POQUESOS
CALIMASTRADOR TOTAL
POPO A PIRULO

Después se alcanzó el galimatías absoluto. Las leyendas decían:

CHUCHU MA FLOPI
PACHULOS PIROTIPLES
MOTILO CHAS POQUESOS
CALIMASTRADOR DEL FIUSSO
POPO SU TETE

Paralelamente la expresión oral seguía los mismos extraviados rumbos. De entrada fueron algunas locuciones intraducibles las que invadieron los diálogos. Después resultaron inteligibles solo unos pocos vocablos. Más adelante se utilizaron sonidos inarticulados. Y las conversaciones resultaban aproximadamente así:

—Grrrr.
—Mmmmm?
—Grrr.
—Aarfff!
—Ugg.

La población entera gruñía. E imponía sus gruñidos pues, a poco, se consideró una actitud reaccionaria expresarse coherentemente. Alguno pagó con su vida la osadía de saludar a otro diciendo: buenas tardes.

Junto a los pesebres habíanse reunido Prudencio Alcaraz, El Cabo de Saladillo; Olañeta, El Extravagante Picapleitos; Gerónimo P. Mooney, El Liberal Intachable; Ulogio Roncoroni, El prolífico Pulseador de Boedo; Mario, el Poeta; Marcial y el cucarachero, vale decir El Cuca. Todos parecían deprimidos y perplejos. Olañeta habló primero.

—Amigos —dijo—. Veremos como nos fue a cada uno durante estas últimas veinticuatro horas. Habrá que hacer un relato breve pero completo de las persecuciones realizadas y, después, verificar si sus resultados confirman o no mi teoría respecto al origen del caos que vivimos. Empiece usted, Alcaraz.

El Cabo de Saladillo hizo un informe preciso de sus andanzas en pos del doctor Mangiaterra Dupont. Cuando hubo concluido, preguntó Olañeta:

—En resumen?

—En resumen, que el doctor Mangiaterra Dupont estuvo bien elegido como representante del Libertismo Progresivo, según usted lo llama, pero no participó en la organización de la Rebelión. Si hubiera participado ya se hubiera encargado de florecer con eso. Tampoco se reunió con ninguno de los otros perseguidos y, mientras el desorden seguía en la capital, él estaba encerrado en un calabozo de Torrecita.

—Correcto el resumen —aprobó resignado Olañeta.

—De modo que el resultado es negativo.

—Negativo —corroboró Alcaraz.

—Negativa también fue mi pesquisa, debo reconocerlo —dijo el jurista—. No obstante, paso a informar sobre ella.

Y El Extravagante Picapleitos narró las peripecias de su travesía fluvial y su encuentro con el inglés de la isla, que no era inglés.

—Sintéticamente —concluyó— debo admitir que Richardson Lamadrid ni siquiera estuvo bien seleccionado como arquetipo de la Angurria Acumuladora, aunque todo indicara lo contrario: un hombre sobrio, sin apetencias. Y que no anduvo mezclado para nada en la sublevación. Bueno... cómo le fue a usted, Mooney?

Prolija resultó la crónica de El Liberal Intachable, describiendo su misión tras América Torres y el singular incidente de la paloma blanca aparecida entre los escombros de la casa donde un ángel tañía el laúd.

—En una palabra —remató Mooney—. Tampoco América Torres se vio con ninguno de los otros perseguidos y su intervención en los sucesos no se distinguió en nada de la que pudieron tener tantos que se dejaron arrastrar por ellos y, de paso cañazo, aprovecharon para tomar alguna venganza personal. Eso sí, he de admitir que la Torres encarna a la perfección El Resentimiento Abajador mencionado por el doctor Olañeta.

Igualmente negativos fueron los informes de Marcial Roncoroni, Mario y El Cuca. Cada uno de sus res-

pectivos perseguidos obedecía adecuadamente a las características que les atribuyera El Extravagante Picapleitos, pero a ninguno de ellos le había cabido participación en La Rebelión de los Semáforos. Con lo cual quedaba sin demostrar la existencia de aquellas fuerzas agrupadas en la Gran Conjura intuída por Olañeta. Y dicha Gran Conjura aparecía como un concepto harto discutible. El jurista estaba abatido. Tan abatido estaba que Mooney, su habitual contendiente dialéctico, caballerescamente se le acercó y, poniéndole una mano en el hombro, dijo:

—Olañeta, my friend. Nuestra investigación no ha confirmado sus teorías, pero quiero decirle que esas teorías eran lógicas y tiene usted una información very good. Además... usted es un gentleman —concluyó, acudiendo al mejor elogio de su repertorio.

En ese momento sonaron los primeros golpes sobre el portón que se abría hacia la calle Posadas.

Cuando Los Convocados de Alcaraz fueron arribando, había varios grupos en las inmediaciones. Grupos de gente en cueros que cometía desmanes y que, a esa hora (exactamente al mediodía) aún no gruñía en forma unánime pero ya empezaba a abandonar el lenguaje articulado. En uno de esos grupos estaban Cacho y El Infeliz. Fue Cacho, precisamente, quien advirtió el ingreso de nuestros siete personajes al local de la calle Posadas. Y reparó en que todos iban normalmente vestidos, salvo el original atuendo de Mooney —caracterizado como Sherlock Holmes—, el uniforme de Marcial y la indumentaria de pajuerano que lucía Alcaraz. Por último notó Cacho que hablaban entre ellos sin que en el diálogo se deslizaran los dislates que ya matizaban el decir de la multitud. Todo eso resultó altamente sospechoso a Cacho, que comunicó sus inquietudes al Infeliz. Aunque la conversación incluyó varias incoherencias, ambos se entendieron, coincidiendo en cuanto a hallarse frente a un germen de reacción. Y no era cuestión de tolerarlo.

Mucho tiempo les costó a Cacho y al Infeliz soliviantar a la muchedumbre para que atacara el edificio de

la calle Posadas. En efecto, la marcha hacia el gruñido general se había acelerado y casi nadie comprendía algo. Incluso los oradores intercalaban cada vez mayor número de sonidos guturales en sus arengas, que Cacho terminó con un chillido y El Infeliz con una gárgara. Tanto tardaron en hacerse entender que, mientras, Los Convocados de Alcaraz pudieron completar sus informes y llegar a la conclusión de que habían fracasado. Mooney estaba consolando a Olañeta cuando, encabezada por Cacho y El Infeliz, la gente se lanzó contra el portón del edificio. Era grueso el portón, de manera que falló la primer embestida de la gente, que ya gruñía sin excepción.

Hacia el poniente, la tormenta que maduraba desde días atrás, se iba concretando en sombríos nubarrones.

Al escuchar los golpes que sonaban sobre el portón, hubo primero cierta extrañeza y, en seguida, algún sobresalto entre Los Convocados de Alcaraz. Poderosos, los golpes se multiplicaron, indicando que se atacaba la entrada con elementos contundentes.

—Voy a ver qué pasa —anunció Marcial, dirigiéndose hacia la entrada de Posadas. Mientras lo hacía, nuevos golpes retumbaron desde otra dirección. Ahora el ruido venía del lado de Leandro Alem.

—Yo veré qué sucede por la otra puerta —dijo Mario y se alejó.

Enseguida volvieron los exploradores, quienes anunciaron que eran agredidos por dos frentes.

En efecto, advertido Cacho que el edificio, además de la entrada por Posadas contaba con otra por el bajo dividió sus fuerzas, conservando la dirección de las que forzarían aquella y encomendando al Infeliz ponerse al frente de las que actuarían sobre ésta. Por las dudas y para mayor seguridad, sitiaron la manzana. Marcial, ducho en la materia, así lo hizo saber a sus compañeros:

—Estamos rodeados —informó.

Era ingrato, por cierto, el aspecto de la turba embravecida. Las caras mostraban expresiones temibles. En la tarde bochornosa, los cuerpos sudaban a mares y flotaban olores ácidos. Un coro de gruñidos llenaba el aire. Y no faltó quien, quizá por considerarlo más cómodo, se echara a andar en cuatro patas. Muchos lo imitaron.

—Alguno está armado? preguntó Alcaraz—. Yo no cuento nada más que con esto —aclaró, mostrando la fustita rabona que siempre lo acompañaba.

—Yo tengo dos granadas de mano y la pistola con tres cargadores —comunicó Marcial.

—Y yo un cortaplumas —dijo El Cuca.

—Me arreglo a mano limpia —afirmó Roncoroni, cerrando el puño derecho.

Mooney desenfundó su vetusto revólver de la guerra de Crimea, manifestando sin embargo:

—No tiene balas.

Olañeta hizo un molinete con el bastón. Mario tomó una horquilla que, mohosa, se hallaba junto a uno de los pesebres.

—No está mal —aprobó Alcaraz, agregando—. Con este arsenal ya podemos hacer la pata ancha. —Y nadie supo si hablaba en serio.

—Quién se hará cargo de la defensa? —interrogó Olañeta..

—Le corresponde al capitán —señaló Prudencio y, cuadrándose ante Marcial, concluyó:

—A la orden, mi capitán.

La lucha próxima retempló el ánimo decaído de Los Convocados que, alegremente, se dispusieron para el combate. Entonces intervino Mario:

—Y qué sugiere, Mario?

—Vamos a hacer una carnicería entre esa gente. Y esa gente está loca.

Era cierto. Por un momento, los sitiados imaginaron el efecto de una granada estallando entre los atacantes, entre esa masa de carne sudorosa y gruñidora. Se estremecieron.

—Irnos, doctor. No hay ninguna razón para defender este lugar. . .

—Pero, irnos por dónde?

—El Cuca sabrá por dónde.

—Hay salida, Cuca?

—Alguna habrá.

El Cuca se movió con rapidez. Sus conocimientos sobre el profundo trazado de Buenos Aires les resultaron preciosos. El sabía por donde cruzaban tramos cloacales y cañadas entubadas. No ignoraba el recorrido de esos túneles que, excavados en la época colonial, perforan el subsuelo porteño. Y tenía un instinto aguzado por el oficio, que le llevaba a predecir con certeza donde existían huecos y recovecos capaces de ocultar a su enemigo innumerable: la cucaracha. No habían pasado cinco minutos cuando, provisto de la horquilla que empuñara Mario, El Cuca desplazó un montón de paja depositada en uno de los boxes. Abajo del montón apareció, en el piso, una tapa de fierro. La levantó y dijo:

—Vamos.

La tapa conducía a un amplio caño colector de aguas pluviales. Dos metros de diámetro tendría el conducto, por cuyo fondo corría un arroyito cenagoso. Los siete Convocados bajaron y el último cerró la tapa. Una vaga claridad llegaba desde más allá del primer recodo de aquel desagüe.

Al mismo tiempo cedieron las puertas que daban a Posadas y al bajo. Por ellas entraron los invasores, guiados por Cacho y El Infeliz. Muy pocos se mantenían erguidos sobre sus pies y, en cuatro patas, recorrían el edificio emitiendo sonidos guturales. Estaban furiosos. Mónica Krámer Arizmendi —llegada no se sabe de donde— habíase sumado al vasto contingente y, detrás suyo, gruñían enardecidos varios cuadrúpedos.

En fila india, por una veredita que flanqueaba el turbio arroyo y encabezados por El Cuca, los Convocados avanzaron por la tubería. Superado el primer reco-

do, aquella se extendía cosa de una cuadra, al final de la cual bajaba un rayo de luz. Más allá todo eran tinieblas.

Una vez llegados a la zona iluminada, los viajeros subterráneos advirtieron que la claridad descendía desde una alcantarilla situada metros arriba del túnel y que se vinculaba con éste mediante una comunicación oblicua e inaccesible. Para peor, desde abajo era fácil observar que la alcantarilla estaba clausurada por gruesos barrotes. No había caso de salir por ahí.

Traspuesta la zona iluminada, el caño se bifurcaba. Dijo El Cuca:

—Espérenme aquí que yo voy a investigar.

—Lo acompaño —contestó Mario, curioso como todo poeta.

Rabiosa estaba la multitud ante la desaparición de sus perseguidos a quienes, ya, consideraba enemigos del pueblo. Con desesperación los buscaba por todas partes. El recinto se fue llenando de un olor insoportable.

Agazapados, iluminados a ratos por la llama de un fósforo, El Cuca y Mario marcharon por el pasadizo, que corría con dirección norte. A poco andar notaron que aquel ramal se hallaba fuera de uso desde hacía mucho. Había cascotes en el piso y señales de desmoronamientos en las paredes, las cuales también presentaban filtraciones de agua. Recorrieron otro trecho y toparon con un montículo que les impidió el avance. Sin embargo, quedaba abierto un estrecho paso entre la cúspide del montículo y la bóveda del túnel. Superado el mismo, una panorámica sorprendente se ofreció a la vista de los expedicionarios.

Sorprendente, en efecto, resultaba la escena. La grieta por donde ingresarán El Cuca y Mario desembocaba en un ámbito bastante amplio, con forma irregular, iluminado por varios rayos de luz que se colaban por pequeños intersticios ubicados en su parte alta. Pese a eso, el lugar era sombrío. Algo así como un canal de

mampostería, roto y agrietado, lo cruzaba de parte a parte, lleno de agua corrompida en cuya superficie se habían formado islotes de verdín. En cuanto a la configuración toda del sitio, recordaba de algún modo una decoración teatral. Había algo de falso, algo grotesco y artificial que tornaba irreal el ambiente. Aquello semejaba una gruta de pacotilla, con falsas estalactitas y rocas fingidas en cemento. La humedad, el abandono, prestaban cierta pátina a la cueva pero, no obstante esa pátina, la presencia evidente del cemento, del *papier maché* y del cartón pintado, conferían al conjunto toques farsescos. Para completar esa impresión, tirada en un recoveco, había una góndola de utilería, desfondada y colorinche.

—¿Qué es esto? —preguntó Mario, azorado.

El Cuca se quedó pensando. Era claro que también estaba sorprendido. Pero, pozo de ciencia en la ciencia del pozo, pronto supo a qué atenerse. Una antigua referencia volvió a su memoria, donde había quedado archivada por relacionarse con el alto oficio que ejercía. Dijo:

—Ya sé... *El Túnel Misterioso*.

—¿*El Túnel Misterioso*?

—Sí, *El Túnel Misterioso del Parque Japonés*.

—No entiendo.

—Sin darnos cuenta hemos llegado al sitio donde estaba hace años *El Parque Japonés*. El primer *Parque Japonés*. Cuando todavía no se había instalado cerca de Retiro. La gente paseaba en bote por *El Túnel Misterioso*. Los novios sobre todo... Ahora hay ahí depósitos del ferrocarril...

—Y cómo se conservó esto?

—Vaya uno a saber. Es un pedazo del túnel nomás. Cuando demolieron y rellenaron habrá quedado enterrado. Por arriba no debe notarse nada... Bueno, pero hay que seguir...

—Lo espero Cuca. Quiero revisar esto.

Tomó El Cuca por una galería y Mario oyó como se apagaba el eco de sus pasos. Poco a poco El Poeta sintióse invadido por una extraña sensación opresiva, producida seguramente por la extravagancia del lugar. Quiso conjurar ese estado de ánimo pensando en otra

cosa: en el origen de La Rebelión de los Semáforos, en la posible existencia de La Gran Conjura. Se apoyó en la góndola desfondada, pero la madera se hundió, completamente podrida. Fue a sentarse, aturdido, angustiado, en un bloque de cemento que imitaba malamente una roca. El agua del canal estaba quieta, quieta y de ella se desprendía un vaho pesado, cada vez más intolerable. La luminosidad parecía irse apagando. Allá arriba atardecía lentamente.

Alguien, tal vez Cacho, tal vez Mónica, tal vez El Infeliz, descubrió la tapa del desagüe por donde desaparecieron Los Conjurados de Alcaraz. El gentío se arremolinó, gruñendo amenazador.

La desazón de Mario crecía. Aumentaba la penumbra. Del verdín subía un olor palúdico. La falsa gruta, el falso canal, las falsas estalactitas, la roca falsa, impregnaban de falsedad *El Túnel Misterioso* y la irrealidad del lugar y del momento se había aposentado angustiosamente en el alma del Poeta. Ya apenas luchaba contra esa angustia. Ya abandonaba la búsqueda que, como un antídoto mental, se impusiera momentos antes: ya casi no le interesaba alcanzar la clave que pudiera explicar La Rebelión de los Semáforos. No podía ponerse en pie.

Fue en ese momento cuando, doblegado por la irrealidad del ambiente, saturado por el olor palúdico del canal, presa de honda angustia y pronto a claudicar en su decisión de alcanzar explicaciones para los terribles sucesos vividos desde días atrás, Mario creyó presenciar una visión fantástica.

Del otro lado del canal, el pavimento se elevaba un poco, simulando una pequeña meseta rocosa. Sobre ella, el techo formaba bóveda irregular de la cual pendían estalactitas apócrifas. Todo ese sector se hallaba en sombras, salvo un rayo de luz rojiza que se filtraba por alguna parte y daba en la meseta mínima. De pronto, una forma negra apareció en la meseta y, atravesán-

dola, ocupó uno de sus extremos, vagamente alumbrada por la luz crepuscular.

Luego de la forma negra, otras seis formas subieron a la meseta, distribuyéndose en semi-círculo frente a la que llegara en primer término. El tenue rayo de luz separaba a ésta de las otras seis, cayendo en medio de la plataforma. Negra era la primera forma, verde la segunda, amarilla la tercera, roja la cuarta, rosada la quinta, gris la sexta, parda la séptima. Siete formas envueltas en siete mantos de colores diferentes. Los pliegues de aquellos mantos ocultaban el rostro de los siete aparecidos. Algo infinitamente maligno signaba el conclave espectral. Un frío intenso invadió la gruta. Dijo la forma negra desde su lugar:

—Ha concluido ya la tercera jornada corrida desde que sonó nuestra hora. La hora que estaba escrita. ¿Qué hemos hecho en las tres jornadas corridas desde que sonó nuestra hora?

Adelantóse la forma verde, hasta quedar bajo el rayo de luz sangrienta. Y dijo:

—Puse Envidia en el corazón de los hombres y los hombres envidiaron. Y se lanzaron unos contra otros para arrebatarse sus bienes.

Al retirarse la forma verde se adelantó la forma amarilla y dijo:

—Puse Avaricia en el corazón de los hombres y los hombres codiciaron. Y el alma de los hombres se apegó a las cosas que pasan.

Al retirarse la forma amarilla se adelantó la forma roja y dijo:

—Puse Ira en el corazón de los hombres y los hombres odiaron. Y se acometieron para herirse y para matarse.

Al retirarse la forma roja se adelantó la forma rosada y dijo:

—Puse Lujuria en el corazón de los hombres y los hombres fornicaron. Y amaron solo cuanto tienen de común con las bestias.

Al retirarse la forma rosada se adelantó la forma gris y dijo:

—Puse Pereza en el corazón de los hombres y el ocio pervirtió el corazón de los hombres. Y el hombre llegó a cegar las fuentes de la vida para procurarse ocio.

Al retirarse la forma gris se adelantó la forma parda y dijo:

—Puse Gula en el corazón de los hombres y los hombres quisieron estar ahitos. Y los hombres pusieron su corazón en el intestino.

Al retirarse la forma parda avanzó desde el otro sector la forma negra y ante ella se inclinaron la forma verde, la forma amarilla, la forma roja, la forma rosada, la forma gris y la forma parda. Dijo la forma negra:

—Puse Soberbia en el corazón de los hombres y los hombres se llenaron de orgullo. Y el hombre se amó a sí mismo. Y el hombre no quiso Servir.

Poco más recordaría Mario. Apenas conservaría la certeza de un horror indecible que le arrebatava el sentido. Apenas recordaría con pavor la Presencia del Mal.

Alguien, tal vez Cacho, tal vez La Rubia, tal vez El Infeliz, levantó la tapa que conducía al caño colector de aguas pluviales.

En la bifurcación del túnel, Alcaraz, Olañeta, Mooney, Roncoroni y Marcial esperaban el regreso de Mario y El Cuca. Alarmados, oyeron el sonido metálico que produjo la tapa mientras la retiraban. Y, con mayor alarma, oyeron un rumor como de gruñidos lejanos.

El Cuca volvió al *Túnel Misterioso* y no vio a Mario. Llamó sin éxito. Por fin lo halló, tendido largo a largo en el piso, cerca de la góndola desfondada. Lo tomó de un hombro, nombrándolo. Mario no respondió, desmayado o dormido. Temblaba. Recién cuando El Cuca lo sacudió enérgicamente, Mario abrió los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿Te dormiste?

Había terror en la expresión del Poeta. Una expresión de terror que fue cediendo de a poco, para dar lu-

gar al asombro. Al asombro de un hombre que comprende. De un hombre que comprende algo cuya clave ha buscado con ahinco y se le revela de súbito. Mario se sentó en la roca de pacotilla. Insistió El Cuca:

—¿Te dormiste?

El Poeta contestó entonces una incoherencia. Algo que al menos pareció una incoherencia. Solo dijo:

—*Ya sé.*

El Cuca lo miró intrigado. Reiteró por tercera vez su pregunta:

—¿Pero, te dormiste?

—¿Me dormí?... Tal vez. Tal vez me haya dormido... Pero eso no importa. Lo que importa es que *ya sé.*

No había caso. Desistió El Cuca. Y urgiendo a Mario informó:

—Encontré una salida. Vamos a buscar a los otros. Rápido.

De a uno fueron bajando por el desagüe quienes formaban la multitud enfurecida. Entre ellos bajaron Cacho, La Rubia y El Infeliz. Gruñendo como energúmenos, empezaron a correr por el caño. Iban en cuatro patas, por el medio del arroyo cenagoso. Desnudos, gruñendo, cubiertos de barro fétido.

Alcaraz, Olañeta, Mooney, Roncoroni y Marcial oyeron la multitud que se acercaba, gruñendo y chapaleando barro. Al mismo tiempo escucharon los pasos de Mario y El Cuca que llegaban a la carrera. También llegaba la multitud a la bifurcación del túnel. Apenas tuvieron tiempo los siete Convocados para aplastarse contra la pared del caño secundario donde se hallaban. Pero tal vez no hubiera hecho falta que se aplastaran de ese modo: igual habrían pasado inadvertidos para la multitud. En efecto, además de andar en cuatro patas, la gente ya no podía levantar la cabeza y corría con la vista clavada en el suelo.

El espectáculo era horrible. Una muchedumbre que gruñía llena de odio y avanzaba en cuatro pies, cubierta de barro infecto, con la vista definitivamente baja.

—¡Son chanchos! —musitó Alcaraz, estremecido.

—Cerdos, una piara de cerdos... —dijo Olañeta, como recordando algo.

—Ese desagüe va a desembocar al río —informó El Cuca por lo bajo.

Y Olañeta completó su reminiscencia, agregando: —Cerdos, una piara de cerdos que se precipita a agua...

Fue entonces cuando Mario gritó:

—Legión!! Su *nombre es Legión!!!*¹

¹ "...Pues El le decía: Sal, espíritu impuro de ese hombre. Y le preguntó: ¿Cuál es tu nombre? El le dijo: Legión, mi nombre es Legión porque somos muchos. Y le suplicaba insistentemente que no le echase fuera de aquella región. Como hubiera por allí en el monte una gran piara de cerdos pociendo le suplicaban aquellos diciendo: envíanos a los cerdos para que entremos en ellos. Y se lo permitió y los espíritus impuros salieron y entraron en los cerdos y la piara, en número de dos mil, se precipitó por un acantilado al mar..." (MATEO 5, 8-13).

CONCLUSION

Anocheía cuando Los Convocados de Alcaraz salieron por una alcantarilla próxima a la esquina de San Juan y Avenida La Plata. Una tormenta descomunal estriaba de relámpagos el poniente, embozando la última claridad del sol que ya se había puesto. Que ya se había puesto inaugurando la tercera noche corrida desde el comienzo de la Rebelión de los Semáforos.

Era sofocante esa tercera noche.

El caos seguía en las calles, atestadas de vehículos abandonados.

Antes que los siete se dirigieran al próximo hogar de Ulogio Roncoroni, dijo Mario:

—Amigos, debo hablarles cuando lleguemos a casa. Pero antes es necesario que demos una vuelta a la manzana. Una vuelta *sobre la manzana*—. Y volviéndose hacia El Cuca, agregó: —Muéstrenos las casas de esta cuadra. Muéstrenos las casas por dentro. Usted sabrá cómo.

Por techos y azoteas anduvieron Los Convocados de Alcaraz. Por cornisas y balaustradas. Entre cables y tendales y tanques de agua. Entre antenas y pararrayos y mástiles y cumbreras y cabriadas y claraboyas y veletas.

A sus pies apareció una ciudad diferente. Una ciudad de gente que no se había volcado en las calles. Una ciudad de gente que sale a la calle pero vuelve de la calle. De gente que sale a la calle pero no sale en los diarios. Una ciudad de gente que no interesa como noticia. Una ciudad de gente silenciada y silenciosa. De gente tan numerosa como aquella que inundaba de odio la ciudad.

Había familias reunidas bajo parrales musicales. Familias que hallaban firmeza en la jerarquía de un orden aceptado por amor y por deber. Había mesas tendidas, con manteles a cuadros, donde la previsión materna aun distribuía porciones humeantes; donde el pan sabía a pan ganado con esfuerzo; donde el vino encendía rescoldos líquidos. Había viejos tratados respetuosamente, con los ojos llenos de antiguos paisajes y de caras olvidadas. Había hombres sobrios, con brazos duros y sentimientos blandos. Había mujeres que criaban hijos con heroísmo y naturalidad. Había muchachas y muchachos tomados de la mano, dispuestos a empezar: a empezar con fé y con alegría. Había chicos que eran felices sin saber que eran felices. Hasta perros y gatos y canarios había.

Alguno cantaba.

Y otro trabajaba.

Y había un chico que estudiaba.

Y había una abuela que contaba cuentos.

Y novias que soñaban.

Y gente que rezaba.

Y gente que reía.

Y gente que vivía como vive la Buena Gente.

Todo eso vieron Los Convocados de Alcaraz en ciertas casas de una manzana del barrio de Boedo. En una manzana igual a tantas manzanas de la ciudad.

La tormenta se aproximaba desde el poniente, con su panza encendida de centellas. Los truenos se fundían en un solo bramido lejano.

En las calles seguía el caos.

Los Convocados de Alcaraz se sentaron a la mesa. Junto a la familia numerosa de Ulogio Roncoroni, El Prolífico Pulseador de Boedo. Bajo un parral musical. Ante un mantel a cuadros. Un mantel sobre el cual había una sopera humeante y había pan y había vino, porque allí también había una mujer cabal en el gobierno de la casa. El trueno se aproximaba, rodando.

Los ojos y el alma encendidos dijo Mario, El Poeta:

—Ya termina La Rebelión de los Semáforos. Vendrá la lluvia. Vendrá el agua del cielo y espantará los demonios de la rebelión, que anduvieron sueltos por tres jornadas. Volverá el orden, Alcaraz. Volverá el orden y su misión estará cumplida. Porque no es posible vivir en el caos. Sin embargo, el orden es una cáscara, ya lo dijo el doctor Olañeta. También habló de una Gran Conjura que reunía el Libertismo Progresivo, El Resentimiento Abajador, la Angurria Acumuladora, la Violencia Extraviada, la Impudicia Multitudinaria, la Confortabilidad Electrónica, la Idolatría Gástrica. Pero debió nombrar la Soberbia, la Envidia, la Avaricia, la Ira, la Lujuria, la Pereza, la Gula, conjuradas dentro del corazón de los hombres. Porque la clave de la Rebelión de los Semáforos está dentro del corazón de los hombres. Allí ha de librarse una íntima batalla, larga y tenaz. Cada uno de nosotros supo de esa batalla cuando, durante las siete persecuciones que realizamos, fuimos tentados por aquel mismo demonio que perseguíamos sin saberlo. Para darle contenido a la cáscara del orden, para edificar un Orden Justo, hemos de ganar el corazón de los hombres. Uno a uno. Cada cual desde su lugar, cada cual ejercitando las aptitudes que recibió junto con su vocación peculiar. Nos alentará a ello haber conocido la existencia de La Buena Gente que vimos desde las azoteas de Boedo. De esa Buena Gente tan próxima y que, sin embargo, tantas veces no vemos. Es una alta empresa. Una alta empresa comenzada hace casi dos mil años... Sí, ya termina La Rebelión de los Semáforos...

Hubo un trueno más fuerte y los dedos del agua tamborilearon su primer acorde en el techo de zinc.

Empezó a llover sobre la ciudad.

Esquina Chica, febrero 22 de 1977

I N D I C E

I - La rebelión de los semáforos	9
II - Un cielo en el sótano	15
III - El cabo de Saladillo	27
IV - La convocatoria de Alcaraz	33
V - El Cacho, La Rubia y El Infeliz	43
VI - Cita junto a los pesebres	55
VII - El segundo día	65
VIII - La Gran Conjura	79
IX - La ciudad desnuda	93
X - El ángel de la calle Hornos	123
XI - El inglés de la isla	135
XII - La batalla del taller Polenta	147
XIII - El emperador de la pornografía porteña	159
XIV - Asesinatos asépticos.	177
XV - El bifacho de Nasif	179
XVI - Los demonios del Parque Japonés	185
Conclusión	20

3417

PQ7798.17 A47R4

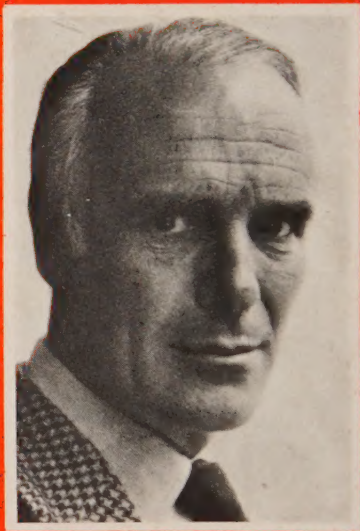
PQ 7798.17 A47R4
GALLARDO J L *REBELLION DE LOS

INSERT BOOK
MASTER CARD
FACE UP IN
FRONT SLOT
OF S.R. FURNICH

MASTER CARD

UNIVER

DD-W 22282-C



Juan Luis Gallardo sorprendió con "Frida", su primer novela. Enseguida escribió "Los Ombuses de Falucho", clasificada entre las cinco finalistas del Premio Strega República Argentina, junto con obras de María Granata, Borges, Mujica Láinez y Sábato. Para completar una trilogía memorable llega ahora "La rebelión de los semáforos". En ella, a partir de un atascamiento de tráfico que inmoviliza Buenos Aires, se desatan las pasiones de la multitud hasta culminar en una persecución alucinante por cloacas y túneles porteños. Sátira y poesía, acción y suspenso. ¿Profecía...?